malix EDITORES

Un viaje a Nueva York en tiempos de guerra

Ana Suárez

COLECCIÓN ESCRIBIDORES

Un viaje a Nueva York en tiempos de guerra

Ana Suárez

malix EDITORES

A mis amigos...

Muy en especial a Raúl, Roberto y Rodrigo.

· 1 ·

DE JALAPA A TAMPICO

Manuel respira muy hondo para calmar sus nervios.

Observa las olas del mar que una y otra vez se precipitan contra las rocas para devolverse serenas sin apenas rozarlas y escucha el susurro que hacen al romper sobre la muralla. Es posible que consiga sosegarse si se abstrae en ese constante ir y venir. Tiene que hacerlo, pero el viaje que va a iniciar y su aborrecible juramento lo perturban. Es mucho lo que está en juego, es mucho lo que se comprometió a hacer, es mucha la rabia que siente, la culpa. ¡Vaya que tener que marcharse ahora, justamente ahora! Aunque por Santa Bárbara doncella, si no tuvo ocasión de elegir. Desde esa larga medianoche que siguió a la misa de gallo en San Francisco, cuando el tío Ignacio le hizo sentarse en una de las butacas de cuero de la sala, le sirvió una copa de ajenjo y le encendió un puro, Manuel se siente atrapado. No tardó en conocer el porqué y el para qué del tío, pues tan pronto se bebió el ajenjo de un trago, le rogó que llevara dinero a Nueva York; su querida Juliana debía estar en problemas por no haber recibido las últimas mesadas para su manutención, sobre todo allá donde los dólares son lo primero; pero ¿cómo se los iba a enviar si los barcos de guerra del enemigo impedían toda comunicación más allá de los litorales?

Manuel recuerda cómo en ese momento se desvaneció su resolución de enrolarse para defender a la patria. De ninguna manera podía decir al tío Ignacio que no. Se negaba a hacerlo, pues, aunque quería partir para el frente, no podía desatender la petición de quien lo ha tratado casi como a un hijo; hasta le confió parte del negocio mientras Toño estudia en la capital para ser abogado. Tampoco deseaba rehusarse a socorrer a Juliana, a su compañera de juegos y lecturas, a su querida Juliana, su tesoro, su ángel. Eso estaba por encima de todo. Y mientras escuchaba el ruego en la sala, Manuel la imaginó entre sus brazos; ella, la niña del retrato de enfrente, pero crecida, con el cabello castaño levantado en una guirnalda sobre la cabeza; ya no separado en dos trenzas, como cuando Toño tiraba de ellas y él debía interponerse, persuadir al primo para que la dejase libre y su hermana le haría los dulces de pasta de pepita o los tintines que tanto le gustaban, lo que le pidiese, aunque debía dejarla de fastidiar, su padre lo reprendería si lo llegaba a descubrir. Pudo incluso figurarse el encuentro en Nueva York; allí vería los ojos color del tiempo de su adorada, relucientes por la alegría de verlo, y sus mejillas encendidas, y la sonrisa que le arrebataba el aire. Hasta la oyó

expresar con sencillez que sí, se volvía con él, para estar juntos, para no separarse nunca más.

Menos mal que la noche está tan cerrada; podrá marcharse con discreción. Si los descubren quienes vigilan, podrían pasar un mal rato. Una vez que la luna desaparezca enteramente tras las nubes y Andrés le diga que es la hora, echarán la barca al agua, no deben tardarse más. El pescador permanece agazapado, con las rodillas dobladas contra el estómago y las manos cruzadas alrededor, acecha a los buques enemigos fondeados ante la boca del río. No se mueve. Manuel piensa en los vecinos de San Lorenzo; les ayudaba a preparar la tierra para la siembra del tabaco y luego a cosecharlo y a curarlo, siempre calmosos, sin precipitarse y sin dejar de pagarle con un par de arrobas de la hoja para que su madre conservara un tanto y vendiese el resto en el mercado. Eso fue después de que papá muriera y antes de que el tío lo encontrase al recorrer la hacienda, y se conmoviera al descubrir que ese niño que jugaba tan libremente tenía el rostro de su hermano. Todavía le asombra cómo don Ignacio pudo persuadir a doña Rosa de que lo mejor para Manuelito sería crecer en Jalapa, junto a él y sus primos, vivir con más orden y mayor disciplina. Habló mucho, sin duda, pues ella era dura de convencer, aunque inteligente también, y por eso debió de consentir. Y él le prometió cuidar al sobrino y proveerle de instrucción, y más tarde de un empleo seguro en Ortiz Hnos. Madre e hijo se vieron poco desde entonces; don Ignacio la veía como una mala influencia, le irritaba que Manuel la visitase y trataba de evitarlo. De nada sirvió; las pocas visitas y la memoria de los primeros años, le bastaron al niño para recibir su marca.

La mujer esa le sorbió el alma a mi hermano; no entiendo lo que sucedió, debió darle toloache.

Años después, cuando Juliana partió, el sufrimiento de Manuel fue tan grande, que el número de encuentros con doña Rosa aumentó. Siempre a escondidas, pese a sus ya dieciocho años, su madre le brindaba consuelo. Aunque percibió su dolor fue respetuosa con su silencio. ¡Su dolor! ¿Cuál dolor? Santa Bárbara, líbrame de la centella. Entonces no distinguía lo que era eso; recién lo reconoció, entonces lo sostenía una esperanza que se le ha acabado. Al menos, las frecuentes visitas a San Lorenzo son ahora una tranquilidad para él; de haber relegado a doña Rosa, o sentido vergüenza por sus diferencias, él tendría remordimientos. No tenerlos es un alivio, justo porque ignora cuál será su futuro, porque ni siquiera sabe si la verá otra vez. Lo calma también que, a pesar de su hostilidad, don Ignacio se comprometió a velar por *la mujer esa* mientras él estuviera de viaje, no

carecería de nada, pero que se marchara ya.

El viento sopla helado, qué podía presumir de Tampico un 13 de febrero. Manuel envidia a Andrés, apenas se tapa con el sarape de lana y en los pies solo lleva unos huaraches viejos. Si el pescador tuviera que reaccionar con prontitud, lo haría al instante; él, en cambio, arrebujado en el redingote gris que le cubre todo, hasta las botas, con el cuello de la capa corta subido hasta las narices y el sombrero de copa que le prestó el tío caído sobre la frente, posee menos movilidad. Prefiere la ropa sencilla, ligera y blanca, como vestía el chiquillo descalzo que corrió por los alrededores de San Lorenzo hasta los diez años, aunque en Jalapa tuvo que ir aclimatándose, el frío y el *chipi chipi* constante lo hicieron cambiar. Sin duda será peor en Estados Unidos. Le va a tocar el invierno y aunque se pregunta cómo será la nieve, le desagrada figurarse las telas gruesas y pesadas que tendrá que soportar, las botas que le estorban tanto y siempre quiere arrojar muy lejos.

Vas como agente mercantil de las Bodegas Sancho Mateos de Jerez, éstas son las tarjetas con el emblema de la casa. Dirás que tu viaje es para desarrollar la importación de vinos en el Nuevo Mundo y, de ser el caso, que la guerra te atrapó en México y saliste tan pronto te fue posible.

Andrés había estibado su equipaje bajo la popa y lo cubrió con una tela alquitranada para protegerlo del agua y las miradas indiscretas. Allí van el veliz con la ropa y los libros que quiere leer durante la travesía en el Halifax, la bolsa llena de pesos de plata va bien oculta en el arcón aherrojado. Lleva consigo el cartapacio con documentos; estaría perdido sin las cartas de recomendación de don Ignacio y las libranzas contra Miller & Company, sobre todo, sin el poder notarial que le permitirá decidir sobre Juliana. Toca con la mano derecha el revólver que le cuelga debajo del cinturón.

A fe de Ignacio Ortiz que nunca se sabe, sobrino, nunca se sabe lo que puede necesitarse.

Si la ropa que viste es inadecuada, podrá adquirir lo necesario en Nueva Orleans. Allí elegirá la mejor ruta; tal vez deba embarcarse en un vapor que bordee el litoral del Atlántico hasta Nueva York, o en uno que suba por el río Mississippi y sus afluentes hasta el canal de Erie, y moverse luego por tierra hacia su destino. El mejor será el que le abrevie el tiempo y la distancia, pero también el más seguro, pues, si bien le ampara un pasaporte falso, los ánimos de la población deben de estar enfebrecidos por la guerra y contra el enemigo, su auténtica

nacionalidad puede ser descubierta y acusársele de espionaje. Por otro lado, ¿cómo no aprovechar, aun en esa circunstancia, la ocasión de visitar el país que admiró desde niño y siempre ha querido que México imite? Por fin podrá conocerlo, verlo por sí mismo; la mera idea le fascina, pero también le provoca un escalofrío en todo el cuerpo. Estados Unidos tiene un territorio tan extenso, de geografía tan diversa, cómo hablar, cómo vestirse, cómo viajarlo, todo parece difícil, le espanta equivocarse y que lo reconozcan como mexicano. Mejor no piensa, pensará cuándo deba hacerlo. Eso sí, que el dinero para Juliana llegará es un hecho, nada podrá impedírselo.

Le es sencillo figurarse el gusto de su prima al verlo; él sentirá lo mismo, aunque le dan ganas de abandonar todo de sólo discurrir en la convivencia que vendrá después, más si decide que lo prudente es regresar juntos a México. Entonces habrá de tener presente, a cada instante, la cruel promesa que le arrancó el tío.

Piénsalo, sobrino, piénsalo. Déjame seguir hablando, no me detengas, que de por sí ya me es difícil. Tampoco pongas esa cara de susto, que si no luces distinto a nosotros es por bondad de Dios y porque mi hermano era tan hombre que su semilla dominó en ti.

El problema son los deseos y que su prima también lo quiere, se lo dijo antes de partir hace casi dos años, ¡y jamás podrá entender ni perdonar que se comporte apartado! Quisiera que no ocurriese, quisiera no haber jurado, qué pasaría si huyeran a un lugar remoto, donde nadie los pudiese encontrar.

Que salieras a tu padre no nos asegura que tus hijos o tus nietos saldrían también, y lo que viniera podría herir a Juliana, a todos, hasta a ti mismo, no lo podemos permitir, tú tampoco, tú que la quieres tanto.

¿Cómo va a traicionar a don Ignacio? ¡Le debe mucho! Y su palabra está a prueba, la palabra de Manuel Ortiz; desde niño aprendió a respetarla, si bien no querría hacerlo por esta única vez.

Acepta, por favor, Toño no puede ir, yo ya estoy viejo, carajo, y he de velar por los negocios que esta maldita guerra ha puesto de cabeza. Jura, te lo exijo, jura por tu madre y tu milagrosa Santa Bárbara que te comportarás como un caballero, ¡juráselo a este viejo!

Ni remedio, tendrá que confesar la verdad a Juliana, lo que juró cumplir y por qué lo juró, aunque le duela; de otro modo perderá el

dominio de sí mismo, que siempre ha tenido, vaya que sí, lo ejerció desde que llegó a Jalapa y se sentía un intruso. Si ella decidiera quedarse en Nueva York sería otra cosa, quizá fuera lo más conveniente, a él le iba a restar sufrimiento, pero mejor no, porque regresaría solo y después, quién quita, acaso ni se volvieran a ver. ¡Regresar solo! ¡Regresar acompañado! ¡Regresar a un país que acaso habrá dejado de existir, tan sólo sea el nombre de un pueblo que fue, pero dejó de ser! Tiembla, no es por frío, es miedo, por Juliana, por México.

Todas las noticias han sido alarmantes durante los últimos meses. Manuel aprieta los dientes para que el corazón no se le salga de tan sólo recordar cómo, en pocas semanas, los Estados Unidos del Norte se las arreglaron para adueñarse del septentrión y sitiar los puertos del Golfo y casi todos los del Pacífico. Lo peor es que, a pesar de los veinte mil hombres que asegura haber reunido, el general Santa Anna no vencerá al general Taylor. ¿De qué sirven tantos que ha enganchado si carecen de armas, de municiones, de alimentos?, ¿de qué no carecen? Y aún les falta atravesar el desierto. Del desierto malparado líbralos Santa Bárbara, el desierto potosino los agotará antes que el enemigo, si no los mata. ¡Y ahora la expedición del general Scott que navega hacia Tampico, justo allí, no a Veracruz! Es insólito; lo propio sería que Scott usara Veracruz como puerta de entrada a la capital; dueño de ésta tendría la República en sus manos. ¡Santa Bárbara y su estrella! ¿Dónde está la estrella de México?

Le jala el pecho evocar a la capital, donde ve a Toño arriesgarse contra los invasores, el niño con quien jugaba a los soldados era capaz de cualquier imprudencia, y el hombre de hoy lo sigue siendo. Es como si su primo no acabara de entender el alcance de los sucesos que está viviendo, los toma como diversión, como siempre tomó todo. ¡Cuánto le gustaría hablar con él como hacía antes, ponerlo en razón! Sin embargo, cómo lo envidió el día de Año Nuevo, mientras paseaba con don Ignacio a lo largo de la presa y lo escuchó leer su última carta:

> *Me alisté en la guardia nacional. Desde ayer soy parte del batallón de Bravos. Papá, aunque no lo crea, lo manda don Manuel Eduardo de Gorostiza, el poeta; está viejo y achacoso, pero dejó el tablado para enseñarnos lo que aprendió en España cuando combatía a Napoleón. Mi capitán es don Manuel Payno: trabaja aquí a la vez que en el taller de Don Simplicio, dice que la prensa es un arbitrio bélico. Nos reúnen en los terrenos de la iglesia de la Profesa y se empeñan en darnos disciplina y adiestrarnos, aunque faltan armas y las pocas que hay nos las tenemos que turnar. Papá, sólo pienso en defender a la patria; estoy dispuesto a inmolarme en su altar.*

Manuel reza por Toño: ¡que no le suceda nada, que vuelvan a reunirse, que los cuatro celebren juntos la próxima Nochebuena, que Dios conceda su pedimento! Quisiera cuidar a su primo personalmente e impedir que se meta en líos, pero también sustituirlo en el parapeto que deba defender o, mejor aún, en el combate contra el enemigo, allá en el norte o en la costa, allí donde pueda exponer la vida. O acaso irse a la capital, donde los políticos discuten si hacer la guerra o la paz, sobre eso querría opinar. Sí, aunque fuese a través del tío Ignacio, de cierto que el general Santa Anna le pediría consejo. ¡Basta!, ¿qué anda conjeturando? Debe situarse en la realidad o enloquecerá, si no es nadie, ni siquiera el tío goza de la influencia de antes, a saber lo que pasó entre ambos compadres, ya no comparten las peleas de gallos, ni las corridas, ni las citas con Birján. ¡Basta!, ha de abstraerse en Juliana que sufre en Nueva York, va antes que todo su idolatrada.

Solo cuento contigo, Manuel, te lo ruego, Toño no puede venir ahora, y tú eres mayor y más ajuiciado.

A la distancia advierte las luces del velero inglés. Andrés le dirá cuándo conviene subir a la barca y remar mar adentro. Las luces del Halifax son tan diminutas y vacilantes que parecen hacerle guiños de vez en vez. Le traen a la memoria los fuegos fatuos que los tres muchachitos se arriesgaban a ir a observar al cementerio de Jalapa, al caer la noche, asustados y ansiosos, pero disfrutando de la aventura, y prefiere figurarse que esas luces son señales de Xangó, buenas señales. ¡Sin duda su madre no cesa de invocarlo!

El pescador se pone de pie y le hace señas para que de prisa se coloque junto al equipaje, debajo de la tela alquitranada, la estira él mismo para cubrirlo totalmente. Antes de sumirse en la oscuridad, Manuel observa que los fuegos fatuos se han trasladado a la playa y avanzan hacia ellos, serpenteantes. Adivina que son los cigarros de un par de soldados yanquis. Su corazón palpita alocado, contiene el aliento, quiere secar el sudor que le surca el rostro, pero no se atreve. Mientras, escucha risotadas y expresiones severas. Las as sigue un silencio y, después de un buen rato, palabras confusas y complacientes y, en medio, la voz del pescador que conserva la calma y hasta ríe.

Ni por un segundo, Manuel deja de sobar la faltriquera de cuero que lleva pegada a la cintura, con los pesos justos para el gasto inmediato, van la estampita de Santa Bárbara y la redoma que le dio su madre y él aceptó cargar consigo para dejarla contenta. Lo sosiega la mera idea de que Santa Bárbara vela por él, y reza como cuando era niño:

Santa Bárbara doncella,

Que en el cielo fuiste estrella,
Líbrame de la centella,
De todas las tormentas,
Del rayo malmirado,
Y que mi pedimento
Por Dios sea logrado.

Por fin se alejan los pasos y el carcajeo, gana el silencio y vuelve la calma. Después de un rato, el pescador retira la tela; Manuel puede salir de su escondrijo y se entera de que cuando los yanquis iban a revisar la barca, los distrajo la vista del aguardiente que iba a servir a Andrés para quitarse el frío, a su vuelta del Halifax. Manuel sonrió pensando que había salvado la vida ¡por una pinta de alcohol! Lo tendrá como un milagro, ya su madre le dijo que corría de su cuenta que Xangó o Santa Bárbara o como quiera que se llame lo protegería durante su peregrinaje proveyéndole de valor para hacer lo que tenga que hacer. Eso del valor aún lo turba, pero sabe —conoce a doña Rosa— que lo entenderá algún día.

Por lo pronto se ha salvado, aun cuando su marcha apremia. Es suficiente con haber estado escondido siete días con sus eternas noches en un cuarto de la posada, temeroso de ser sorprendido por alguno de los oficiales allí alojados. ¡Si no hubiera sido por Monsieur Marcuet! La carta que le envió el tío Ignacio tuvo un buen efecto, quizá porque el posadero le deba algo, pero lo que ha hecho por el sobrino sin duda que vale muchísimo más. También podría ser por el aborrecimiento que dice sentir hacia los yanquis, lo cierto es que el francés ha corrido un gran riesgo. Si no fuera por su intervención, el capitán del Halifax no habría consentido en llevarlo y tampoco en aguardarlo en mar abierto. No resultaba prudente embarcarlo en el amarradero y navegar luego río abajo hasta trasponer la barra; la presencia de un pasajero sin los papeles adecuados en un buque de carga despertaría sospechas entre los soldados al cuidado de dar las salidas y, mientras indagaban, harían descender a todos.

Monsieur Marcuet le contó que el auxilio del marino había costado caro y tenía además un requisito: el viajero debía abordar antes del alba, pensaba largar las velas tan pronto como amaneciera. Tampoco quería exponerse a que los oficiales al mando de los barcos de guerra situados frente a Tampico lo hicieran volver al puerto, sorprendidos de que, siendo ya de día, el Halifax no levase anclas.

A Manuel le urge partir; se rehúsa a esperar el arribo del Provence, anunciado para el 18, aun cuando a bordo del vapor francés atravesaría el golfo con más prontitud y mayor comodidad por ser de pasajeros. Si como parece, el general Scott y su flota llegan en el entretanto a Tampico, él quedaría atrapado. ¡Al saber por qué Scott

eligió ese destino! De saberlo, Manuel se habría evitado el largo y duro recorrido en panga desde Alvarado, y salido de Veracruz. Ahora estaría en Nueva Orleans, en el mismo suelo que pisa su Juliana adorada, el amor que le pasa de cerca y no puede tomar, no sin que traicione el malhadado juramento. Si bien tendría que pensarlo, ¿por qué no?, pero ¿cómo hacer eso? Desvaría, delira, no debe discurrir así.

Menos mal que Monsieur Marcuet ocurrió en llevarle el ejemplar del *American Flag* que encontró en la alcoba de los americanos, y ahí se topó con la noticia que le impone alejarse de inmediato:

SCOTT A TAMPICO

Matamoros, febrero 9 de 1847.- Sabemos, por el extracto de una carta recibida ayer de Nueva Orleans, y fechada el día 6, que las tropas del general Scott en Brazos Santiago y Camargo se hallan en estado de alerta, y que se encontrará en Tampico con el general Taylor, para planear la reunión de los dos ejércitos en la isla de Lobos. Nos apresuraremos a comunicar a nuestros lectores cualquier novedad al respecto. Opinamos que, dada la inferioridad del enemigo, pronto veremos el final de la guerra y que la victoria será nuestra.

Manuel ve a Andrés acuclillado de nuevo, imperturbable, podría tomársele como parte de la barca. Se pregunta cómo logra sostenerse tanto tiempo en esa posición, sin moverse un ápice, sin exhibir la menor fatiga, cuando de pronto el pescador se vuelve hacia él. ¡Debe ser hora! Manuel se dispone a saltar dentro de la barca, siente un escalofrío y le duele el estómago. No, Andrés lo detiene, aún

no; es que ha liado el cigarro que le ofrece y acercando el índice al pulgar le indica que falta poco. Acepta el cigarro, lo aproxima a la lumbre, aspira profundo y echa el humo por la boca, poco a poco. La mera operación le apacigua, piensa que el pescador sabe lo que hace, Monsieur Marcuet lo trata desde que llegó a Tampico y abrió la posada y le juró que nadie conoce mejor esas aguas y jamás le ha fallado. Le debe una merced, por lo pronto: si esos borrachos no hubieran estado tan sedientos, ambos se hallarían ahora en una mazmorra, en espera de un juicio marcial. Después de todo violaban el toque de queda y en esas circunstancias los soldados no iban a mostrar ninguna piedad. Si llega con bien al Halifax le adeudará mil mercedes más. ¡Que él se libre del rayo malmirado y yo arribe con bien a puerto!

Y es al país de esos soldados borrachos al que se propone llegar, el país que recorrerá hasta pisar las calles de Nueva York, ver a Juliana, tomar providencias. Quisiera saber desde ya qué será lo mejor para ella, si seguir en la escuela o regresar a México. Tendrá que escucharla; los deseos de su prima cuentan, naturalmente, él siempre los respetó.

Temo por ella, Manuel. Hace mucho que trato a Mr. Miller, sé que es honrado, pero sé también que es un tacaño, "ahorrativo" dice él. Temo que mi niña pase apuros, miserias, ¡demontres! ¿Cómo le envío el dinero si no me ayudas?

Manuel viaja al país que predica el valor del ahorro y el valor del trabajo, el país que siempre quiso conocer. ¿Cómo negar su progreso extraordinario? ¿Cómo no descubrirse ante el éxito de su organización republicana y su democracia y no suspirar por los derechos de que gozan sus ciudadanos? Pero ¿cómo explicarse entonces que quien debiera ser un amigo sea ahora el enemigo? Un enemigo que amenaza al vecino e invade su casa. Un enemigo que lo obliga a él, su admirador más devoto, a arriesgar la libertad y la vida al introducirse en su territorio hostil. A lo mejor el encierro de una semana y el espanto recién sufrido son nada más una advertencia de los trances que le sobrevendrán.

Mi Juliana debe estar pasándola muy mal. Añade a la falta de dinero lo que debe escuchar sobre México. No quiero ni pensarlo.

El tiempo avanza con la misma lentitud con que las nubes cubren el cielo, el mar luce tan sereno que Manuel se pregunta si el barco tendrá el viento que precisa para zarpar cuando amanezca, qué pasará si no. Sus nervios se contraen. Cierra los ojos y cuenta los

segundos que transcurren entre el golpe de cada ola contra la piedra, a ver si de esa manera se tranquiliza. Si por él fuera, ya estaría a bordo, en su litera, sintiendo cómo la goleta surca las aguas del mar hacia el noreste, oyendo el viento que sopla sobre las velas hasta Nueva Orleans. Pero Andrés conocerá el momento, está en sus manos, él le avisará.

> *Si lo que llevas basta para solventar los gastos de tu prima mientras termina la guerra y ella quiere, que allá se quede. Si no, llévala a Cuba, no se te vaya a ocurrir traerla a México a través del frente.*

Le gustaría saber cómo el tío obtuvo el pasaporte que le permitirá entrar a Estados Unidos y le allanará la estancia. Aunque lo más seguro es que se lo hayan facilitado sus amigos del Consulado español en Veracruz; algo le debían o él les iba a deber. Así ha progresado don Ignacio, gracias a su trabajo incesante, sin reposo, pero también a su gran habilidad para hacer relaciones. Nunca dejará de admirarle cómo él y su hermano –su padre— pasaron del tendejón abierto al negocio de Jalapa y el gran almacén de Veracruz, tan bien reputado entre los comerciantes de exportación e importación, con —le han dicho— la magra herencia familiar. Quién quita y Santa Anna le haya favorecido… ¡El general-presidente ha tenido y tiene tanto poder! Le desconcierta que esos grandes compadres ya no se traten más, pero mejor, así nada obliga a los Ortiz con él.

Dirás que eres español, Manuel; ya sé, te disgusta; pero piensa que si dices la verdad te van a linchar. Nada de decir una palabra en castellano; aprovecha las lecciones de inglés de Mr. Johnson, que bien caras me salieron. ¡Mi Juliana ha de dominarlo ya! El tuyo, en cambio, ha de oírse como champurrado, pero creerán si explicas que lo aprendiste en España. La sugerencia del tío es sensata, es segura, pero le avergüenza ocultar su origen en momentos de prueba para la nación. Aún siente la rabia que le provocaban los brindis de los oficiales yanquis en el mesón, cuando el aguardiente les hacía vociferar, noche a noche: *"To the Halls of Montezuma!"*. Por más que estuvieran borrachos y dijesen tales estupideces —¡por Santa Bárbara, si de las casas de Moctezuma ni los cimientos quedan! —, la mera idea de que lleguen a la Ciudad de México hace que las piernas le flaqueen y sienta una arcada en la boca del estómago. Si no se arrojó sobre ellos fue gracias al prudente posadero quien, para evitar cualquier escándalo, a la mayor señal de peligro corría a su cuarto a pedirle juicio y recordarle que don Ignacio Ortiz confiaba en él.

¡Lástima que no los golpeó!, pero para qué lo piensa. Se halla frente al Halifax, a punto de marcharse, la patria está en peligro y él

no probará el combate. Si lo piensa bien es un alivio que el general Scott no desembarque en Veracruz: San Lorenzo y Jalapa estarán a salvo, son sus dos hogares, pero ninguno lo es. ¡Tanto que soñó con tener el propio! y ahora, sin Juliana, no tiene más caso. Cuando ella se marchó tan de prisa a Estados Unidos, ¡nunca supo la razón!, Manuel le prometió esperarla y ella lo hizo también. Pero ambas promesas carecen de validez, no debieron hacerlas, prometieron una verdad que es mentira. Le gustaría entender la razón del tío para recién decirle lo que pensaba, por qué no calló más tiempo, acaso se debía a que estuvieron muy cerca durante las últimas semanas. La tristeza que Manuel sufrió en Año Nuevo es angustia, es insomnio, es una intensa punzada en el corazón, que ni se quita ni se quitará jamás. ¿Qué va a hacer? ¿Cómo explicar a Juliana que juntos jamás podrán ser verdad, que son una mentira, que para hacer reales sus sueños tendría que romper un juramento, el juramento infortunado?

Manuel se dice que su suerte ya no tiene importancia, desde el día primero de enero y el paseo con el tío junto a la presa, su vida y su porvenir son tan tenebrosos como la noche que ahora ennegrece el mar. Las sombras se han adueñado del golfo. El Halifax apaga las luces, cuidadoso. Andrés sabrá dirigir la barca y lo llevará con bien, ve en la noche, Manuel en cambio sólo puede escuchar el golpeteo de las olas.

> *Eso sí, ¡maldición!, ni se les ocurra viajar solos. Contrata a una dama de compañía, a precio de oro si es necesario, sobrino, que la honra de mi hija es para mí lo más sagrado.*

Lo derrotó el tío Ignacio con sus ojos húmedos y el rostro pálido y las manos temblorosas, espetándole que entre Juliana y él no podía haber nada, si la mandó lejos y por tanto tiempo fue para apartarlos, tuvo que hacerlo al advertir que su hija era ya una señorita y la intimidad entre ambos se tornaba peligrosa. El pecho se le oprime cuando recuerda estas palabras y se le oprime aún más al volver a las que siguieron, pues le dijeron cuál fue la razón para alejarla, no por el parentesco o por su condición de bastardo, al fin y al cabo, él era hijo de su único hermano y lo quería tanto como a Toño, pero sí por la descendencia que pudieran tener.

Se vinieron abajo los argumentos de Manuel para hacer su amor valedero: que si los inconvenientes podían remediarse; que nadie osaría criticar su origen ilegítimo si a don Ignacio Ortiz no le importaban; que si contraían matrimonio, permanecerían a su lado y podrían atenderlo cuando fuera viejo y qué mejor para Ortiz Hnos. si a Toño se le ocurría radicarse en la capital. Iba a decir también que si el tío los ayudaba, sus amigos podrían obtener la dispensa eclesiástica de

la atadura consanguínea y más si a cambio ofrecía una limosna generosa. Que sí, era soborno, pero ¿no le enseñó él que así se atemperaba al clero?

La desolación de don Ignacio y su propia sorpresa atajaron sus palabras; debió responder de inmediato que un amor tan grande como el suyo superaría cualquier dificultad. Y sostener que era indestructible, de esos que sellan cualquier vida humana hasta que termina y se perpetúa en el otro mundo. Y hacerle ver también que, con tal exigencia, condenaba a la soledad al hijo de su hermano, lo desposeía de la única ilusión que había tenido desde que lo apartó de su madre.

Manuel no pudo hablar. Las ideas se le atropellaron, las frases se detuvieron en su garganta, la decepción le colmó el alma, pero todo se quedó atrás ante la gran compasión que sintió por el tío. Se las arregló incluso para calmarlo, y entre sollozos y con la lengua trabada pronunció el abominable juramento del que ahora quería desdecirse. ¡Pero que si lo rompe le caigan encima todos los rayos y las tormentas de los que le ha salvado la santa que fue estrella! Don Ignacio le tiene plena confianza, está seguro de que, si el sobrino dio su palabra, Juliana volverá a México tan virtuosa como cuando se fue. Por amor a él, y por ella, que no lo va a entender, se obligará a doblegar su amor y extinguir los ardores que lo queman por dentro, aunque quisiera saber cómo logrará y sobre todo dónde encontrará los bríos para sobrevivir el resto de su existencia. Por lo pronto, el destino está en sus manos. Después, quién sabe; el tiempo lo dirá.

Andrés se incorpora en ese instante, enciende una tea, la sacude de izquierda a derecha y de derecha a izquierda y la apaga de inmediato. Alguien agita a su vez una luz en la goleta y luego, Manuel Ortiz oye las palabras que venía esperando.

Es el tiempo Vuesa Mercé.

Ambos se ponen de pie y empujan silenciosos la barca al mar.

· 2 ·
Sister Louise

Nueva York, martes 20 de febrero de 1847

Primo adorado:

Planeo dirigirme a ti siempre que pueda, como si algún día fueras a leer las hojas de este cuaderno, pues así siento que me dirijo a alguien especial, muy especial, y es más fácil hacer de cuenta que estuviéramos conversando y lo dicho será más espontáneo. Y para conversar, querido mío, ¿con quién, por lo pronto, puedo hacerlo mejor que contigo? Prepárate, por favor, sobre estos renglones mi pluma registrará todo lo que piense y sienta, como vaya saliendo, sin orden ni concierto, todo; mientras más se escribe mejor resulta la escritura, dice la *Sister*, y siendo mi sueño dedicarme a ello, deberé seguir su consejo. Ahora bien, no importa si tú eres mi hermano del alma, el amigo a quien mayor confianza tengo en el mundo (más que a papá, o Toño, o el mismo James, de quien ignoras todo, si bien pronto lo conocerás), el hecho es que estos apuntes hoy iniciados serán solo para mí, nada más yo podré conocerlos. ¿Por qué no admito que esto es un diario? La razón es simple, Manolo mío, me parece tonto eso de dirigirme a mí misma (como vi que hacían algunas compañeras de la academia).

¿Por qué inicio esta "correspondencia" justo ahora y no lo hice antes, cuando salí de México? ¿O siquiera desde el día en que Mr. Miller me depositó en la Academia del Sagrado Corazón, con la boina y el uniforme azul oscuros y el cuello y los puños blancos deshilados, y las medias de lana para el frío, con los baúles y velices a un lado, y recomendó a tu prima con las religiosas, como se lo había pedido su socio mexicano? Ésa sería, por cierto, la pregunta que me haría una mujer tan práctica, ¡tan americana! como la *Sister*. La respuesta es que lo ignoro; conviene entonces que mi querida maestra no se halle en este momento a mi lado, pues no podría contestarle, a menos que le diera por utilizar su facultad para hacer que yo ahonde dentro de mí, tanto que hasta me llega a doler. Aunque hoy no quiero sufrir; últimamente soy tan feliz que tiemblo al pensar que mi dicha se interrumpa, ella me ayuda a soportar mis casi obligadas contrariedades cotidianas. En fin, el hecho es que desconozco la razón de haber postergado una escritura que, como si fuera poco, me va a servir de desahogo y lo admito, prometí enviar en forma de cartas al despedirnos. Tal vez no lo hice porque la marcha intempestiva a que

me vi forzada hizo añicos mi entereza, y las palabras de papá al explicarme su atroz decisión me asustaron de tal manera que, a partir de ese instante, viví en el mayor de los aturdimientos.

¡Ay, primo! Tal vez sea también por eso que mis recuerdos de la travesía en el Paragon sean tan confusos. No eché de ver el instante en que zarpamos de Veracruz; mi dolor al subir a bordo era tan grande que de inmediato entré en la cabina y me encerré en ella, no quería ni mirar a papá ni a ti, ni a Toño diciendo adiós en el muelle. Tampoco supe mucho de la travesía, ni siquiera recuerdo los litorales de este país donde he vivido casi tres años, lo cual aún no puedo creer. Supongo que estaba demasiado ocupada sufriendo con mi infortunio y, además, mi cabeza se abocaba a examinar y explicarse los últimos hechos, uno a uno, y el futuro me angustiaba. No entendía nada, no deseaba nada, no creía nada. Me asustaba al pensarme en una ciudad tan lejana, a la que suponía muy distinta (lo confirmé luego de haber paseado por Nueva York), y solía llorar, a ocultas y por las noches, refugiada en el camarote de lujo reservado por papá para mí sola, con instrucciones precisas de atrancarme por dentro cuando me encontrara allí. Hablé poco durante el trayecto y guardar silencio no fue difícil. Mr. Miller, quien se mostraba muy sorprendido por el extraordinario favor que don Ignacio le había pedido con tal precipitación, es un hombre taciturno (¿recuerdas aquella comida en casa para celebrar algún trato de negocios cuando ni los cuatro Ortiz juntos pudimos arrancarle una o dos docenas de palabras?). Leí menos de lo que hablé, si bien tenía a mano el *Viage por los Estados Unidos para jóvenes mexicanos de ambos secsos* de Rafael Reynal. No sé cómo lo conseguiste después de tantos años de haber sido editado, pero ¡lo deseaba tanto! Deambulé un poco más por el barco pues, por momentos, el encierro me sofocaba; lo hacía al caer la tarde, cuando los pasajeros se componían para la comida y la cubierta se quedaba vacía.

Para ser totalmente honesta, debo confesarte algo: me concedí, sin embargo, el pequeño deseo de recargarme en la borda y llamar a la sirena que Rafael Reynal dibuja en su libro. Quería saber de una vez por todas si su cántico irresistible me persuadiría a seguirla hasta la Isla de la Felicidad. Estoy cierta de tu sonrisa en este momento y oigo que tu voz me dice: “¡Aún eres una niña!”. Tal vez sea verdad, pero mi tristeza de entonces era tan grande, me sentía tan enojada, que hubiese querido desaparecer. Entiende: me ocurría algo para mí inconcebible, siendo lo peor la increíble invitación de papá (y esto, de seguro, no te lo ha contado) a aprovechar mi estancia en Nueva York para hallar un marido americano, uno ventajoso para Ortiz Hnos., y su encomienda de fijarme en James, el hijo de Mr. Miller, pues (dijo) ¿qué mejor que una alianza matrimonial entre las dos empresas?

Explícame: ¿cómo pudo ser que él, quien desde siempre prometió dar a su Juliana la oportunidad de elegir libremente el amor (como hizo él), saliera con tal atrocidad, así, de repente? Tal vez deseaba protegerme; eso cree al menos la *Sister*, quien con mucha perseverancia logró averiguar las razones de mi tristeza. Yo no dejo de opinar que, con tal sugerencia, el Sr. Ortiz se excedió. ¡Estuve tan encolerizada! y en parte se debía, lo acepto, a que de repente dejé de experimentar la invulnerable tranquilidad de ser su "niña de mis ojos" y su "tesoro de mis tesoros" (¡cómo se burlaban Toño y tú de estas frases de papá!). Por eso no escribí antes. Y ahora me figuro a *Sister* Louise frotándose las manos de contento, pues acabo de descubrir por mí misma lo que la querida yanqui repite siempre en sus clases, y es que el enojo y la escritura son contrarios. Por tanto, si hoy escribo, es por haber dejado el enojo; la dicha reina otra vez en mí.

De nuevo abandono el asunto central, tiendo a olvidarlo (o a lo mejor, quiero olvidarlo), y no es otro que explicarte o explicarme el motivo de estos garabatos, y al releerlos descubro cabos sueltos, los cuales, es probable, en unos años ni yo misma los pueda explicar. Por eso, antes de proseguir, y pongo la mano en el corazón, como cuando éramos niños, te aseguro que llegará un día en que procure a mis notas método y disposición; será cuando esté en Jalapa, en mi alcoba, frente al secreter de mamá, aquel dónde ella dirigía cartas de amor a papá (eso dijo él cuando me entregó el mueble) y pueda dedicarme a escribir. Entonces, y lo deseo con todas mis fuerzas, tendré el mayor empeño en tomar algunos de estos fragmentos, darles forma apropiada y conseguir después que un periódico o una revista los acepte y publique por entregas o aún más (es barato soñar, ¿no es cierto?), encontrar al impresor audaz que se aventure a reunirlos en un libro, tal cual hizo algún valiente con las cartas de Rafael Reynal a Carlos Gastelu (de paso, te cuento, terminé de leerlas y me gustaron mucho). Antes, por supuesto, habré suprimido lo más íntimo o comprometedor para mí o para otros, no es cosa de echarse entre las garras de los leones o ganarse enemigos de gratis, incluso cuando según *Sister* Louise, quien escribe debe reunir un gran valor y afrontar los peligros. No oses burlarte de mis sueños, Manolo. Sé de mujeres que lograron colaborar aquí y en otros países en revistas y periódicos, he leído sus textos, son buenos, y yo anhelo ser una de las primeras mexicanas en hacerlo.

En suma, sé bien que, a partir de este instante, he de resolver esos pendientes, uno por uno, si bien si se acaba el tiempo aprovechable antes de que oscurezca, y algo me falta, te lo aviso desde este momento: lo reservaré para otra tarde. No tengo dinero, pero sí tinta y papel; confieso haberlos robado, sí, los robo de la biblioteca de Mr. Miller, lo tomo a cuenta de sus muchos y excelentes negocios con

y (creo) a costa de papá. Valdrá lo anterior para dejarte intrigado, lo cual está muy bien. La literata en que pretendo convertirme ha de saber cómo despertar intriga, lo dice y lo redice en sus lecciones mi querida *Sister* Louise. Y ahora, primo mío, te dejo pues me llaman:

It's Tea Time!

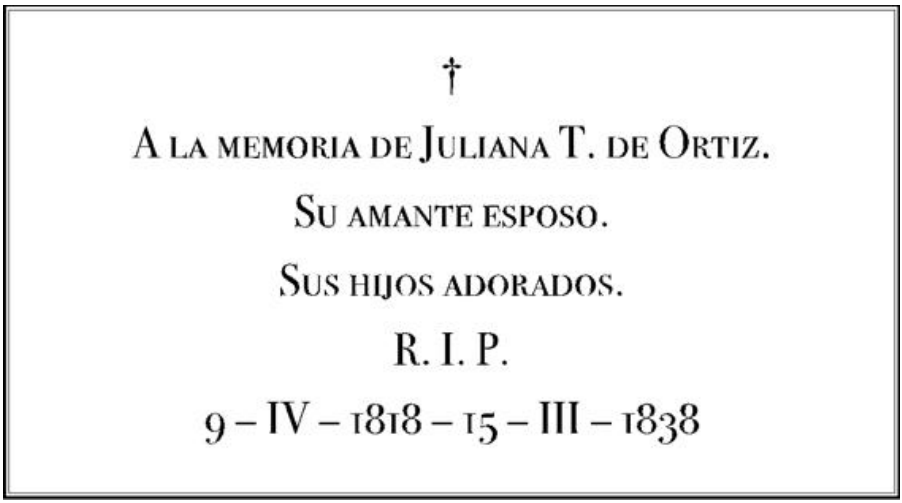
—Manolo, odio el té.

Lo bebo por no dejar, pero preferiría una taza de mi ansiado café de Coatepec. Imagina que nos hallamos en el corredor de la casa, viendo caer la lluvia, tomando café, y al oír cómo hablo y vuelvo a hablar de la *Sister*, clavas tu mirada escrutadora en mi rostro y preguntas: "¿Quién diantre es esa mujer?".

Respondo, ante todo, que gracias a "esa mujer" sobreviví a los primeros meses de la Academia y de Estados Unidos y hacerlo fue muy difícil, más de lo que tú o don Ignacio podrían figurarse. La pesadilla padecida en el barco continuó e incluso fue más grave por la reclusión obligada. Mr. Miller visitaba el colegio una vez al mes y me recibía en su casa los días de fiesta y de asueto, lo cual no era ningún consuelo pues… no, difiero para otra ocasión el relato de su vida familiar. Como si la distancia y la soledad fueran poco, las monjas y las colegialas yanquis observaban a esta mexicana como si procediera de otro mundo (acabé por percibir que mi color de piel les sorprendía y mi origen nacional les horrorizaba); no dominaba el idioma, si bien lo que me enseñó en Jalapa el bueno de Mr. Johnson resultó mi salvación. Lo peor fue cuando estalló esta guerra abominada; comprenderás que el hecho de residir en Nueva York, aquí, justo en el medio del enemigo, complicó enormemente el entorno. No sabes, además, cuánta cólera provoca el tono belicoso y antimexicano de las hojas sueltas que circulan de mano en mano. De pronto aparecían en mi habitación escolar, o dentro del pupitre O los carteles pegados sobre los muros que veo cuando recorro la ciudad. En los últimos tiempos, cuando salgo a caminar y lo hago con frecuencia, prefiero no proferir palabra en español y, si alguien indaga mi acento, respondo que nací en Madrid, qué sí.

Sister Louise, una de las religiosas fundadoras de la Academia en Nueva York, significó mi salvación. Antes de entrar al convento, fue vecina de Mr. Thoreau en el pueblo de Concord, en Massachussets, y acaso por esto piensa de manera muy distinta a como lo hace la mayoría de sus compatriotas. Sus ojos azules y vivaces y la piel lozana, a pesar de su edad, el abundante cabello blanco que a veces asoma rebelde y realza la negrura de la cofia, la sonrisa continua y de súbito distendida en una carcajada, tuvieron el efecto de curar mis heridas poco a poco. Te la describo con tanto detalle pues has de verla como mi memoria la visualiza y llegarla a querer tanto como la quiero y querré yo. A lo mejor para mí personifica a la madre que perdí al

nacer. ¿Sabes? Apenas logro representarme a mamá como aparece en el retrato colocado por papá sobre la chimenea de la sala; lo más triste es que, cuando pienso en ella, la vinculo con su tumba y nuestra invariable visita dominical después de la misa en San Francisco. ¡Papá jamás perdona ni la ida al panteón después de misa ni los ramos de flores para cubrir su lápida! Leí tantas veces las letras grabadas en ella que las aprendí de memoria y hasta las puedo dibujar:



"¡Qué espanto!", dirás. Tienes razón, pero piensa: no conocí a mamá, aprendí a vivir sin ella, y muchas veces su ausencia me hizo sentir enormemente sola (pese a la gran compañía de ustedes tres).

Conmigo aquí, y Toño en la Ciudad de México, don Ignacio ha de hacer solito la visita dominical, vale para él, lo sabes, como si fuera el undécimo mandamiento, y por tanto se debe cumplir sin importar el *chipi chipi* o el sol excesivo o sencillamente que una no quiera ir. Creo que le resulta importante pues es lo único que hoy puede hacer por su adorada mujer. ¡Me daría tanta tranquilidad saber que le acompañas! Pero, tal vez, sea demasiado pedir, no tienes la menor obligación de hacerlo. Además, papá habría de aceptar y ¡sus ideas son a veces tan complicadas!

Regreso a *Sister* Louise. Si asistieras a sus lecciones, también admirarías a esta mujer cautivadora y de verdad no exagero al elogiarla. Cada lección constituye un feliz espectáculo en el que su público queda atrapado. De cierto te preguntas qué rayos enseña. Y contesto: los cursos finales de literatura, pues la Academia del Sagrado

Corazón estima que sus alumnas (todas señoritas de buena familia) deben conocerla bien, eso las ayudará a expresarse con fluidez y elegancia y también a escribir correctamente. Yo siempre gusté de leer, lo sabes, por tanto, recibí el interés especial de la maestra cuando descubrió el gran gozo que me causaba su asignatura, más que a mis compañeras, quienes la pasan bien en sus clases, pero sin mayor interés que aprobar. La carga extraordinaria de trabajo que me asignó para ponerme al día y llenar mis carencias no me molestó; fue también un buen pretexto para limitar mi convivencia con las demás alumnas.

Primito, no vayas a creer que la amistad con la *Sister* surgió desde el inicio, no fue así, la originó un incidente curioso y hasta cierto punto festivo. Te lo cuento porque te hará reír y mover la cabeza con filosofía pues provino de mi debilidad por los manjares dulces. Comenzó una mañana cuando la *Sister* no llegó al salón. La sustituta, una monja, capaz de arrasar en un santiamén con la hermosa lengua de Shakespeare, nos informó que estaba enferma, pero que en cuanto se sintiera mejor regresaría a su tarima. Lo mismo acaeció al otro día, y al otro. Se difundió entonces un rumor sobre el origen de su enfermedad: provenía del atracón de golosinas surtidas por sus familiares con motivo de la Navidad. Habituado a la comida sencilla del convento, su estómago (palabra prohibida en este país: ¿puedes creer que una dama que se precie de serlo no puede decir *belly* en público por aludir a algo tan "corporal"?) lo había resentido severamente. Deseosa de ayudarla, y de verla pronto en clase, se me ocurrió sacar del baúl la conserva de guayaba que papá, sabedor de cuánto me gusta, había puesto en él y que yo, de tan ofendida como estaba, dejé allí. No sé ni cómo, pero conseguí convencer a una de las hermanitas legas de la cocina para que la llevara a su celda, al lado de los alimentos autorizados por el médico, junto con un recado que, más o menos, se leía así:

> *En mi país se cree que casi todo se cura con la mermelada de guayaba.*
>
> *Juliana Ortiz*

¡Pobre *Sister*! Sé (me lo dijo después) que la desesperación por su mal y, sobre todo el ayuno, la animaron a probar una *jam* tan exótica. Como el sabor le resultó agradable, se siguió de frente y, cuando la muy golosa vino a ver, se la había terminado. Cree que es un milagro. ¿Le sirvió o más bien su estado era ya de convalecencia? Deseo pensar que sí la ayudó; como dice el adagio, *la fe mueve montañas*, pero lo que más me gustó fue verla llegar al aula al otro día, aún más delgada bajo el severo hábito negro, sin dejar de hablar

maravillas sobre la *jelly* de *guava* (le resulta imposible decir *guayaba)*, y conmigo convertida en su alumna favorita. Entonces, la *guava* tuvo éxito, al menos para mí. Si algún día vienes por aquí (¡ay! "que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son"), no dejes de traer contigo varios frascos, siempre nos podrán sacar de algún aprieto y uno, ¡o varios!, serán para mi querida maestra.

Sin duda la Virgen de Guadalupe me recordaba y protegía con su manto. Desde esa ocasión, nuestra amistad creció a grandes pasos. Ella me brindó la compañía y la comprensión que tanto requería. Si me notaba triste (¿sabes? un día sí y el otro también), venía a mi lado, sin obstar nada, para sentarse a mi lado y haciendo preguntas hasta forzar en tu prima una respuesta. Tampoco le importaba que yo me encerrase a llorar en el aposento, o que presintiera que yo la necesitaba a la mitad de la noche; siempre conseguía enterarse e irrumpir en mi soledad a serenar cualquier tormenta. Hablamos mucho, lo admito: ¡yo mucho más!; poco a poco dejé salir toda la rabia, el dolor, la perplejidad reprimidas hasta entonces. Supo escuchar, supo poner paz. Consiguió, por último, hacerme entender e incluso aceptar la determinación de papá. Sí, acabé por reconocer su propósito de protegerme, a costa de mi rechazo, de perder el cariño de su hija adorada, y aun de afrontar dificultades con el general-presidente. La noche que lo reconocí, y tan pronto como la querida religiosa regresó a su celda, dejándome con los ojos cerrados, bien arropada (¿seré una especie de hija para ella, Manuel?), me levanté de nuevo y saqué el pequeño retrato de "don Ignacio Ortiz, empresario" (¿recuerdas cuando Toño lo tituló así?), con papá mirando hacia el frente, la mano izquierda sobre el respaldo de su silla inglesa, y la derecha debajo de la levita (¡como el mismísimo Napoleón!), y lo puse en el marco de plata repujada donde antes tenía una estampa del Macuiltepec. Ahora lo miro todos los días sobre la chimenea; al despertar lo saludo y al anochecer le mando un beso, y mientras arreglo la habitación o leo o escribo, interrumpo para conversar con él. Algún día lo veré de nuevo; entonces le voy a hacer sentir que nunca le dejé de amar, si bien lo quise más cuando entendí sus actos. Dije que *Sister* Louise consiguió "por último", pero está mal, y como no quiero manchar el papel con un borrón ni echarlo al fuego, ni tampoco escribir el párrafo de nuevo, me explico: está mal pues, desde esa noche, mi vida volvió a despuntar. Disfruté más de la estancia en la Academia; mi extraordinaria maestra-madre me allanó la relación con otras alumnas, lo cual era bastante difícil siendo sus compatriotas tan antipáticas (ya te comenté el motivo). En realidad, solo pude tratar un poco a dos hermanas originarias del Perú, cuya familia tiene casa en Washington por ser su padre un diplomático. Ellas me hablaron de la inquietud existente en su país por la invasión de

México, lo cual me dio consuelo. A nivel de amistad genuina, sin embargo, ni ellas ni nadie alcanzaron el rango de la *Sister*.

He de contarte algo más que esta maravillosa mujer hizo por mí. Tan pronto supo de las órdenes del presidente Polk de que las tropas situadas en la frontera avanzaran hacia el sur, su intuición la llevó a buscarme para conversar un buen rato conmigo. *Sister* Louise es una feroz opositora de la guerra, una de las escasas que aquí deben existir, y posiblemente sea por haber nacido en Massachussets y sentir gran admiración por las ideas y las obras del Sr. Thoreau. Al darme ocasión a que yo hablara sobre las noticias, para mí terribles, las asimilé mejor. ¿Cómo, si no, habría podido sobrevivir a las derrotas sucesivas de nuestras tropas en el norte o a la ocupación de Nuevo México y California? ¿Imaginas la angustia que sentí cuando supe que la escuadra enemiga bloqueaba todos nuestros puertos? ¡No sabes con cuánta frecuencia me pregunto por lo que papá y Toño y tú y la patria entera piensan de este conflicto! ¡Y por cómo lo sienten y lo sobrellevan! Piensa que perdí absolutamente toda comunicación con ustedes. La *Sister* veló también porque nadie en la escuela me reclamara o agrediese por los sucesos. Últimamente, cuando día tras día me deslizo en la biblioteca, tan pronto como Mr. Miller sale para la oficina, su esposa se encierra en el saloncito y tomo asiento frente al escritorio para hojear el *Herald,* extraño tenerla a mi lado y comentar con ella los partes bélicos. Manolo mío, ¡que la Virgen de Guadalupe y tu tornada y retornada Santa Bárbara ayuden al odioso general Santa Anna a hacer lo correcto por una vez en su vida!, ¡que salga pronto de su guarida en San Luis Potosí!, ¡que nos dé el triunfo militar que México precisa!

Hoy me enteré, por azar, de algo que podría ser la ruina para todos nosotros y lamento más que nunca haber dejado la Academia hace tres meses y perdido la ocasión de conversar con *Sister* Louise. Necesito hablar; por eso, estas páginas deben servirme también para dar salida al gran amor que siento por México, para poner en claro mis preocupaciones y registrar todos mis pensamientos sobre este inadmisible conflicto. Imagina por favor mi desesperación ante el mero hecho de no poder expresarme en voz alta. Si escribo, tendré al menos la ilusión de acercarme a ustedes, de sufrir con ustedes, aun cuando preferiría estar en México luchando contra los invasores. Y ahora, primo, tan lejos, exiliada, casi proscrita, acabo de enterarme de algo ¡tan grave! Si estuvieras conmigo podrías aconsejarme, ¡quía! procederíamos juntos; pero no lo estás y solo me resta pedir consejo a la única amiga que aquí tengo, tal vez se le ocurra algo, podré siquiera desahogarme. No temas, será discreta y no intentará atarme las manos si existe una solución a mi alcance, incluso me recomendará lo que pueda hacer. Ella, como Mr. Thoreau, defiende la idea de la

desobediencia civil ante las leyes injustas, se niega por tanto a apoyar de cualquier forma esta inicua guerra. Ni remedio, tan pronto consiga dinero para darme una escapada, tocaré la campana del convento.

Antes de hablar del asunto "que podría ser la ruina para todos nosotros", deseo saciar la curiosidad que ahora asoma en tus ojos (apuesto un dulce de coco a que no yerro). Me sirve a la vez para concluir un punto importante de este escrito, ¡por más que me lo propongo a estas alturas es un revoltijo! Pero prometo releerlo todo y luego abundar en los temas apenas esbozados, si bien por lo pronto voy a saciar tu curiosidad y decirte cómo es eso de que la querida religiosa no esté al alcance y yo esperar para poder platicar con ella. Ya te puedo oír: "Si el tío Ignacio te envió a la Academia del Sagrado Corazón, allí deberías vivir".

Tienes razón; pero agrego, la malhadada guerra complicó tanto las cosas que mi vida dio otro vuelco, aun cuando esta vez produjo algo bueno y, si lo pienso, debería sentirme afortunada por estar lejos de los espantosos acontecimientos que golpean a los mexicanos desde hace ya varios meses. ¡Y tú y papá y el mismo Toño en la capital sufren por ellos!

Te lo explico. Permanecí en la Academia desde la semana siguiente a mi llegada, tan pronto como se reunieron los uniformes y los enseres exigidos por las monjas y para gran alivio de Mrs. Miller, a quien la presencia de una "extraña" tan "extraña" en su casa la tenía muy incómoda, y a la que oí presionar a su marido para deshacerse de inmediato de la intrusa. Estuve en la escuela hasta el día de Acción de Gracias del año pasado (¿recuerdas? el último jueves de noviembre), cuando Mr. Miller fue a recogerme para pasar la fiesta "en familia" (habría preferido permanecer en la escuela con mi madre postiza), anunciando a esta servidora que no volvería y mejor reuniera mis cosas, pues habían dejado de llegar las libranzas remitidas regularmente por papá para pagar mis gastos. Agregó que como no era cuestión de restituirme a México en medio del fragor bélico, ni de hacerme más préstamos sin tener idea de si don Ignacio estaría en condiciones de solventarlos al final de la guerra, ni tampoco de cómo iba a acabar ésta, lo sensato (y menos costoso, por supuesto) era que yo viviera en su casa. A fin de evitar inconveniencias (las derivadas de su muy gruñona esposa), me invitaba a ser útil, es decir, a colaborar en las tareas domésticas.

¿Qué podía hacer yo? Sorprendida por sus palabras, solo me restó poner buena cara y preparar un veliz con lo necesario; lo demás lo dejé tan ordenado como pude, después lo recogería un mensajero de Miller & Co. Antes de partir, busqué a *Sister* Louise, quien estaba al tanto de los sucesos (te lo dije: lo sabe todo); me contó de la deuda de papá con la Academia, de su monto de tres meses (¡qué vergüenza,

Dios mío!) y que ella pidió a la madre superiora que me otorgara un mayor plazo para el pago de las colegiaturas, sin éxito, argumentos similares a los de Mr. Miller la habían hecho fracasar (¡la escuela no podía hacer sacrificios económicos, por supuesto!). Sin embargo, la superiora había accedido a volverme a recibir tan pronto como hubiera noticias de papá, cubriese lo atrasado y garantizara mantenerse al corriente de los pagos en el futuro. La *Sister* se despidió cariñosamente, animándome a ser valiente, a no renunciar a mis lecturas y a mis escritos, que es lo que estoy tratando de hacer y haré, cueste lo que cueste. Me pidió acudir a ella de inmediato, cuando me sintiera extraviada. Así es como me siento ahorita, extraviada, y por eso iré a visitarla; si puedo, mañana mismo, vaya, por supuesto que iré.

Las palabras de mi querida maestra me proporcionaron los arrestos para salir de la escuela con la cabeza y la espalda muy erguidas, a fin de disimular mi gran humillación. También me los dieron para que, tan pronto como llegué a la mansión de Gramercy Park (entérate: es uno de los distritos más refinados de Manhattan), acudiese a la salita de Mrs. Miller y le ofreciera apoyo antes de que ella lo ordenara. La mujer no se dignó mirarme a los ojos; apenas masculló que de momento descansara y, a la mañana siguiente, llegase a un acuerdo con Katie sobre como arrimarle el hombro. Naturalmente, ¡olvidó convocarme a la cena de ese día! Y por eso di infinitas gracias al Señor.

Ya, ya te oigo de nuevo: "¿Quién diantre es Katie?".

Te informo: Katie McClellan es una muchachita irlandesa recién contratada por los Miller; según me contó, cuando llegó despidieron a las dos mucamas alemanas pues ganaban más de lo que ahora gana ella, dizque porque la interrupción del comercio con México por la guerra ha afectado los negocios de su patrón. No sé, Manolo, quién quita y sea por eso, lo admito, las operaciones militares se han alargado y él dice que precisa ahorrar; pero debe ser también por su tacañería: ¿no dijo alguien que no aflige la miseria, sino la avaricia? No creo en la disminución de sus ingresos, por lo menos no tanto como para echar empleados, y menos a las mucamas que de por sí ganan muy poco. Además, la empresa no ha dejado de laborar; lo que sucede es que el socio principal no desea perder un solo centavo y se protege a costa de los trabajadores. (¡Qué diferencia con papá! ¡Don Ignacio Ortiz sabe comportarse como un padre con sus peones y jornaleros y los deja laborar hasta que son muy ancianos!). La "crisis" pone a mis anfitriones de pésimo humor. ¡Que con su pan se lo coman!

Hago aquí otro alto para examinar los renglones anteriores y descubrir los cabos que todavía me faltan por atar. No es cosa de dejar

sueltos demasiados, primito, aun cuando debo apurarme antes de que Katie asome su cabellera roja y su rostro lleno de pecas del otro lado de la puerta, suplique ayuda para poner la mesa y pida repasar juntas la forma correcta de hacerlo y de servir la comida. Ella ha sido como una hermana para mí en las casi doce semanas que llevo aquí, por eso, nada le niego, no lo merece. ¿Te fijas? En un país tan distinto al mío, he venido a hallar a la madre y a la hermana que siempre quise tener.

Escribir lo que sigue me resulta muy difícil, mucho más de lo imaginado; de hecho, mi pluma pierde velocidad, se resiste a invadir los renglones con palabras, avanza pesadamente, enmienda, tacha, varias hojas han ido a dar al fuego. Me digo: "Anda, Juliana Ortiz, tú puedes, debes hacerlo, si pretendes ser escritora debes acometer cualquier tarea, aun cuando se trate de relatar el crimen más horrendo".

Al ver tu cara de sorpresa, debo agregar, Manolo, nadie murió, no pongas esa cara, si bien para los efectos… Déjame seguir, en seguida te lo explico.

¡Cuánto bien siento al imaginar este diálogo! Y repito: "Hazlo, Juliana, cuenta de ese que has descrito como un 'horrendo crimen'; después de todo, si así lo decides, algún día podrás convertir estos papeles llenos de historias en un montón de cenizas".

Querido primo, por fin llego al punto. Me detengo, respiro y pregunto: ¿Qué supones que escuché de papá para causarme tal espanto y calificarlo todavía hoy, casi tres años después, de "horrendo crimen"? ¿Qué sucedió, preguntarás, para que tu querido tío Ignacio resolviera "echarme" de casa y del país (¡lo sentí así!, es cierto), por tanto tiempo, quizá para siempre? ¿Cómo explicas su prohibición de contarles todo esto a ti y a Toño y de mi silencio ante su insistencia en que les explicara el motivo de la partida tan repentina? Bien, te lo voy a decir y lo mejor será seguir haciéndolo de manera directa, hablando de frente, como recomienda *mi Sister*.

¿Recuerdas aquella visita de don Antonio López de Santa Anna, unas semanas antes de mi marcha, ese maldito 15 de noviembre de 1844? Nunca olvidaré esa fecha. Tú, haz memoria, habías ido al puerto a recibir una carga y a papá se le ocurrió la infame idea de ofrecer al señor presidente un agasajo en Jalapa. Quiso aprovechar el descanso del general, recién casado con Doloritas Tosta, en su nueva hacienda del Lencero, ¡estaba tan cerca!

Supongo, Manolo, que don Ignacio planeaba quedar bien y por eso, con el apoyo de varios vecinos adulones, organizó un mole y para después, una pelea de gallos en grande, de esas tan disfrutadas por su compadre, seguida de un fandango general. ¡Pobre papá! ¡Cuánto debió arrepentirse de su ocurrencia! Admito que me impresionó ver llegar a don Antonio en su resplandeciente traje de general, alto,

fuerte, garboso a pesar de sus casi cincuenta años. Desplegaba un poder como para fascinar a cualquiera, yo no fui nada original. Y es que él procedía como si fuese el dueño del país, no, eso es poco, ¡dueño del mundo! He de conceder que la amputación de la pierna izquierda le restaba algo de encanto, pero él maneja con gallardía su cojera mediante el uso virtuoso de la pierna postiza y de un elegante bastón labrado con puño de plata, y logra que sus interlocutores olviden su problema. La verdad sea dicha: el hombre es todavía tan atractivo que, a lo largo del mole, de los gallos y el fandango, se las ingenió para piropear con éxito a cuánta mujer le pasó enfrente, o más bien, él se puso delante, muy quitado de la pena por su quinceañera esposa.

Pues llegó solo. Doloritas (informó) se encontraba en la hacienda, acompañando a la madre enferma. Eso dejó libre el campo (como comprenderás) al irredimible don Juan y fui yo, ni más ni menos, la hija de su anfitrión y querido compadre, quien recibió las mayores alabanzas y las galanterías de todo un experto, a tal punto que la gente (papá me lo dijo luego) comenzó a murmurar acerca de su reincidente debilidad hacia las jovencitas, pero sobre todo a acusar a tu prima (¡a mí!) de coqueta. ¿Puedes creerlo? Yo tan solo acepté sus lisonjas, pues me gustaron, sí, mucho, me encantaron a tal punto que sin saber cómo evitarlas para no caer en la grosería, no dejé de estar pendiente de él, hechizada. Nada sucedió, Manolo, ni temas ni te enojes. El único pecado que cometí (si cometí alguno) fue el de dejarme llevar, sentir halago porque el poderoso general, presidente de la República Mexicana me brindara tanta atención, permitirle hacer, no discurrir que debía poner tierra de por medio. La vida entera sufriré por ese pecado (lo he repetido en el confesionario una y mil veces, créeme, sin conseguir totalmente la paz). Hoy sé que debí alejarme, de inmediato, de quien para mí encarna hoy al mismísimo Luzbel. Y ahora pregunto, como ya pregunté a *Sister* Louise: "¿Cómo haces para que una niña de quince años (y a lo mejor cualquier mujer) no se sienta atraída por un hombre a la vez tan viril y poderoso?". ¡Todos se inclinaban ante él!

He de admitirlo: si esa tarde don Antonio me hubiera pedido seguirlo, yo, cándidamente, le habría seguido a dónde dijera. Todo en mí era un caos; ni religión ni moral habrían detenido a tu prima. ¡Cuán débiles somos los seres humanos! Insisto, nada temas, no te enojes, él no se habría atrevido a llegar más lejos con la hija de don Ignacio Ortiz y menos en casa de este. En todo caso, jamás lo echaré de ver pues, advertido por algún amigo o chismoso, papá comenzó a vigilar y ya no se apartó de mí. Su espanto aumentó sobremanera cuando don Antonio se despidió de él, emplazándolo a la capital para resolver sus negocios y pidiéndole, como por azar, que llevara de

paseo “a su hijita”, ofreciendo alojarnos consigo en el mismísimo Palacio de Tacubaya (¿recuerdas cuánto deseaba yo viajar a la Ciudad de México?).

Antes que empresario, papá es papá, ahora lo veo muy claro. Al percatarse del peligro corrido por su niñita (yo, Manolo, yo soy esa niñita, le busco la gracia para no llorar y morir otra vez de turbación y rabia), decidió atajar el asunto, si bien con diplomacia, sin deseo de provocar un conflicto a fin de no correr el menor de los riesgos (lo cual ¿sabes? aún me duele). Al monstruo le respondió que tendría muchísimo gusto en visitarlo, pero su hija Juliana no podría acompañarlo, por desgracia estaba a punto de salir del país, es más, tenía ya el billete del barco que la llevaría a Nueva York. Pese a la mala cara de don Antonio, y a cualquier otro le habría espantado, recordó a su compadre que sus ideas acerca de la instrucción mujeril eran avanzadas, por eso yo había recibido una enseñanza igual a la de mis hermanos (Toño y tú, tonto, por supuesto), compartiendo con ellos cuánto maestro halló o pudo darnos, pero como en Jalapa faltaban medios para continuar con nuestra educación, había decidido enviar a Toño a la universidad y a mí a una academia para señoritas en Estados Unidos. Todavía siento sorpresa al recordar cómo pudo inventarse tanta cosa, así, de improviso (dice la *Sister* que lo guiaba el amor, ha de ser. No. Hoy lo sé bien, así era).

Podrás entender la precipitación de mi salida; si a ustedes les sorprendió, a mí me dejó apabullada. Sabes ya cómo ocurrieron las cosas y cuánto sufrí por ello. Papá quiso justificarse antes de que me marchara, me suplicó que partiese de buen grado y me prohibió hablar del asunto, temeroso de que tú y Toño no pudieran contenerse como él y del peligro que correrían por eso. Sintiéndome víctima y, para colmo, castigada, me negué a aceptar sus razones; ni siquiera quise abrazarlo en el muelle de Veracruz y retuve las lágrimas hasta hallarme a bordo. Como te dije, tardé mucho en comprender y ahora lamento haber sido tan dura, ¡desearía haberle dado ese abrazo que me rogó! Pero no tuve más remedio que acatar su determinación.

Aquí debo corregir algo que expresé antes. Tal vez no había escrito antes estos pliegos, no por estar enojada, sino por la gran amargura, la frustración que sentí al verme de súbito excluida de cuánto amaba, y por la falta de confianza de don Ignacio, que nunca pidió mi opinión. ¿Por qué, si siempre declaró que su hija debía forjarse un carácter tan libre y recio como el de sus hermanos, no aplicó estas ideas en esa circunstancia? ¿Cuál fue su razón para concluir que su amada Juliana era incapaz de afrontar los peligros y cuidarse sola? A estas preguntas (que admito haberle hecho, de muy mal modo), él contestó templado que Quinzuñas es Don Demonio y tiene muchas mañas (jamás le había oído hablar así de su querido

amigo. ¡Cuánto debe lamentar el tenerlo de compadre y que mi hermanito Toño lleve el mismo nombre!). Y templado, sí, pero con gran firmeza, añadió que su resolución estaba tomada (y cuando dice eso, necea, ya sabes), y lo único que yo tenía que hacer era someterme y callar. Hoy sé que no cometió un error. Yo no era cándida, sino simplona, tal vez lo sea aún, pero por lo que he sabido y reflexionado recientemente, por lo que sospecho que ese demonio de las muchas mañas está a punto de hacer o ya hizo, comprendo que papá no se equivocó. Sé también que es mi turno para hacer algo en su contra; hoy, mi queridísimo Manuel, ¡se trata de la salvación de todos!

"*Come in*!"

Katie ha entrado a la habitación primito, lo siento. Debo concluir estas letras, por ahora, sin comunicarte mis sospechas, si bien reconozco que todavía las he de corroborar. Mi hermanita irlandesa está parada atrás de mi silla y así resulta muy difícil seguir. No, ¡es imposible! Me pone nerviosa cuando mira cómo escribo (lo hace fascinada, pues, apenas lo reconoció, no sabe leer). Alza un pie y después el otro, cruza y descruza los brazos al mismo tiempo (no entiendo cómo no se cae), por fin se anima a informar que habrá invitados, los mismos de ayer (se lo dijo la cocinera y esa noticia es buena, ¡ya me ocuparé yo de estar cerca para prestar toda mi atención a la plática!), y *please, Miss Julie*, *please, please,* suplica que la ayude a poner la mesa, teme hacerlo mal y ganarse una reprimenda de la odiosa de Mrs. Miller. Acabo, pero no sin confesar que siento pena por ti, si yo estuviera en tu lugar estaría pavorosamente inquieta. Para mí dejarte ahora no es tan malo, pues ya sé cuál será el inicio de mi próxima carta. Sí, lo acabo de decidir; no esperaré más, mañana mismo iré a visitar a la queridísima *Sister* Louise. Eso servirá, además, para que cuando por fin te enteres de lo que sucede (y de lo que tengo la casi absoluta certeza), pueda compartir contigo sus siempre sabios consejos.

· 3 ·

Nueva Orleans

Vuelto en la cama contra la pared, con las piernas dobladas hacia el pecho como cuando era niño y negaba la muerte de su padre, Manuel abre los párpados, pero los cierra de nuevo; si se rehúsa a ver las motitas doradas que se cuelan entre las celosías y los cortinajes y se esparcen por la habitación, podrá olvidarse por otro ratito de que se encuentra en Nueva Orleans. Blancos y negros, siempre separados, unos de prisa, otros despacio, todos hablan, gritan, murmuran, todos juntos forman una torre de Babel. Hay muchos irlandeses y alemanes, algún judío; plantadores y granjeros de visita en la ciudad, también esclavos; diversos oficios están representados: mercaderes, capitanes de barcos, carreteros, ministros religiosos y marineros, demasiados oficiales y soldados, mujeres de aires y tonalidades diversas, hasta espías.

Y ese yanqui que parece acecharlo, ¿por qué? No tiene sentido, si en el Halifax le contó que aprovechaba la guerra para visitar a sus jefes, no fuera a suceder que, de permanecer en México, la gente la tomara en su contra o incluso de la mina que administraba. Si esto era verdad, ¿por qué entonces se ha tropezado varias veces con ese flaco y alto de pelo rojo y cara pecosa llamado George Wallace? ¿Por qué la noche en que subió con don Serafín Fernández a contemplar la ciudad pensó verlo en el mirador del St. Charles y después, en la calle de Chartres, cuando fue a curiosear en las vidrieras y a elegir una cuelga para Juliana, y aun el domingo en la catedral de Saint Louis, entre los pocos feligreses que asistían a la misa de seis de la mañana?

No sabe qué creer, le faltan datos para despejar sus dudas; además, de ser cierto que ese hombre lo está siguiendo, él poco puede hacer salvo esconderse, y es justo eso lo que va a procurar. Menos mal que al día siguiente, a esa hora, ya estará navegando, ¡sería el colmo que Wallace aborde el mismo vapor! ¡Vamos! Lo peor es que uno agranda todo cuando se halla agobiado; mejor será que olvide los recelos, duerma otro poco, la luz de marzo es aún tenue, afuera ha de hacer frío y la jornada será larga.

Encoge más las piernas y aprieta unos segundos los párpados. Al abrirlos, la oscuridad realza la figura de su madre de rodillas ante el pequeño altar, abajo del cuadro de la Virgen de Guadalupe, rodeada por estampas de santos clavadas en los carrizos y profanadas por el humo de las candelas. La ve girar y sentarse sobre el petate que cubre el piso, cruzando brazos y piernas. Viste una túnica larga y ancha, su rostro es grave, el talante severo, justos los movimientos. Alguien

llega: ¡Santa Bárbara!, es la santa que porta el ropaje blanco y rojo y lleva la corona del martirio como en la talla de la iglesia, es ella acercándose a doña Rosa con un gallo entre las manos. Se lo pone enfrente; el sonido apagado de unos tambores se escucha a lo lejos y también allí mismo, el ritmo le remonta a tiempos antiguos y lo mantiene alerta. Su madre invoca a Yanga, clama por su intercesión, pide al jefe negro que él, quien conquistó la libertad para los habitantes de San Lorenzo, consiga la protección de Xangó para el hijo que está a punto de viajar a una tierra remota e insegura y extraña, le ruega que jamás lo deje solo y le dé el valor necesario para hacer lo que deba hacer, para decidir lo que ha de decidir. Manuel se desespera, quisiera saltar de la hamaca, quisiera que no sangrasen al gallo, quisiera que su madre no cometiese esas abominaciones, quisiera…, los pies no le obedecen, intenta tocarlos con las manos y no las encuentra, intenta gritar, pero carece de voz. La hamaca se balancea y los peroles y las marmitas y los anafres saltan los unos sobre los otros, chocan entre ellos y amenazan con caerse. Le ahoga el olor a incienso y a benjuí y a artemisa y a otras enjundias que le adormecen. Antes de sucumbir al sueño, se dice que preferiría no oler, no mirar, no oír, darse a la huida.

De súbito, la luz le pega de lleno en el rostro; abre los ojos y se endereza, baja los pies hasta el piso, extiende las manos hacia el frente y con la punta de los dedos toca la pared recubierta de un tapiz floreado. Qué alivio, todo era un mal sueño. Se estira, tarda unos minutos en despabilarse y ponerse de pie. Camina hacia la ventana y se asoma; a pesar del frío prevaleciente, los transeúntes parecen ocuparse de lo suyo, nada más él quisiera permanecer allí, no pensar, no salir, guardarse bien, caliente. Pero tiene que salvar su ánimo, el sol despunta ya entre las nubes grises, acaso el día se componga y pueda hacer todo lo que debe hacer.

Es que desde que bajó del Halifax, su cabeza y su corazón y sus nervios se han embrollado, tantas cosas le gustan, tantas le disgustan, ignora si detesta o ama al país que antes elogiaba tanto. Si a esto agrega al larguirucho pelirrojo que se presenta a cada rato, y la falta de noticias sobre México, y la zozobra por Juliana, y el nefando juramento que le rompe el alma y él quisiera romper, las pesadillas resultan naturales. Si por él fuera, se volvería a México de inmediato, pero su destino es Nueva York, no va a descuidar su misión por lo que él desee, sino a reprimir sus ímpetus y su miedo. ¡Vaya!, lo ha hecho desde que el tío Ignacio lo separó de San Lorenzo y se lo llevó a Jalapa, lo único que también pedía entonces era dormir, solamente dormir, no recordar nada.

Ha de reprimirse, pues, seguir su método. Lo primero es admitir el miedo, en ese momento le sirve incluso para actuar con prudencia y

no correr riesgos inútiles. Si la cuestión fuera ser osado, mejor se volvería a Veracruz, lo necesitan la patria y la familia: ¡Santa Bárbara, que los rayos y truenos de la flota enemiga no caigan sobre el puerto sino en el medio del Golfo! Basta. Ha de relegar todo, solo discurrir en el presente que es lo único que puede atender.

Lo segundo es acotar el temor a los hechos, poner en ello toda la mente y toda la voluntad, repetirse una y otra vez que en ese país nadie sabe de Manuel Ortiz y no basta con ser mirado para que se descubra su nacionalidad; lo protegen el pasaporte español y su inglés, con mucho acento, lo admite, pero difícil de distinguir. Se lo dijo el mismo don Serafín cuando le comunicó sus reservas sobre Wallace.

Lo tercero es mantenerse ocupado; menos mal que ese mismo día va a comprar su pasaje y aún le faltan lugares por visitar; si es necesario andará y desandará la ciudad. Respira con calma; el método tiene que ayudarle a repeler el miedo, si lo hace bien puede silenciar las preguntas para las que carece de respuesta.

En fin, es hora del arreglo. Se dirige al armario, saca la ropa del día, la alista sobre la silla y va hacia la palangana. ¡Quía! ¡La costumbre elude la modernidad! Eso no es una palangana, es una vasija enlazada a un conducto del que sale el agua cuando uno gira la llave. Se mira en el espejo, éste le devuelve un rostro pálido, los ojos cercados de gris, opacos, ¡qué le va a hacer! Al fondo ve la mesa llena de los periódicos que ha venido revisando desde que llegó. El *Picayune,* el *Mercury, L'Abeille* ¡son los culpables de sus pesadillas! Por más que los lee y los relee, no halla consuelo en sus columnas: que si México es un caos; que si los mexicanos tienen la culpa de lo que les ocurre y deben pagar por ello; que el mapa de América ha cambiado para siempre a favor de Estados Unidos, ¡el pueblo elegido por Dios para llevar la civilización a cada rincón del continente! Solo anhela que Santa Anna haya triunfado en la batalla que se le venía encima, si ya sucedió y él y su ejército ganaron…, el mundo vería que a México le sobra voluntad para defender sus derechos, sus derechos vilmente hollados. Es sangre lo que le escurre por la mejilla, la navaja está demasiado afilada… Ve a su gente defendiendo a la patria palmo a palmo, ve sus cuerpos heridos, muertos, no quiere pensar… ¡Nada ni nadie la librará del daño que sufre, tampoco de la extinción!

Siente que el miedo vuelve y le aprieta en la boca del estómago: después de todo se encuentra en un país hostil y si es cierto que Wallace le ronda y lo delata, las autoridades americanas lo pueden recluir como espía y ponerlo ante un paredón. ¡Qué lo libre Santa Bárbara! ¡Qué no lo linche una multitud desquiciada por los éxitos de sus tropas, luego de someterlo a un sinfín de tormentos!

Desde que don Serafín le dijo de los rumores que circulan en Nueva Orleans sobre el arribo de agentes enemigos resueltos a hacer

estallar los fuertes, prender fuego a los edificios públicos, mandar ropa infectada a pueblos y ciudades, Manuel ha tenido buen cuidado de pasar lejos de los baluartes que se levantan a los lados de la entrada del Mississippi. Cada vez que los ve, teme que los militares que resguardan las puertas o vigilan desde las torres le reconozcan como mexicano y le apunten con certeza. Los pudo ver, firmes en sus posiciones, alertas ante cualquier amenaza, cuando apenas había desembarcado y se readaptaba a la tierra firme, mientras hacía fila para recibir su equipaje y una tribu de cargadores, empleados de hotel, cocheros y aun mendigos brindaban sus servicios a los viajeros en medio de una algarabía atroz.

Aleja los ojos de los diarios y se mira de nuevo en el espejo. Piensa que es mejor que planee la última jornada en Nueva Orleans y no discurra más sobre México; por desagradables que sean, las noticias pierden fuerza cuando no se les dan vueltas, angustiarse no aporta nada bueno. Lo que le urge es adquirir de inmediato el boleto para embarcarse en La Belle, aunque don Serafín afirme que basta con estar en el muelle un poco antes de que el vapor zarpe. No quiere exponerse; lleva seis días en la ciudad; si los añade a los quince que le tomó cruzar el golfo, hacen veintiuno de haber salido de México, tres semanas de estar lejos de casa, un poco más de haber dicho adiós a doña Rosa.

Manuel suspira al recordar que, a esa hora, el cielo de San Lorenzo refulge y el calor se cuela entre los carrizos y las hojas de palma dando al jacal de su infancia el aspecto de una gran jaula de pájaros. Ve a su madre apoyada contra la puerta, abrazándolo en tanto él agita las manos para despedir a papá.

> *Fue la última vez, m´hijo, allí me estuve otro rato, viéndolo alejarse; su caballo iba al paso, como no queriendo irse, pero al final la distancia se lo tragó. ¿Sabe? Yo tenía un mal pálpito, la piel como chinita. ¡Xangó me avisaba que no iba a mirar más a mi Manuel! La culpa de que el corazón le matara fue del hermano. Me lo dijo el ama de llaves; ella le oyó gritar al Ignacio que no le iba a permitir una boda con la mujer esa, que de seguro yo lo había embrujado, pero no, m´hijo, de veritas no hice eso. Lo que me encabrona es que yo ni quería el casorio, pa' qué, si estábamos juntos. Pero su papá neceaba y neceaba, dizque pa' legitimarlo a usté´ y trincarle la herencia. Algo le sabía al Ignacio…, le sospechaba. Hoy será re' bueno, como usté dice, digo yo que, de purito remordimiento, adaunque no le alcanza pa' tratarlo a usté como a los primos, ni pa' entregarle las tierras que le pertenecen.*

Por lo pronto, Manuel planea viajar rumbo al este, luego hacia

el norte, mudando de transporte cuando convenga; así podrá acercarse a la meta y a la vez cubrir su rastro y esquivar al pelirrojo. Acaso llegaría más pronto si navegara a la vista del litoral, como hizo Juliana dos años antes; pero existe el peligro de que alguna de las fragatas que vigilan la costa detengan el barco y se descubra la farsa del comerciante en vinos. Aunque a él le habría gustado más surcar el Mississippi en uno de esos vapores planos que recorren el gran río y sus afluentes y semejan villas flotantes. Pero para qué dar vueltas a lo imposible, lo prudente es seguir el consejo de quien al respecto sabe más.

Es curioso que, a pesar de los miedos y las sospechas, su ánimo se emocione aún con la idea de recorrer los canales y los caminos de macadán y navegar en barco de vapor y subirse a un ferrocarril, de los que tanto ha leído; por momentos se siente como cuando era niño y esperaba la llegada de los Reyes Magos. Y es que él solo ha viajado en litera, carruaje y desde luego en mula y caballo y, por supuesto, en el Halifax, si bien eso preferiría olvidarlo. ¡Mira que la fuerza del norte le obligó a atarse a la hamaca y la goleta se meneó cual si tuviera camorra con todos los vientos!

Manuel termina su aseo y después peina el cabello y las patillas. En tanto se ciñe el chaleco a la cintura, observa la cama de caoba, el cobertor y el dosel de brocado, las paredes revestidas con un tapiz de flores. El St. Charles es mundano, sin dejar de ser cómodo, y lo mejor son las comidas, tan elegantes. Para él, cuya única práctica hospedera ha sido la posada de *monsieur* Marcuet en Tampico, el hotel de Nueva Orleans encarna la cumbre de la distinción. Le fascinan sus incontables ventanas, las vidrieras y los cortinajes de seda carmesí, y qué decir del espléndido mirador, desde el cual es posible abrazar a la ciudad entera. ¡Cómo le gustaría compartir todo esto con Juliana! ¡Y dale! Si no está listo para pelear por ella, más le vale irse arreglando para permanecer solo y por lo pronto sacársela de la cabeza.

Pasan de las once. Antes de salir, ojea sus pertenencias. El candado cierra bien el baúl. El cartapacio sigue dentro, oculto entre la ropa, junto al revólver y la bolsa con monedas. Don Serafín afirma que los robos son raros y Manuel entiende que el St. Charles es más que seguro, aunque desconfía. En México habría pedido al dueño que guardara en la caja fuerte sus valores y el dinero que no lleva consigo. Él carga siempre la faltriquera, con estampa, redoma y dinero; ahora la sostiene del cinturón y luego la disimula con los faldones de la levita. Su ropa nueva es igual a la de la gente decente de Nueva Orleans y así no llama la atención, como le sucedía con la que le prestó el tío Ignacio, tan pasada de moda; se quedará en el fondo del baúl, allí a donde quisiera arrojar el infame juramento, para siempre… En ese momento, el gruñir de su estómago le recuerda que no ha

comido nada desde el día anterior, y el servicio de desayuno acaba de cerrarse. Tendrá que conformarse con un café, bien fuerte y endulzado para resistir el desvelo, y con un par de esos deliciosos panecillos dorados esparcidos de azúcar que nombran *beignets* y esperar al opíparo *lunch* que le prometió el amigo español.

En tanto desciende por las escaleras alumbradas con vistosas lámparas de gas, casi puede oír a doña Rosa:

> *Júreme no'más que va a comer bien, m'hijo, adempero quién sabe lo que se come en ese país de herejes.*

La ve esa última mañana antes de despedirse, al otro lado de la mesa, frente al platón de huevos revueltos y los frijoles y plátanos fritos, la crema, el queso y las tortillas calientitas. Es su manera de despedirse, es como si quisiera darle aliento para todo el tiempo que permanecerá lejos. Sus ojos la recorren y vuelve a sentir orgullo por ella y por la sangre que le heredó. Su madre posee la fuerza y el donaire propios de su raza, debió sacarlos del abuelo negro que huyó de Cuba hace tantos años y a fuerza de remo y de brazos halló la libertad en Veracruz. Es verdad que el tiempo la ha embarnecido; a pesar de eso la enagua de muselina blanca con volantes y el fondo de raso rojo no consiguen ocultar el bien formado cuerpo. La piel morena resalta con la camisa verde descotada, y luce más con el collar de coral con el que se adorna coqueta y que cae retador entre sus pechos. Admira el pelo castaño y ondulado que le legó la abuela jarocha, recogido en dos gruesas trenzas atadas con listones de colores. Entiende por qué sedujo a su padre "la mujer ésa", como le da por llamarla al tío Ignacio.

Manuel cruza el *lobby*, entrega la llave en el escritorio, ataja por la tabaquería para adquirir el último *Picayune* y se dirige al comedor. Mientras espera a que le sirvan, extiende el periódico frente a sí: ¡ay, las noticias son alarmantes! Santa Anna va hacia Saltillo, tal parece que pronto tendrá lugar la gran batalla contra el ejército de Taylor. Lo asusta que Scott se haya detenido en Tampico —justo el 18, ¡cuán a tiempo zarpó la goleta!—, que continúe en Lobos con el grueso de la flota y sus tropas puedan reforzar a las que están a punto de entrar en combate.

ISLA DE LOBOS

Tampico, febrero 28 de 1847.- Se informa que el general Scott está en Lobos, la pequeña isla situada a quince millas de esta ciudad, y allí instruye y organiza a sus hombres, alistándolos para el desembarco en el puerto de Veracruz. El general tiene mano de hierro y cree que las tropas deben

soportar cualquier condición. No ha suspendido los ejercicios, pese al furioso norte que bufa en el golfo. Notificaremos a nuestros lectores cuándo zarpará para Veracruz, tan pronto nos lo comunique nuestro corresponsal. Si tomamos este puerto, la ruta de Hernán Cortés será nuestra.

Manuel respira hondo. La situación en México va de mal en peor y mientras, él está allí, en el elegante St. Charles, saboreando un café con un *beignet*, ¿cómo podrá perdonárselo? Pero no fue él quien eligió, ¡preferiría hallarse en el corredor de la casa, viendo caer la lluvia y saboreando una taza del delicioso café de Coatepec! Pero ahora le toca ocuparse de Juliana, nada más. De inmediato debe ponerse de pie, dejar el hotel y dirigir sus pasos hacia la plaza para la cita con don Serafín a las doce y media. Si bien aún hay tiempo y podría leer otro poco, pero no, la prensa acaba por enfadarle. Prefiere solicitar la cuenta, paga y parte, abandonando el diario sobre la mesa y asomándose antes para asegurarse de que su perseguidor no lo espera a la salida. No está, menos mal. Camina sobre el pavimento de piedra entre los edificios rumbo a la zona mercantil, la ropa nueva le hace sentirse cómodo, uno más, curiosamente seguro. Al llegar a las calles Real y de Chartres, vuelve a admirarse por las tiendas y los anuncios que se multiplican, aun cuando a veces siente que los diversos artículos que llenan las vidrieras le caen encima, es tal la cuantía y proceden de tantas partes del mundo que desearía quedarse con todo, pero no, ya no va a adquirir nada más, ¿dónde y cómo lo transportaría? Aparta su ansiedad leyendo los rótulos pintados sobre maderos o en las paredes, arriba o junto a los negocios, y se esfuerza por traducirlos, sirve además para que repase su inglés: GROCERIES, FANCY GOODS, HARDWARE, PARAFFINE-CANDLES, DR. JAMES (PRIVATE DISEASES), GUNS, MADAME LA BRANCHE MODISTE, CHINA FROM CHINA, SPRING MANTILLAS, PHARMACY, BOOKSHOP.

Sin detenerse a pensarlo, Manuel entra en la librería, otra vez, solo un instante, ¡es tan grande la variedad de volúmenes! ¡Son tantas las primicias! En Jalapa y el puerto resulta difícil conseguirlas, hay que aguardar meses para que arriben si es que arriban. No puede ni debe desperdiciar la ocasión, acaso tropiece con algo que antes no pudo ver o recién llegó, le distraerá durante la travesía, o después, cuando vuelva a México y se encuentre solo: solo… ¡por la corona de la mártir, que no sea así, por favor!, ¡que el mismo cielo los cobije para siempre a Juliana y a él! Topa con *Usos y costumbres de los americanos* de la Sra. Trollope, ya lo anunciaban los diarios, lo coge, lo

acaricia, revisa el índice. ¡Lo comprará! Se dice que el libro le va a servir, la autora visitó los lugares por los que acaso él vaya a pasar. Derrama emoción, aprieta el ejemplar contra el pecho como si se lo fueran a arrebatar, se apresura a acercarse al empleado que lo atiende solícito y paga. Pasea todavía un buen rato frente a la estantería, pero se reprime para no tomar otro volumen y prefiere salir a la calle preguntándose dónde va a meter el nuevo, en el veliz de mano, eso es, así podrá iniciar su lectura en La Belle. Habrá rato… ¡Wallace!, ese es Wallace, le delata la cabeza colorada que trata de ocultar tras la columna de rayas azules, rojas y blancas de la barbería. Sí es. Si no, por qué al sentirse descubierto ha echado a correr.

Manuel siente que el corazón se le detiene. ¿Qué puede hacer? ¡A la policía no puede acudir! Transita desazonado cuando alguien le entrega un volante que mete instintivamente en el bolsillo del pantalón. Trata de calmarse, debe confiar en las plegarias y hasta en los artilugios maternos y en la protección de Xangó. ¡Xangó!; se lo dijo el rostro culposo de doña Rosa, el rostro que pretendía ocultar el pecado nocturno y no ser censurada por lo que el hijo pudo sentir o percibir o intuir.

Pues ella no cambiará, dice verdad el tío Ignacio cuando afirma que "la mujer esa" conserva sus mañas, pero Manuel la acepta como es, por lo que haga pues no tiene una forma mejor de poner remedio a la pena tan grande que adivina en él. Es cierto que esa noche su madre no cesó de macerar, agitar, triturar, licuar, de entonar ensalmos hasta arrullarlo y que la peste arrojada por las semillas y las hojas del toloache le llegó hasta la hamaca tendida en la cocina. Ahora no comprende cómo no se percató de su designio desde que entró en el jacal y encontró el ramo de flores blancas sobre la mesa y aun acarició los pétalos nimbados de violeta y azul. Y hasta se mofó, altanero, de los incautos que habrían encargado un inútil filtro de amor. Juzgó a su madre, volvió a hacerlo, lo lamenta, si él mismo reconoce que no todo en la vida es racional, aunque jamás usaría el filtro, eso es idolatría y la verdad le da miedo; pero tampoco lo tirará, equivaldría a despreciar a su madre, a ser como el tío y eso sí que no: jamás. Manuel soba la faltriquera, siente el bulto que hace la redomita, la soba hasta calentar el cuero.

> *Llévesela, m'hijo, no sea tonto, y no la tire. Na' más tantee bien las gotas. Si se pasa… Ya sabe….*

Manuel sabe y teme. Con menos gotas, dormirá al sujeto. Con más lo puede matar o de menos enloquecer. Si le da lo justo, lo tendrá en sus manos, dócil, obediente, pasivo. Y a Juliana no la quiere así, ¡cómo!, si ella es el gozo y la razón de su vida, si ella ha de estar a su

lado libre, espontánea, abiertamente. Entonces, ¿se deshace del filtro? Debe, pero no quiere, quiere, pero no debe, ¿qué tal si lo necesita y por fatuo se ha deshecho de él? ¿Qué sucedería si alguien como Wallace se le cruzara en el camino? El toloache puede ser más discreto que una pistola y en ese país no deben conocerlo, por lo menos tendría tiempo para huir y ocultarse. Tirita, es el miedo, hay poco sol, pero entibia. Lo que hará es guardar la redoma y al regreso devolverla a su dueña, llena. Mientras, ambos tendrán sosiego.

Haré de cuenta que vendrá el mes entrante, como siempre. Ni se aflija por los tlacos que sé trabajar. Orita déme un beso, un abrazo, na'más, y ándese.

Marcha hacia la plaza Jackson; trata de olvidarse de Wallace en tanto observa la carreta situada en la esquina, el patrón italiano ofrece dátiles, higos, nueces, pasas, almendras, asegura que son suaves y dulces en un lenguaje que debe ser asaz confuso para quien solo hable inglés, pero él más o menos entiende, se parece al español y le ayudan los gestos elocuentes del vendedor. Un poco más allá, en la contra esquina, un grupo de negros ofrece un concierto, su música le resulta exótica, aunque es agradable y rítmica, le recuerda las resonancias de su tierra. La quijada del caballo, el violín, una guitarra de forma extraña, el pandero y los huesos que golpean como castañuelas le hacen sonreír. Sigue adelante y, ya en pleno barrio mercantil, se divierte con los objetos colgados de las puertas de madera y de las ventanas y los balcones de hierro forjado. La bota de madera anuncia al zapatero; el sombrero de copa, la sombrerería; el tarro de medicina, la botica; una escopeta, la armería; las tijeras a un sastre. El colmo es el hombre transformado en plato de loza que en tanto parece rodar sobre la calle invita a entrar en un hostal; en México pasaría por lunático, pero los americanos son diferentes.

Un grito le sorprende por detrás. Se vuelve, es don Serafín Fernández, quien camina de prisa para alcanzarlo —no corre, sus ¿cuarenta o cuarenta y cinco años? se lo impiden— y, sin importarle si lo miran, lo llama a voces. Manuel se detiene frente a la clínica para esperar al hombre de mediana edad. Entrevé por el portón entornado a los mártires de las "enfermedades privadas", un letrero asegura que el Dr. James puede curarlas. Sentados pacientemente en la fila de sillas pegadas a la pared de una sala, aguardan a ser recibidos con cara de prevención y sufrimiento.

Observa a su nuevo amigo: el traje de lino blanco, impecable; el chaleco de raso azul brillante; una flor roja en el ojal de la levita. Agita un sombrero blanco con la mano izquierda y lleva en la derecha un paraguas de raso negro que a veces le sirve de bastón y con el que

casi siempre apunta a quienes lo escuchan. Se demora para saludar a varios transeúntes; asiente ante los caballeros, sonríe afectuoso a las damas y estas le responden de la misma forma.

Pese a los siete días de trato continuo, a Manuel aún le asombra el éxito de don Serafín con las mujeres. La conducta del luisianés trae a sus mientes a don Ignacio, caballeroso y amable, prestigiado en las tertulias a las que dice acudir nada más por compromiso, pues desde que es viudo solo desearía ir a las bodas de sus hijos. Manuel pensó siempre que también iría a la suya y más si se casaba con Juliana, pero no, el tío cree que el estigma materno lo obliga a conservarse soltero. Y será de esta forma si no se atreve a romper el perverso juramento y persuade a su amada de arriesgarse con él. ¡Que Santa Bárbara le dé ese valor! ¡Que se lo inspire Yanga quien dio la vida por los suyos!

Pero que se lo dé antes para enfrentar a Wallace, pues no tiene duda de que es el pelirrojo quien aparece y desaparece. Don Serafín le ayudará; desde que Manuel entró en su casa y puso en las manos la carta del tío, el español se hizo cargo de sus asuntos, haciéndola de guía, mentor, acompañante, ¡vaya, de confidente!, sin dejar de exhortarlo a cuidar de su amor. Hasta le pareció arrepentido de algo. Le gustaría conocer su historia. Lo cierto es que nunca ha conocido a nadie que honre tan bien su nombre; abandonó su Agencia Aduanera para escoltarlo y, tal vez por tratar con un mexicano, se siente en confianza para expresar sus ideas con plena libertad, sin refrenarse para hablar mal de los yanquis. ¡Joder, con el hambre de tierras tan insaciable que tienen no se conforman con haber robado las Floridas y la Luisiana! ¡Que eran del rey de España! ¡Vamos, y libran ahora esta injusta y cruel guerra contra vosotros!

Un movimiento en la clínica del Dr. James devuelve a Manuel a Nueva Orleans. Los enfermos cambian de asiento; de repente, al abrirse la puerta del gabinete médico, el pelirrojo sale con cara de alivio, como si le hubieran quitado un gran peso de encima. Manuel siente que se le comprime el alma, ¡no es posible!, ¡se lo ha vuelto a encontrar! Pero no es él, ¡cuánto se le parece!, más le vale hacerse a la idea de que, en ese país se topará con muchos como él. De cualquier forma, le urge alejarse de Nueva Orleans; solo así recuperará un poco de tranquilidad, la suficiente para centrar su pensamiento en Juliana, en lo que le dirá cuando la vea, en cómo se van a comportar, si su prima querrá volver a México.

Justo en ese momento don Serafín se le pone delante y le da un abrazo tan efusivo que hace fruncir el entrecejo a varios pacientes del Dr. James, siendo que en ese país la gente es tan inexpresiva. De ahí que él prefiera quitarse de la vista ajena y empuje a su amigo hacia la plaza en tanto que ojea a su alrededor para ver si descubre al presunto

Wallace, de balde, ¡se ha perdido entre los transeúntes! Don Serafín le pregunta qué le pasa, pero no le da tiempo de responder pues enseguida le interrumpe con excusas por su demora, agregando que esté tranquilo, disponen de toda la tarde para ir por el pasaje. Luego, con cara cubierta de súbito por la congoja, le ruega que le acompañe un momento a la catedral; se citó a la una con el párroco, tiene una urgencia, espera que no le importe esperarlo un poco.

Al ver tal inquietud, Manuel relega su ansiedad y acepta. Mientras caminan en silencio, se dice que algo pasa a su nuevo amigo. Las campanas de la torre tañen trece veces al franquear las rejas. ¡La iglesia estará vacía a esa hora y él podrá rogar por Juliana y por Toño y por el tío y por México, y también por su madre, ¡que con la mira de hacer el bien, sus brebajes y pócimas no causen daño a nadie y sí curen los males del cuerpo y el alma!, así sea. Se arrodilla frente al altar del centro en tanto que el español entra en la sacristía, pero no puede rezar, el templo le distrae, la catedral de Nueva Orleans le parece una iglesia de pueblo, es tan austera que no le despierta piedad alguna, ¡qué distinta de San José, con sus refulgentes retablos y sus múltiples cuadros invitando a la piedad de los jalapeños! A lo mejor es que los modos rústicos de los americanos ya comenzaron a molestarle y lo extiende a todo lo que los rodea, debe tomarlo con cuidado pues, si como dice su anfitrión, los luisianeses son los más afables de todos los americanos, qué será de él cuando pase por otros lugares. ¡Ay!, ¿y qué será de su prima, rodeada de fríos neoyorquinos y con el mero apoyo del hombre sin lengua, como su primo Toño llamaba a Mr. Miller?

A unos pasos, a los pies de la imagen de la Virgen y el niño Jesús, Manuel repara en una joven vestida de negro, ensimismada en un libro de piel carmesí y cantos dorados, los labios carnosos se mueven quedamente, a veces, alza el rostro hacia la Santa Madre y su Hijo. No usa alhajas, el cabello esquiva la mantilla, ahora cubre el rostro con las manos. Manuel ojea alrededor para ver quién la acompaña. ¡Qué raro!, está sola. En México la escoltaría al menos una criada.

Ella llora. ¡Cómo llora! Su rostro representa el abandono y la tristeza. Cómo quisiera darle consuelo, abrazarla, pero ¿cómo?, no la conoce, podría sentirse indignada y, además, si lo hiciera, él traicionaría sus propios votos de amor. Don Serafín sale de la sacristía, tiene la cara descompuesta. Al ver a la joven, se le aproxima. Deben ser cercanos pues tiene la confianza de secarle los pómulos hinchados con el pulgar. ¡Santa Bárbara! ¡Que jamás sufra Juliana tal dolor! Querría avisarle que pronto se verán, pero ¿de qué forma? De realizarlo, ¡ambos estarían en riesgo!

La joven clava los ojos en el rostro de don Serafín, intenta

sonreír al tiempo que le pregunta algo. La respuesta la desencanta pues hace un mohín de tristeza. Ahora habla. ¿Qué dirá? ¡Si él supiera leer los labios! Al español le enoja lo que oye, pero se reprime y aprieta las manos femeninas, se ve que con lo que dice la anima un poco, su oyente acepta con el gesto y un suspiro profundo y luego se alegra en forma luminosa. Manuel sonríe también, ¡vaya que el solterón hace otra vez de las suyas, y con alguien a quien ha de llevar más de treinta años! Experimenta un poco de envidia, tendría que observar sus modos, él nunca ha sabido cómo atender a las damas, su cercanía con Juliana se debe a que la trata desde siempre y si honra el infame juramento se quedará solo, absolutamente solo.

La mujer se para de puntas y besa a su interlocutor en la frente, luego flexiona la rodilla derecha persignándose, se endereza y se dirige hacia la puerta. El español espera a que se aleje; ya que ha salido del templo, deja salir el aire que retenía y aspira de nuevo, como si necesitara calmarse y darse bríos para emprender algo muy difícil. Cuando Manuel se le acerca, lo mira fijamente y de súbito le espeta, con voz enronquecida, que Estados Unidos es una nación mentirosa. ¡Diantre!, ¿cómo es posible que se proclame la libertad y la igualdad y a la vez se cometan tantas vilezas?

Manuel no entiende nada; su semblante debe ser tan explícito que don Serafín le invita a sentarse y allí, a la luz del vitral donde el rey San Luis convoca a los fieles a seguirlo en la cruzada contra los infieles, le cuenta que la joven que acaba de marcharse se llama Nicole, es nieta de un rico plantador francés, quien al morir liberó a la esclava que era su amante, asignándole una casa en la ciudad y una renta generosa que sus herederos tendrían que cubrir mes tras mes. Los padres de Nicole son Marie, la niña a la que la exesclava dio a luz unos meses después de morir su amo, y Giuseppe, un marinero genovés, que años después la enloqueció de amor y dejó preñada. ¡Demontre! La historia es tan común en Nueva Orleans que a nadie le causa asombro. A diferencia del gran Colón, quien regresó tres veces al Nuevo Mundo, el tal Giuseppe no volvió y si lo hizo, no se asomó por allí; la pequeña Nicole creció sin un progenitor que la protegiera de su misma madre, con el respaldo económico de la abuela y el cariño que su padrino, él le otorgó con creces pese a que Marie lo había traicionado con el miserable genovés. ¡Aún se pregunta cómo fue que quiso tanto a esa mujer!

La iglesia se va quedando vacía; el sacristán barre las naves, atiza con la escoba a las bancas como advirtiendo a los importunos que pasó la hora del *lunch* y es mejor que se vayan pues él está hambriento. Don Serafín se incorpora, se tira de las pobladas cejas y hace ademán de salir. Manuel se rehúsa, le hace sentar otra vez, insiste en que le aclare lo que está ocurriendo, por qué él y Nicole

lucen tan abatidos, de qué habló con el párroco que lo dejó tan perturbado. Escucha entonces que ha tres semanas murió la abuela de la joven y los herederos del plantador ya avisaron a madre e hija que las mesadas se van a suspender —es más, ya no llegará ninguna— y deben salir de la casa, de inmediato, el deseo de su abuelo era amparar a la amante mientras esta viviese, no mantener a sus descendientes. El español golpea el suelo con el paraguas mientras clama que es inaudito, ¡las echan siendo de la misma familia! Pero esos malvados cuentan con la razón legal y con el beneplácito de la sociedad.

Manuel se entera de que, a fin de asegurar a Marie y a Nicole una situación decorosa, don Serafín propuso casamiento a la primera, si bien con el paso de los años la ha llegado a detestar. Pero el cura se niega a casarlos; los matrimonios entre razas están prohibidos, y aun siendo sacerdote, no se piensa comprometer: más allá de que violaría la ley, ni el señor obispo ni sus feligreses se lo perdonarían nunca. Por lo demás, Marie tampoco quiere, ella aspira a disfrutar de una vida holgada, pero también libre, totalmente libre, como la ha tenido siempre. Recién le mandó a decir con Nicole que ni se ocupe ni se preocupe por ellas pues la solución está muy cerca. Se le ha ocurrido enviar a la pequeña al próximo baile de las *quadroons*. Está segura de que allí se resolverá su vida; con el vestido apropiado y las joyas que va a rentar, su hija quitará esa noche el aliento a muchos y, por lo menos, habrá un postor que se la gane. El español alza de nuevo el paraguas y golpea con violencia contra el reclinatorio, mientras grita: "¡Pardiez, esa maldita mujer está a punto de cometer una atrocidad!".

Antes aún de que Manuel se lo pregunte, lo mira con fijeza y le repite *quad-roon*, *quad-roon*, cuarterona, hombre de Dios, su ahijada lo es, la chica tiene el cabello rubio y los ojos azules y la tez sonrosada de un ángel italiano, pero eso no le quita que la cuarta parte de su sangre sea "de color", cuarta, cuarterona, la sociedad de Nueva Orleans no perdona semejante defecto. ¡Rayos!, Nicole tendrá que obedecer y concurrir a un baile donde su madre la pondrá en venta, su propia madre quiere entregarla al hombre de mayor fortuna, sin importarle que sea joven o viejo, sano o enfermo, gallardo o grotesco, eso sí, debe ser rico, muy rico. Considerada la belleza de la "mercancía", la perversa vendedora está segura de que sobrarán quienes deseen adquirirla, ya se ocupará ella de cambiarla por una casa, una renta vitalicia para ambas y sus descendientes y todo lo protocolizará ante notario, lo ha dicho, no le volverán a arrebatar nada. Solo así vivirá tranquila.

La explicación sacude a Manuel; si él viviera en Nueva Orleans, esa gente decente a la que ahora copia en su ropa y con la cual gusta de confundirse, lo vería también, como menos, igual que a Nicole, por

sus venas corre sangre negra, la cuarta parte: ¡él es un cuarterón! Reflexiona que es distinto en México, las diferencias son menores, pero no, para qué engañarse, allá se da igualmente el rechazo. ¿Qué mejor prueba que el inicuo juramento de Año Nuevo que debió pronunciar? Fue evidente el terror del amado tío ante la mera posibilidad de que alguno de sus nietos tenga la piel más oscura de lo que los jalapeños ¡y él mismo! pueden soportar. Tendría que preguntarse si lo habría llevado de niño a su hogar de haber tenido la piel más oscura.

> *Usté's parejito a sus primos, se lo digo y redigo, y dígaselo de mi parte al tal Nacho. Que repase lo que me prometió: usté sería como el Toño y la Juliana y que acepte que no ha cumplido a cabalidad, todo por su dizque estigma. ¡A mí no me engaña!*

Manuel Ortiz no quiere oír más, ni recordar tampoco, y sale del templo lento, silencioso. No es sino hasta que se derrumba en una banca de la plaza de enfrente y siente el aire invernal que le pega contra el rostro cuando respira mejor, aunque advierte más liada que de costumbre la maraña que lleva en la cabeza le es menester tiempo para desenredarla, y aislamiento para entender y dominar las emociones que viene experimentando desde el día del arribo a Nueva Orleans. Pero no solo desde entonces; también carga las sufridas en Jalapa, y en San Lorenzo, y en Tampico, hasta en el Halifax.

Don Serafín se desploma junto a él; se ve muy acongojado. Por un rato ambos callan; mientras, la gente pasa ante ellos cual si tuviera algo extremo por resolver. Manuel se percata del cambio de clima; la neblina ha espantado al tibio sol mañanero y una capota gris amaga con desbaratarse en lluvia. Es cosa de ir por el pasaje, no sea que por confiado deba quedarse más tiempo en Nueva Orleans, ¡no lo resistiría! Después buscará soledad y silencio para recapacitar en la mejor manera de resolver su futuro.

El español lo encamina hacia el largo muelle donde se localizan las oficinas de los negocios marítimos. A lo lejos se divisan los baluartes; Manuel recuerda que desde allí podrían verlo y trata de ocultarse junto a la figura amiga, se baja el sombrero sobre el rostro, enmudece. Al llegar a un edificio cuyo cartel exterior anuncia: "Vapores", sigue adentro a su ángel guardián, quien se comporta como si fuera el dueño y al entrar en una oficina se dirige a alguien que parece ser el administrador. Avanza obsequioso hacia ellos y escucha con gran atención las palabras del español. El hombre vuelve luego a su escritorio, toma el sobre que se halla encima de una carpeta de tafilete verde y se lo entrega. Manuel se percata en ese momento de que don Serafín es su patrón. A él pertenece esa empresa y La Belle, de

ahí que no le preocupara el billete, para qué, si depende de él y por tanto es seguro. Intenta pagárselo, no puede, lo detiene un "Joder", qué piensa, "si apenas es un pequeño obsequio por los días tan agradables que hemos pasado juntos". Manuel insiste, pero el otro es más empecinado y se guarda el sobre en el bolsillo interior del chaleco. No queda más que agradecerlo, algún día le devolverá el favor y con creces, espera que sea lo más pronto posible. Don Serafín se limita a sonreír.

La realidad se abate sobre Manuel al volver a la calle. Le aturde caminar entre los empellones y las pisadas de los transeúntes que corren, y van y vienen atareados, hay que estar alerta al paso y ruido de los carruajes y los carros jalados por caballos y mulas. Le urge un tiempo de soledad y silencio, lejos del español, quien, con todo y su acostumbrada verborrea, desde que dejaron la catedral no ha hablado más que lo imprescindible. Don Serafín dice entonces verlo extenuado, acaso lo mejor sería que se guardara en el hotel por el resto de la tarde, lo pasará a recoger al otro día, al alba, para llevarle al embarcadero; allí le dará el boleto, no sea que ahora lo vaya a perder, que arregle enseguida el equipaje y después procure darse reposo.

Manuel accede de inmediato y se despide antes de que su buen amigo recuerde el opíparo almuerzo que le prometió y pretenda escoltarlo toda la tarde; enfila hacia el St. Charles, aunque antes de retirarse a su aposento deberá calmar el hambre que siente. Pero se ha pasado la hora, en ese país las cosas solamente se hacen en los tiempos marcados, nada está abierto. No hay nadie en el carretón del italiano y cuando llega al hotel y se acerca al comedor sus ojos se topan con la pizarra, ¡lo temía!, alguien anotó en ella que la *dinner* no comenzará sino hasta las seis de la tarde. ¡Lo había olvidado! Un camarero solícito le ofrece una taza de té. Odia el té, le sabe a las tisanas que su madre le hacía beber cuando comía demasiadas golosinas, también quedan *beignets* de la mañana. No le bastará, él precisa algo más fuerte. Ay, en Jalapa le bastaría con ir al mercado para comer unos tacos de sesos, o unas quesadillas, o se robaría cualquier cosa de la alacena.

¡Ni remedio! Si a Roma vas, como vieres haz. Acepta dos piezas y decide comerlas mientras camina por un rato junto a la Levée, así engañará el hambre y dirá adiós a la ciudad. Se detiene un momento junto al dique, preguntándose cómo es que este, pareciendo tan insuficiente, puede impedir que las aguas del Mississippi inunden la urbe y sus entornos. Tarde o temprano va a suceder. A continuación, observa, igual que lo hizo a su arribo desde el puente del Halifax, el sinfín de vapores, veleros, goletas, bergantines, paquetes, correos, chalanas, pailebotes y barcas de todos tamaños y clases y banderas que hienden el río y el estuario del golfo. Jamás imaginó verlos juntos

y en tal cantidad. El alma se le estruja al evocar el puerto de Veracruz, pues el que creía pujante es apenas lánguido, muestra la pobreza de recursos del gobierno de México. ¿Cómo van a ganar así la guerra? ¿Cómo?

La tarde se está yendo y el griterío aumenta. Las pláticas en los distintos idiomas y dialectos como en la torre de Babel son nutridas por las sirenas de los barcos que avisan de sus maniobras, las exclamaciones de quienes remolcan los barcos por el Mississippi o hacia el golfo, el cascabeleo de los carros y carretas que esperan pasajeros y carga, las risas y coplas festivas de los marineros que izan y arrían velas y aparejos, las maldiciones de los pescadores que retornan de alta mar y avanzan con lentitud por culpa del ajetreo. Una rambla de tablones une entre sí a algunas embarcaciones ancladas cerca de la orilla o al lado del dique; en ese momento, una fila de negros transita por ella con una pesada carga de pacas de algodón sobre los hombros, un capataz blanco les grita haciendo restallar un látigo en el aire. La esclavitud es la vergüenza de Estados Unidos.

Apura el paso y mira salir una columna de voluntarios a las órdenes de un capitán por la esquina; marchan rumbo al muelle, han de aprestarse para viajar a México, allí harán la guerra al tío, a Toño, a su madre. Gira el rostro; no quiere verlos ni ser visto. Intenta calmarse, solo son un montón de campesinos con poco entrenamiento militar, cómo van a tener sospechas de él. Se dice que debe calmarse, el miedo estorba y no hay motivo para tenerlo, ni siquiera debe importarle Wallace, sin duda el conflicto terminará pronto y lo que el pelirrojo haga carecerá entonces de valor. Aunque le alegra no haberlo visto en las últimas horas; con suerte desapareció para siempre.

Manuel no pasea solo; pese al frío que aumenta, muchos louisianeses han salido de sus casas y negocios, los ve y los oye disfrutar del atardecer que se va disipando en el límite del océano. A su siniestra, las luces de gas de las calles y los edificios públicos se van encendiendo y se extiende un zumbar anunciando que la urbe se prepara para la noche: los teatros ofrecerán sus representaciones, las tabernas se disponen para abrir sus puertas y los burdeles a recibir a sus huéspedes. Pero él no quiere saber de estas diversiones…, solamente Juliana debe ocupar su pensamiento.

Procura cerrar los oídos. Pronto se irá y estarán juntos, aun cuando no deja de preguntarse qué le deja Nueva Orleans. Repasa lo visto y vivido en los últimos días y admite que algunas cosas le gustan, pero pesan aún más las que le disgustan. Si bien al alejarse de Tampico tenía la certeza de que, no obstante la guerra, lo mejor para México sería parecerse a Estados Unidos para, por lo menos, aprender a resguardarse de él y, sobre todo, a salir adelante, le ha bastado una semana para mudar de opinión. El progreso económico no vale el

retroceso moral y México ha de mantener lo propio, lo que le viene de antaño y progresar a su manera.

Siente frío. Comienza a caer una lluvia menuda. Es tiempo de comer y recogerse. Mete las manos en los bolsillos para caldearlas y topa con el volante que le dieron por la mañana cuando iba hacia la plaza Jackson y lee:

SUBASTA

¡55 ESCLAVOS PARA PLANTACIONES
AZUCARERAS O DE ALGODÓN!
30 HOMBRES, 21 MUJERES, 4 NIÑOS
FUERTES Y VIGOROSOS
DE LA SUCESIÓN DE WM. LAMBETTA

MR. ALEX BEARD,
SUBASTADOR

4 Y 5 DE MARZO
A LAS DOCE HORAS
CONDICIONES:

La tercera parte se pagará de inmediato, y en efectivo;
el resto se cubrirá en cuatro pagos anuales, asegurados con un contrato, y afianzados con propiedades.

Arruga el papel, lo arroja al suelo y lo pisa. Tiene agua en los ojos, y rabia en el ánimo, y en el estómago una arcada lo empuja a vomitar. Se domina, puede hacerlo si sigue los tres pasos de su método: admitir el miedo, acotarlo a los hechos, mantenerse ocupado. Soportará lo que sea a fin de cumplir con su misión, aunque ve con mayor claridad que Juliana debe abandonar este país hipócrita. Odia

Nueva Orleans; siquiera está a punto de abandonarla. Santa Bárbara, ¡que pueda regresar con bien a la patria!, a su patria combatiente, allá tiene mucho que hacer. Por ahora se volverá al hotel, a su habitación, y ahí, en la cama, con las piernas flexionadas contra el pecho, como cuando era niño, vuelto hacia la pared, intentará dormir para olvidar ese día y soñar con el momento en que llegará a Nueva York.

Tuerce entonces hacia la calle del St. Charles y camina hacia el hotel, acuitado.

· 4 ·

JAMES MILLER

Nueva York, martes 2 de marzo de 1847

Mi querido e inolvidable primo:

Ya sé que me había comprometido a escribirte lo más que pudiera, se trataba de dar salida a mis emociones y además adiestrarme para el día en que consiga colaborar en una revista o en un periódico (lee esto bien: no he renunciado); llegué incluso a anunciar con qué iba a dar principio a mis siguientes pliegos. Pero ay, Manolo, ¡han sucedido tantas cosas durante este tiempo! Tantas cosas buenas y malas, que ahorita no sé por dónde empezar mi relato. Tal vez lo mejor sea cumplir con lo que ofrecí antes y de allí seguirme para adelante, como vaya saliendo, aunque sea en desorden (lo cual a *Sister* Louise no le gustaría nada, lo sé, no es la mejor práctica para quien quiera dedicarse a escribir). Sin embargo, debo… no, necesito capturar todo lo que pasa por mi mente y por mi corazón, ya algún día habrá tiempo de darle el acomodo exigido por las reglas.

Inicio pues con el relato de mi visita al convento al otro día de haber estampado la firma en mis últimas letras. Tuve que apresurarla; me obligó a ello lo que escuché desde la cocina mientras guiaba a Katie durante la elegante *dinner*, indicándole que retirara las sillas para ayudar a sentarse a los comensales, recordándole que la comida se sirve en los platos por la derecha y el vino debe verterse con cuidado en las copas; calmándola para que no fuera a cometer un error y ganarse el regaño de la patrona; sonriéndole al terminar, ambas dichosamente invictas.

Los concurrentes eran pocos, lo cual sin duda nos facilitó los laureles. Además de los anfitriones, había tres caballeros con sus señoras; yo, por supuesto, no estaba incluida (y por eso Dios sea loado). Al término, las damas se retiraron al saloncito de Mrs. Miller, imagino que para hablar de banalidades, y ellos se encerraron en la biblioteca a beber coñac. Dije “se encerraron”, y sin duda ellos mismos lo pensaron, pero no fue así pues poco antes tuve buen cuidado de pedir a Katie que, al salir, una vez depositada la bandeja con copas sobre el mueble donde Mr. Miller guarda las botellas que importa del Viejo Mundo, dejara la puerta entornada. Ella, que en ese momento solo veía por mis ojos, muy agradecida por la ayuda que le brindé, accedió del mejor modo, sin preguntar. Más aún, adivinando mi propósito, se quedó cerca para alertarme por si alguien se aproximaba

y me sorprendía en el acto del espionaje. De esa manera pude oír cosas que hilvané con las que tenía pilladas desde la víspera y entendí el tapiz de intrigas que se ha tejido detrás de esta imprecada, perennemente imprecada guerra. ¡Ay, qué daría yo por estropearlo!

Ya sé, a estas alturas has de estar desesperado pues no llego al punto. Aquí te quiero imaginar paseando junto a la presa, pues el chipi chipi no molesta demasiado y la niebla de estos días no ha descendido tanto (niebla que añoro, ¡no lo creerás!, aunque allá me quejase tanto), o bien en el malecón del puerto (si los americanos ya lo tomaron, al saber si podrás). Miro que llevas mi carta entre las manos, leyendo pliego tras pliego, y después alzas el rostro y me preguntas: "¿A dónde rayos quieres llegar? ¿Por qué rayos dejas que me coma la intriga?". Sí, "rayos", tu palabrota preferida, la única y la más vil que mi primito osa pronunciar. Veo el esfuerzo que haces para dominarte, y que en vez de saltarte párrafos y cuartillas como haría yo, sigues la lectura, en orden, pues mi querido Manolo, ¿cómo no voy a recordar cuál es tu forma de ser?, retenido, tan severo contigo mismo que no eres capaz de hacer un poco de trampa y brincar unas líneas en busca de lo que estás ardiendo por conocer. ¿Sabes? A veces me pregunto si ese volcán que llevas dentro no acabará por explotar.

Que esta interrupción sirva para reiterar una vez más, ante ti y ante mí, y ante quienes osen dudarlo, que Juliana Ortiz no desistirá jamás de su sueño de ser escritora, de allí que se alegre de lo que sin proponérselo está logrando, es decir, primito, provocar tu curiosidad, atraparte de tal modo con mis palabras que, si bien mueres por saber algo, no eres capaz de abandonar el camino.

Por lo pronto, basta de hacerte rabiar, Manolo, te quiero tanto que no abusaré más de tu paciencia. Pues bien, lo que oí tras la puerta fue lo que conversaban Mr. Miller y sus invitados, de quienes da lo mismo si se apellidaban Harris o Smith o Jones pues ignoro quiénes eran, lo que cuenta es que todos parecen tener negocios en México, todos se decían muy enojados pues la guerra, la inicua guerra, se ha prolongado más de lo que esperaban, oyes bien, esperaban (como si la hubieran planeado) y ya les está afectando en los bolsillos. Discutían cómo proceder, con quién hablar y mencionaron nombres de políticos, editores de periódicos y otros hombres de empresa. Su propósito es obligar al presidente a dar un golpe militar definitivo, de tal suerte que pueda obligarse a los mexicanos a la negociación inmediata. (¿Sabes que al presidente Polk se le llama ya Polk el Mentiroso?; es que él prometió que el trance duraría muy poco y ahora parece no tener fin). Luego, esos hombres hablaron y hablaron. ¡Ay, primito!, lo que escuché me hizo sentir cuchillos clavados en el corazón, la sangre escapando a chorros, no exagero al decirte que así lo siento en este momento, mientras escribo me desangro. Hablaron de un tal coronel

Atocha (*Sister* Louise indagó después que es un español, que tiene la ciudadanía americana, así como residencia e intereses en esta ciudad); según entendí, se trata de un agente de Don Demonio, eso es, del mismísimo Don Demonio, quien le mandó a la Casa Blanca desde su exilio en La Habana. Allí hizo varias propuestas de la parte de Santa Anna, mismos que se convirtieron en planes, planes que hoy son hechos, terribles hechos.

Resulta increíble, ¿no es verdad? Hasta la querida *Sister* me preguntó si estaba segura de haber oído bien, después de todo, la invasión del norte, el bloqueo de los puertos y el envío de una escuadra a Veracruz eran operaciones demasiado importantes, juzgaba que un solo hombre no podía tener tanta influencia, que yo desvariaba. Aunque al principio pensé lo mismo y varias veces me pellizqué para ver si estaba despierta, bien despierta, luego de considerar cuidadosamente las cosas, estoy persuadida de que nuestro general-presidente es culpable de traición (¿te das cuenta? ¡ahora está al frente de las tropas mexicanas en Saltillo, dizque para enfrentarse al general Taylor! ¡Y fuimos nosotros quienes lo llamamos del exilio en Cuba!). La mejor prueba es la facilidad con que la flota del enemigo dejó pasar hasta Veracruz el vapor que lo llevó a México, cuando todo estaba bloqueado; ese hijo de… (no concluyo porque sé cuánto te molesta que use esta expresión, también porque a mi querido papá le causaría un gran disgusto y debo admitirlo, a mí tampoco me parece apropiada para una señorita de bien). En fin, primo mío, que ese hombre nos ha vendido. Vendió a su patria y nosotros estamos aquí y allá, tan confiados, sin hacer nada para al menos pelear con dignidad. El triunfo final que promete no se dará. ¿Cómo? Mucho me temo que ese…, ese ya nos entregó.

Fue tal mi desesperación al enterarme de esto que, al otro día, hice lo que nunca pensé que tendría que hacer: robar, sí, robé unas monedas a Mr. Miller, quien acostumbra a dejar los centavos sobre su escritorio y cuando los necesita los toma sin contarlos. Lo lamento mucho, te juro que mi corazón tocaba como campana de iglesia a las doce mientras lo hacía, pero no tuve otro remedio, debía ir a ver a *Sister* Louise, contarle todo para que me dijera qué acción podía emprender. Lamento ese robo y antes de marcharme de este país veré la forma de devolver lo robado, aunque a lo mejor basta con que pida perdón a Dios Nuestro Señor o con pensar que ladrón que roba a ladrón…

No es que el convento esté muy lejos, se puede ir a pie, pero si utilizaba el ómnibus iría y regresaría más pronto, mi ausencia se notaría menos. Solo avisé a Katie: si Mrs. Miller preguntaba por mí, que le dijera que estaba en mi habitación pues me sentía un poco mal. Es difícil que ella me llame, pero más vale prevenir; de hecho, esa

mujer rara vez pregunta por mí. Inventa algo para darme faena solo si nos cruzamos. Es como si tratara de perderme de vista. Y como desde que sabe que James parte a México casi no sale de su habitación o de su saloncito, me figuro que para obligarlo a quedarse (¡cómo si eso fuera posible!), yo me libro de su presencia y puedo ocuparme en muchas cosas. Ya te contaré en qué, cómo lleno mi tiempo, con quién. Por lo pronto, confórmate con saber que Nueva York es una ciudad maravillosa. ¡Algún día la conocerás!

De James, James, James te tengo que hablar, pronto, es importante, no debo ni puedo callar más tiempo, pero antes, en aras del orden que debo dar a mis textos, terminaré con lo empezado. Te digo pues del encuentro con mi segunda madre y lo que obtuve de él. Desde que abordé el ómnibus que circula por Broadway (aclaro: un ómnibus es un carruaje público muy grande, transporta hasta doce personas y se detiene en varios puntos), primo, fui reflexionando sobre lo que debía decir a la *Sister*, si todo o solo una parte. Es que ¿sabes? me duele el orgullo por los desaguisados que los mexicanos cometemos mientras, en este país, ¡todo parece marchar tan bien! Pero nada (me dije), debes decirle todo, Juliana. Si quieres recibir un buen consejo, debes ser honesta, absolutamente clara y honesta.

Eso hice. Mi querida religiosa acudió tan pronto como la hermana tornera la llamó; por fortuna, en ese momento no estaba en clase y pude verla. Me abrazó y condujo al jardín; allí, a la sombra de un cerezo (si no fuera que como jalapeña no puedo olvidar la visión de los naranjales de mi tierra, el olor de sus azahares, el sabor de la fruta, exclamaría que no hay cosa más hermosa que los cerezos cuando los capullos comienzan a abrir), oyó todo lo que le relaté y luego cerró los ojos para pensar. Así estuvimos un buen rato, tanto que pensé (lo confieso) que había olvidado mi presencia y rezaba sus oraciones diarias, pero no, ella no haría tal cosa, ¿cómo se me pudo ocurrir? Por fin me respondió que el asunto resultaba difícil, debíamos proceder con cautela, lo único que en ese momento me podía proponer era pedir el consejo de su querido Thoreau. Me ofreció escribirle tan pronto se desocupara, ese mismo día; por lo pronto debía irme, ella iba a dar su clase (no sabes cuánto hubiera querido acompañarla); tenía que ser paciente, me avisaría tan pronto supiera algo. Antes de separarnos me hizo un mimo en la mejilla y, no lo creerás, sacó en ese momento una cajita de chocolates de su bolsillo, me ofreció uno y se comió dos. Mi madre adoptiva no deja de ser golosa y a mí se me ha terminado la "*jelly* de *guava*".

Río para no llorar por la emoción que sentí al advertir su apoyo y cariño. ¡Me sentí tan bien! La verdad es que no supe qué decirle, no supe y no dije nada; cualquier cosa que hubiera dicho, habría sido una tontería. Solo la abracé muy fuerte, agradecida. ¿Te das cuenta de lo

que hace por mí, por nosotros? El Sr. Thoreau es uno de los grandes hombres de este país; su ascendiente e inteligencia son enormes y si hay alguien de nuestro lado que ose denunciar abiertamente a su gobierno, es él. Algo discurrirá; estoy segura. Estoy a la espera del mensaje del convento; tan pronto sepa algo, iré por la noticia precisa y, desde luego, te la voy a contar.

Por lo pronto suspendo mi escrito, lo continuaré más tarde. Es que oigo pasos en la escalera. Son los de James, debe ser él, sí, James, el hijo de los Miller, quien está a punto de partir y de seguro quiere despedirse de mí. Sobre él tengo que explicarte ¡tantas cosas! Juro, y pongo mi mano junto al corazón como cuando éramos niños (que me dé un ataque si no cumplo el juramento), juro, mi primo adorado, que esta vez cumpliré, te lo debo.

3 de marzo, 2 de la mañana

Cumplo con mi juramento, primo adorado, para decirte que te he mentido y lo lamento muchísimo, aun cuando espero que mis frases te hagan entender por qué lo hice. Mentí, y lo más grave es que no ha sido una vez sino varias, pues he tenido miedo, miedo de lo que pienses de mí y sobre todo de lastimarte. También siento culpa porque sé que lo que te voy a decir te lastimará y créeme, eso es lo que menos deseo. Sé bien que eres un hombre de palabra, que lo que ofreces es siempre verdadero y cuando hace tres o cuatro años declaraste que tú y yo nos casaríamos tan pronto como yo tuviera la mayoría de edad, hablabas seriamente y por tanto estoy cierta de que todavía lo piensas, te conozco bien. Pero, Manolo mío, déjame asegurarte que, si bien en ese momento yo lo acepté con la misma seriedad, ahorita me percato de que se trataba de un juego de niños, pues eso éramos, unos niños, si bien hoy sigues siendo un hombre clave en mi vida. Sí, lo eres más que papá y Toño, pero después de James, sobre todo después de los sucesos de las últimas semanas, en que él y yo nos hemos comprometido para toda la eternidad.

Es que últimamente ¡han ocurrido tantas cosas dentro de mí y a mí alrededor! Ya dije varias, pero sin duda la más importante es que me enamoré. Aquí he encontrado a quien deseo que esté a mi lado para siempre. ¡Ay!, sin embargo, sé que tal cosa es imposible, quien hace unos minutos acaba de marcharse (sí, hace unos minutos) no puede quedarse cerca de mí para siempre. Si yo me dejara llevar por mis sentimientos, solo lloraría, pero estoy consciente de que con eso no cambio nada, no consigo más que hacerme daño y preocuparlo a él. Por eso prefiero ponerme a escribir, sirve para dar de una vez salida a mis remordimientos. ¡Sí!, a los terribles remordimientos que experimento cada vez que pienso en ti y que no me dejan en paz. No

ignoro que debí contártelo antes, lo sé, pero lo repito, ¡tenía miedo, sentía culpa!, pero ya no más, no quiero mentir más, tampoco callar, pues callar es traicionar y eso es lo que he hecho contigo, mentir y traicionar, traicionar y mentir, y ya no aguanto más esta intranquilidad. ¡Contigo, mi hermano del alma, debo ser del todo leal!

Antes de que te pongas como agüita para el chocolate y rompas la carta o le prendas fuego y te salgas a montar a caballo como un desquiciado por los alrededores de Jalapa, como te he visto hacerlo en las remotísimas ocasiones en que temes perder el dominio sobre ti mismo, acaba de leerla, por favor. He escrito estas líneas con un gran dolor en el corazón. La pasaré en limpio las veces que sean necesarias (tal vez no duerma), a fin de que no lleve tachaduras ni enmendaduras, nada debe distraerte. Tus ojos no han de tropezar ni desviarse con bobadas, quiero que avances en la lectura con fluidez, que no la puedas soltar. ¡Y vaya que me es difícil escribir ahora!, la luz de la vela y del fuego de la chimenea, juntas, no me ayudan a hacerlo bien, más me valdría hacerlo cuando brillara el sol. Pero no puedo, justo James acaba de recibir el llamado a filas, se marcha, ¡ay!, y quiero que él lleve consigo mis cartas, esta y todas las anteriores. ¡Nada te quiero ocultar! Dárselas es asegurarme de que lleguen a tus manos y a él le sirvan de medio de introducción. Se las entregaré mañana mismo, incluso delante de sus padres, cuando nos despidamos formalmente, como si entre nosotros no hubiera más que un trato cortés (no saben nada de nuestro amor y menos de las promesas que nos hemos hecho, la verdad es que no sé si lo aceptarían). Nuestra despedida, mía y de James, recién tuvo lugar y digo nuestra con el ardor que mueve mi espíritu desde que sé que también me quiere. Eso me produce un entusiasmo y unas ganas de vivir que desconocía.

¿Sabes? Este amor nació apenas el día de San Silvestre, es niño aún. Surgió a raíz de que James recibiera permiso de la Academia de West Point para pasar unas semanas al lado de los suyos, antes de viajar al frente. Yo lo recibí mal; cómo podía ser de otra manera si ese hombre, por bien parecido que sea (lo es, ¡oh sí!, y luce muy bien en su uniforme de capitán), se trasladaría pronto a “mi” país para matar a “mis” compatriotas. Pero él se mostró sosegado; entendió lo que me pasaba sin que se lo dijera y con toda la sensibilidad que a su madre le hace falta fue amable conmigo y muy paciente. Cuando a la tarde del otro día me invitó a dar un paseo en la nieve, no pude negarme. ¿Cómo podía hacerlo? Habría ofendido a sus padres, según quienes, de seguro, su hijo me hacía un favor (acaso habrían preferido que no fuera tan atento), y también él, cuya sonrisa (lo confieso) empezaba a disipar mi furia. Siendo los Miller mis anfitriones… no podía (tampoco quería) ser descortés y accedí.

Fue precisamente en el instante en que, luego de subirme al

trineo (recuerda la descripción de nuestro Rafael Reynal: carruaje que en vez de ruedas tiene una especie de quilla para romper la nieve), James me cubrió las piernas con una piel de borrego, me miró a los ojos y me extravié para siempre. De pronto sentí que el carmín me encendía las mejillas. Nunca había experimentado una felicidad tan grande, una emoción tan intensa que a la vez me hacía sentir ganas de reír y llorar. Las luces doradas que salían de sus ojos, el cabello rubio e indócil que suele caerle sobre la frente, la voz grave y dulce para hablarme convirtieron, de manera mágica, a quien hasta el día anterior había sido un total extraño, es más, un odioso extraño, en el sol alrededor del cual hoy giran y girarán mi vida y mi mundo para siempre. Alguien por quien (perdóname por esto que digo, por favor) estoy dispuesta a renunciar a todo: familia, amigos, país.

Sin embargo, si las cosas salen como planeamos y por eso cruza los dedos (te lo suplico), este último sacrificio puede no ser necesario. James dice que le gustaría vivir en México. Le atrae por lo que ha leído y yo le cuento, le parece un lugar muy "exótico" y piensa que a su padre le gustará la idea de que se encargue de la sucursal de su empresa en Veracruz, al menos por un tiempo; habla incluso de formar una sociedad mercantil con papá. ¿Crees que al Sr. Ortiz le guste la idea? Si todo sale bien, mi querido primito, y para eso cuento contigo (¡debes ayudarme a convencer a don Ignacio!), tan pronto termine la guerra regresaré a mi patria, pero casada, a vivir cerca de ustedes. ¿Puedes imaginar un porvenir mejor para mí? Yo sí: ¡qué tú seas el padrino de mi primer hijo! Aceptas, ¿no es verdad?

Sí, contigo haciéndome fuerte, adorado Manolo, lograré mis sueños. Viviré en mi tierra con James al lado. ¡Tendré lo mejor de ambos mundos! Pero requiero de tu ayuda para que persuadas a papá y que a mi amado le describas cuán maravilloso es México, sobre todo requiero de tu comprensión. Ya, ya oigo tus palabras: "Es mucho lo que los separa, Juliana". Y además reprocharme: "¿Cómo es posible que en este momento en que nos hallamos en guerra pienses en el amor? ¡Y con un soldado enemigo!".

Créeme, primo, estas preguntas me las hago todos los días, siendo lo peor el sentirme una traidora, hacia ti, hacia la familia, ¡hacia México! Sin embargo…, luego lo veo a él, me respondo que el amor carece de explicaciones, ataca a quien menos lo espera y es todopoderoso. ¡Puede unir enemigos! Por lo mismo considero que la guerra terminará antes, si nuestro Congreso acepta la verdad, se deshace de Quinzuñas y forma una comisión de paz que se siente a hablar con otra de este país (integrada por personas como el Sr. Rousseau). El poder de las palabras puede vencer los antagonismos como el pico del cantero la dureza de las piedras. Si lograras influir en papá y él lo hiciera con sus amigos importantes, si James habla con el

general Scott (¿sabes?, va a servir a sus órdenes directas, le han nombrado parte de su Estado mayor), ¡el milagro será una realidad y el odio que nos enfrenta terminará para siempre! Mi amado opina (dice que muchos de sus compatriotas piensan igual) que a México debe vérsele como a un pueblo que lucha contra la represión y que este es el momento ideal para establecer en el país un verdadero y propio gobierno republicano y demócrata. ¿No crees que si tiene estas ideas estará más que dispuesto a ayudarnos?

Pero, Manolo mío, temo que lo que yo digo que me preguntas y reprochas no sea en verdad lo que me quieres preguntar y reprochar. Mejor me armo de valor y te hago decir lo que más bien sé que estás pensando: "¿Cómo puede ser, Juliana, que te hayas comprometido con otro cuando desde hace tantos años me ofreciste tu palabra? ¡Eso es traición!".

¡Ay!, primo, ya te oigo y respondo que sé muy bien que eso es lo que piensas. No sabes cuánto me duele causarte el dolor que te estoy causando; pero insisto, tienes que reconocer que ese acuerdo nuestro fue cosa de dos niños que no sabían lo que ansiaban, menos lo que es ser hombre y ser mujer y necesitarse mutuamente como hoy lo sé. Entiende que tú y yo tan solo jugábamos, lo que sentíamos el uno por el otro de ningún modo representaba un amor verdadero, sino el gran cariño de dos primos y amigos. ¡Vamos, el cariño de dos hermanos!

Espero que lo aceptes, mi querido Manolo, y me perdones si honestamente juzgas que hay algo que perdonar. Rezo todos los días por que así sea y tú encuentres a alguien a quien quieras tanto como yo quiero a mi James. Alguien que te llene el alma de gozo y ansiedad y con sus caricias te dé calma y plenitud, pero a la vez te haga temblar por dentro como me sucede a mí. No sé cómo voy a dominar mi añoranza ahora que se marche al frente, con quién voy a hablar de él, cómo haré que las horas eternas se vuelvan cortas. ¿Sabes?, este amor secreto no lo comparto con nadie más que con mi querida Katie (ni siquiera con *Sister* Jane, ¡se escandalizaría!). Aun cuando sé muy bien que los meses que sobrevendrán hasta el regreso de mi amado la pasaré el doble de difícil, lejos suyo, además de lejos de la patria. ¡Que la Virgen de Guadalupe proteja a James y a México y a ambos los mantenga a salvo! ¡Y a ti y a papá y a Toño! Qué todos salgamos de ella bien librados.

Martes 16 de marzo

Mi querido Manolo:

Después de los párrafos tan difíciles que tuve que escribirte la semana pasada, en la creencia de que James se iba ya al frente y él era

el único correo disponible para mis cartas y, además, con la certeza de que no podía diferir más el ser sincera contigo y así aliviar un poco mis remordimientos, resulta que para ventura de los dos aún no se ha ido. Le dieron una comisión de última hora en Washington y allí estará hasta nueva orden. No lo veo todos los días, qué más quisiera yo, pero al menos sus mensajes llegan muy rápidamente (Katie se apura a recogerlos en cuanto el cartero los deposita en el buzón, así no caen en manos indiscretas) y desde luego me siento tranquila respecto a su seguridad personal. A veces logra escaparse los fines de semana y estamos juntos.

El resto del tiempo estoy encerrada. Y es que el clima es muy malo. Ha vuelto a nevar; lo peor es (se anuncia) que la primavera asomará muy tarde y los capullos de los cerezos lo van a sufrir. ¡Pensar que en Jalapa los duraznos comienzan ya a florecer! Yo me la vivo en mi habitación; allí leo cuanto puedo (saco los libros de la biblioteca pública o los tomo prestados de la colección de Mr. Miller, quien jamás los lee) y también copio en mi cuaderno todas las cartas que te enviaré con James. Así las conservo como en un diario y cuando mi prometido (¡sí!, ¡nos prometimos anoche!) se lleve los originales, no me quedaré sin referencia a ellos. Por eso encontrarás que las hojas que pondrá en tus manos tienen pequeñas enmiendas y anotaciones al margen; son las fallas que consideré necesario corregir al pasar mis letras en limpio y unas cuantas ideas más que agregué. No están tan limpias como era mi propósito. ¡Lo lamento mucho! Ya sabes que soy cuidadosa, pero no creo contar con el tiempo necesario para transcribirlas de nuevo. Al menos no tienen los manchones de tinta que tenían nuestras tareas infantiles.

Pero esta carta tiene un objetivo importante y es decirte que me llegó un mensaje del convento. Corrí para abrirlo, espérame tantito y lo comparto contigo… ¡Caray! Mrs. Miller me llama. ¿Qué se le ofrece?, no vaya a venir hasta aquí. Me aguanto, no lo leo, quiero leerlo con calma… ¡Qué mujer tan inoportuna!

5 de la tarde

Te decía en la mañana que me la paso encerrada en mi habitación, pero no es del todo cierto; si Mrs. Miller se acuerda de mí, me pone a hacer cosas diversas, a veces pienso que se las inventa para hacerme sentir cuál es mi lugar. Hace un rato, cuando estaba a punto de leer la nota de *Sister* Jane, me llamó y pidió (¿me ordenó?) que aprovechara el día para arreglar los armarios. ¿Sabes cuántos son? ¡Muchos! Tal parece que a la señora le da por acumular edredones, sábanas, toallas, manteles, todo lo que a su juicio le pueda servir algún día. Normalmente, no protesto si me da alguna tarea y hasta se lo

agradezco pues así me entretengo, pero hoy tenía un sobre en el bolsillo del delantal y la esperanza de que adentro se hallara la salvación de México. Para remate, la bendita señora se paró a mis espaldas para indicarme cómo hacerlo y vigilar que lo hiciera bien. ¡Es tan quisquillosa! Yo apenas me atreví a pedirle licencia para subir a mi cuarto a buscar un pañuelo (eso le dije; no quería que, ni por casualidad, descubriera mi tesoro oculto). Lamento lo que voy a decir, sé bien que no te parecerá, pero confieso que en mi interior le recordé varias veces a su abuela.

De manera que no fue sino hasta hace unos minutos, cuando por fin me dejó libre, que pude abrir el sobre. Ahora debería decirte su contenido y no hacerte comer las ansias que yo comí. Pero de entrada te comparto la decepción que sufrí pues la nota no dice casi nada. En apenas un par de renglones, la *Sister* me pide que acuda al convento mañana muy temprano, su intención es que conversemos y tengamos tiempo suficiente para hacerlo. Como ves, lo escrito es poco… ¿o demasiado tal vez? Me pregunto qué me querrá decir. Sin duda es algo importante, tal vez peligroso como para anotarlo y remitírmelo en un papel. ¡Cómo quiero que ya sea mañana!

Tan pronto regrese del convento, volveré a escribirte, primo mío, me escurriré con sigilo en mi habitación para que Mrs. Miller crea que sigo fuera y no vuelva a llamarme. Por el momento te dejo; me toca dedicar unas letras a mi amado James. Quiero decirle cuánto lo quiero y lo extraño y también contarle lo que recién te conté. Él está al tanto de todo, no temas, puedes confiar en que jamás nos delatará.

Miércoles 17 de marzo

Primo querido:

Pues fui y regresé. Gracias a las monedas que me dejó James para mis pequeños gastos (haberlas aceptado me abochorna muchísimo, no ignoro que es impropio de una dama, ¡pero no he tenido más remedio!), esta vez no debí robar a Mr. Miller ni tampoco pedir un préstamo a Katie, quien apenas guarda para sí un poco de lo que gana, el resto se lo entrega a su madre para ayudarla a ella y a sus numerosos hermanos. Cuando James se enteró de cómo había conseguido dinero para ir al convento la vez anterior, se indignó muchísimo y estuvo a punto de hacer un escándalo a sus padres por ser incapaces de proveerme siquiera de unos centavos a la semana, pero se lo impedí. Él se va a ir pronto y me habría dejado sola con la vergüenza. Además, ¡ni siquiera lo hubiesen entendido! Para ellos, lo que ya gastan en mí es un desperdicio y existe el gran riesgo de perderlo para siempre. No los justifico, no, pero en este país donde

todo son negocios y ganar dinero, su actitud no resulta extraña. La única esperanza de los Miller respecto a mí es que algún día papá les pague lo que llevan gastado y nada más desean que la deuda de los Ortiz deje de crecer. Mi James es una excepción; tuve que aceptar lo que me dio, primito, por favor devuélveselo en cuanto lo veas. Nada más puedo decir que por lo pronto ese dinero me sirvió para ir al convento y como me sobró algo, lo usaré uno de estos días para ir de paseo. Han anunciado la presentación del gran circo de Barnum y desde niña, desde que Mr. Black nos contaba de los grandes circos que recorrían su país, he querido asistir a uno. Supongo que ofrecerá un mejor espectáculo que el de los maromeros que a veces llegan a Jalapa. No te preocupes; no iré sola, pienso invitar a Katie para que me acompañe.

Pero vuelvo al convento, que es ahora lo más importante. Imagino que has de estar impaciente, pues otra vez escribo "sin orden y en desorden" como nos decía para regañarnos el mismo Mr. Black. Te cuento que *Sister* Jane me recibió tan pronto como llegué, lo más temprano que pude pues la curiosidad me envenenaba. Mi madre postiza se me apareció con sus mejillas más sonrosadas, sus ojos azules más brillantes y el despeinado cabello blanco saliendo de la cofia negra, y lo primero que me dijo fue: *"He has already written to me!"*. *"He"*, sobra decirlo, es Mr. Thoreau. Según me contó, lo que el gran hombre le ha dicho es que la guerra contra México constituye una infamia de la que su país debe avergonzarse. Le dijo que el contubernio entre Polk y Santa Anna, del que recién se entera, resulta una verdadera ignominia. Pero que no hay mucho qué hacer, lo único que puede recomendar a la *pequeña mexicana* (la *Sister* le habló de mí) es que escriba a los congresistas que votaron en contra del conflicto y han tenido el valor de declarar su disidencia tanto ante el pleno como a la opinión pública. No me augura éxito alguno (*Sister* Louise lo repitió varias veces), aunque insiste en que dé la batalla y ella está de acuerdo; es posible que algo de lo que yo informe pueda filtrarse a sus discursos, llegar a la prensa… Acaso influir en el apresuramiento de la paz. ¡Acaso! ¡Tal vez! El panorama es triste, pero ¡la paz es una promesa tan hermosa! Paz, cada día la siento más cara a mi corazón. Sí, ¡vale la pena dar la batalla! Primo, cuando la paz reine de nuevo, todos seremos felices.

Regresé de inmediato a la casa, pues mi maestra querida tenía que volver a sus rezos (y a peinarse, espero, si no, debe de haberse ganado un regaño de la superiora) y yo tenía una misión por delante: escribir las cartas donde comunicaría a diputados y senadores disidentes (¡son tan pocos!) mis sospechas de un juego sucio y enviarlas al Capitolio. Dice la *Sister* que ellos acostumbran a leer todo lo que reciben. ¡Yo me conformo con que lo hagan unos cuantos y dos

o tres lo empleen en nuestro favor!

En cuanto llegué me escurrí de inmediato en la biblioteca de Mr. Miller y tomé el material que necesitaba. ¡Volví a robar! (ni remedio, no lo lamento y tampoco me voy a arrepentir): una ristra de papel blanco, tinta, sellos, lacre, un manguillo de puntilla fina. Corrí luego a mi habitación antes de que su odiosa señora me descubriese y ordenara arreglar otro ropero. Tuve suerte; lo logré y de inmediato me puse a la tarea. Concluí después de una ardua mañana de trabajo; no descansé sino hasta que vi los sobres rotulados, cerrados y listos para depositar en la oficina de Correos. Lo hice al otro día; aunque en un principio pensé en pedir a James que los llevara consigo en su próximo viaje de regreso a Washington, no quise comprometerlo. ¿Qué tal si lo descubren? Lo acusarían de traición. ¡Todo un oficial del ejército de Estados Unidos llevando entre sus cosas propaganda subversiva! ¿Imaginas el escándalo? No sé, a lo mejor hasta pasaría por consejo de guerra y lo… ¡No quiero pensar lo que podría sucederle! ¿Cómo hacer tal cosa a quien amo más que a mi vida?

De modo que, al día siguiente, tan pronto Mr. Miller salió de su casa, me di una escapada. No puedes imaginar con cuántas ansias eché mi precioso paquete en el buzón. Las cartas deben haber arribado ya al Capitolio o estarán a punto de arribar. Rezo constantemente porque alguno de sus destinatarios lea y recurra a su contenido. Si eso sirve para mejorar las cosas en nuestro país, mi esfuerzo habrá valido la pena. Reza tú también; la causa nos interesa a ambos. Vamos… ¡nos interesa a todos los mexicanos!

Si bien creo que James habría aceptado de buena voluntad encargarse de las cartas, al final salió bien no esperar a que lo hiciera pues no habría podido darme gusto. Acaba de recibir órdenes de incorporarse a las filas. El pasado fin de semana fue, por tanto, el último que pudimos pasar juntos. Había vuelto a Nueva York para decir adiós y marcharse. Le envían a Veracruz; allí se sumará al equipo del general Scott. ¡Ay, primo! ¡Estoy tan triste! No sabes cuánto deseo que cuando llegue el puerto éste haya caído. ¡Soy egoísta, lo sé, pero no quiero que mi amor corra el menor riesgo! Y temo, siento decirlo, temo que la ocupación ocurra. ¡Ojalá fuera sin derramamiento de sangre! En mi situación actual, me alivia imaginar que ni a mi amado ni a ti les tocará una bala o que tampoco lucharán cuerpo a cuerpo o caerán… Prefiero no seguir, supongo que podrás entenderme; si acaso, lo haré mañana para desahogarme contigo.

Viernes 19 de marzo

Queridísimo Manolo:

Sé que otra vez no cumplí con mi palabra y en vez de escribirte de

inmediato lo hago dos días después. ¡Es que estaba tan triste! El mero anuncio de la marcha de James me ha deshecho el corazón. Nuestra despedida debió ser a ocultas y apresurada (pareciera que a su madre le diera miedo tal amistad y que vigila). Pero no debo sentirme tan desconsolada, sino recordar nuestra gran alegría, nuestro gran amor. De a poquitos nos fuimos despidiendo lentamente y tuvimos dos noches completas para nosotros solos. Aunque Mrs. Miller ha empezado a desconfiar, lo cierto es que ni ella ni su marido malician cuán lejos hemos llegado. La sorpresa que se llevarán ambos cuando James regrese y les comunique nuestro próximo matrimonio. Para entonces ya habrá hablado con papá y también contigo (le insistí en que necesitaba la venia de ambos, pues Toño está en la Ciudad de México y no tengo el menor deseo de que mi amado se traslade allá, menos aún como soldado). Con vuestro consentimiento vendrá a recogerme a Nueva York y juntos viajaremos a Veracruz, donde (se lo ruego a la Guadalupana con toda mi alma) la paz por fin reinará. En el entretanto, papá, tú y espero que también Toño (de vuelta en Jalapa) habrán hecho todos los preparativos para que tan pronto nosotros desembarquemos y corramos a reunirnos con ustedes (sí, literalmente corramos), se efectúe la ceremonia de nuestra boda (te lo ruego: quiero que sea en la iglesia de San José). Así no padeceremos esperas inútiles y yo me convertiré en la nueva Mrs. Miller más pronto que tarde. ¡Prometo no parecerme a mi futura suegra!

Primo querido: escribo estas últimas letras a toda prisa para entregárselas a James antes de que se marche. Quiero implorártelo otra vez: atiéndelo cuando los visite en Jalapa. Trátalo, por favor, como si fuera tu hermano (por favor, prométeme que lo será). Muéstrale lo más bello de nuestra ciudad y persuádelo de que nos conviene instalarnos allá. Si le hablas con términos de empresario, él lo va a entender; aun cuando en muchas cosas es menos yanqui que muchos de sus compatriotas, en eso resulta igual y sueña con hacer negocios y triunfar en ellos. Y yo añoro volver a México; de ninguna manera me gustaría quedarme a vivir en Estados Unidos para siempre. El clima es frío y sus individuos lo son todavía más. Si algo recuerdo de nuestra patria es la calidez de la gente: el policía y el alcalde y el boticario y tú, con esa presencia que siempre ha sido afectuosa y sonriente para mí, fraternal. ¡Vamos! Allá no hay nadie que te rechace por tener un aspecto diferente o "exótico", como dicen aquí. Así que tendrás la responsabilidad de mostrar a tu próximo huésped que ningún lugar como Jalapa será mejor para constituir una familia feliz y que, con tu ayuda y la de papá, se convertirá en un hombre próspero, exitoso. Si necesitas convencerte de cuánto me ama, llévalo a pasear junto a la presa; allí, en ese lugar donde la quietud llena los corazones de los paseantes, conversa largamente con él, conócelo;

verás cuán hondo y verdadero es el amor que siente por mí. ¡Yo lo sé más que bien!

No creas que no me percato perfectamente de que mis cartas son crueles contigo pues todo el tiempo digo cosas que te pueden lastimar, como si nada nos hubiéramos prometido. Lo que sucede es que quiero que las cosas continúen a buen paso y creo que la mejor manera es darles la cara y seguir adelante. Te lo repito, Manolo mío: ignoremos el ayer y hagamos de cuenta que todas nuestras promesas no eran más que parte de un juego bello, pero infantil. Tengo la certeza de que tan pronto encuentres a alguien que de verdad te merezca, entenderás lo que ahora aseguro y nuestras dos familias, la tuya y la mía, tendrán una gran amistad.

¡Ay! hasta ahora no he hablado más que de mí y no se trataba de eso, ni de James y Juliana, ni de los primos Ortiz, sucede que a veces soy muy egoísta por la felicidad que me llegó de súbito. Lo lamento. Es como si el peso alado de mi amor me hiciera remontar el vuelo muy alto e impidiese descender. Lo que en verdad me ha impulsado a dedicarte estas líneas fue de hecho la nota que hace más o menos una hora encontré en el *Herald*, cuando los Miller se apartaron para despedir al hijo en la salita de la madre (lejos de la servidumbre y de "la intrusa", por supuesto), donde aún siguen (¡pobre James!) y yo aproveché para deslizarme en la biblioteca a revisar el periódico. Es una noticia de Nueva Orleans: rumores llegados desde México dejan suponer que los mexicanos perdimos la gran batalla del norte y digo perdimos pues tal parece que pudimos ganar, pero en un momento dado al general Santa Anna le dio por suspenderla y volverse a la Ciudad de México. El lugar donde se dice que ocurrió este espanto (sí, ¡qué espanto!) es una hacienda de nombre Buenavista, en Coahuila. Son solo rumores, primito mío, lo repito, pero teniendo de protagonista a Quinzuñas, yo puedo creer cualquier cosa. Si es verdad, equivale a un gran desastre pues las tropas invasoras tendrán franco el paso hasta la capital y si, como se ha informado, el enemigo se concentra frente a Veracruz, nos van a agarrar entre dos pinzas. Y entonces sí, ¡adiós, México!

Es todo. Me desespera no poder hacer más, tan solo conservar la esperanza de que suceda algo bueno y mantenerme al tanto. ¡Estaré a la caza de noticias! No tengo más modo de saber que buscar y rebuscar en la prensa (de seguro habrá más información. ¿Sabías que algunos periódicos han enviado *reporters* al frente?). Por supuesto, también estaré a la escucha durante las *dinners* que ofrezcan los Miller, alguna podrá ser tan fructífera como la última que te conté. Desde luego estaré muy pendiente para saber si se filtra mi relato de la traición de Santa Anna; ¡deseo tanto que las cartas que dirigí al Congreso sirvan de algo! Son mi humilde contribución a la paz y

querría que fuera útil. ¡Qué más que mejor si con eso logro poner en evidencia a ese mal hombre!

Algo bueno trae mi dolor por la marcha de James: la posibilidad de comunicarme contigo, aun cuando el procedimiento sea lento e incierto. Él recibirá mis misivas y dentro de ellas irán mis cartas para ti. No te apures; irán perfectamente cerradas y lacradas. Y él es un hombre honrado: no lee más que lo que le está destinado y desea complacerme. Sueño con que allá, en el lugar de los hechos, tú, papá, James y el general Scott hagan buena amistad y tramen algo para parar de una vez por todas a don Demonio, ¡Santa Anna es el hombre que más daño ha causado a México y a todos los mexicanos!

Oigo que mi amado baja por las escaleras. Corro para alcanzarlo y entregarle mi precioso paquete.

Te quiere tu hermana Juliana

· 5 ·

EL REINO DEL ALGODóN

Mientras camina por la Avenida Pennsylvania, Manuel Ortiz repasa los sucesos de las últimas semanas. Mira a su lado a don Serafín, a Nicole y a George Wallace, el plan es descansar unos días en Washington, donde el español debe atender algunos negocios, y luego encaminarse hacia Nueva York. Está cerca el momento de ver a Juliana, ansía descubrir el asombro en su rostro cuando la vea. Además, después de poco más de tres semanas ha disminuido la emoción de viajar rápido, apreciando el progreso; extraña el sosiego. Solo quisiera avisar antes a su prima de su próximo arribo y también enviarle unos dólares. Es posible que a tanta distancia de México el peligro sea menor; si alguien recela de su origen nacional e intenta rastrearlo fracasará, para entonces habrá partido o incluso estará en Nueva York.

Se dirigen al Capitolio; don Serafín les propuso caminar hacia allá desde temprano, es periodo de sesiones, podrán asistir a una, y de paso conocer algo de la ciudad, que es pequeña, pero luce tan ordenada y majestuosa que ya se anuncia como la digna capital de la gran república en que Estados Unidos está convirtiéndose, aun cuando Manuel teme que en buena medida sea a costa de México. Los cuatro avanzan juntos, lentamente, en silencio, a veces conversan, pero poco; han hecho esa amistad que a veces se da entre compañeros de viaje, de quienes comparten experiencias que los unen. También aprendieron a conocerse y a ser tolerantes los unos con los otros, incluido Mr. Wallace, quien sin percatarse siquiera les ha contado mucho de sí mismo.

La travesía por el Sur de Estados Unidos se había caracterizado por las sorpresas que Manuel recibió una y otra vez. La primera fue al subir al carruaje que lo recogió en el hotel St. Charles para llevarle al embarcadero, pues dentro se encontró con don Serafín y Nicole y la noticia de que lo iban a acompañar en el viaje. Al español se le había ocurrido apenas la víspera: si llevaba a su ahijada a Nueva York, a la misma escuela de Juliana, la alejaría del peligro de su madre. Él iría con ellos; además de no ser apropiado que un hombre y una jovencita viajaran solos, le tocaba dejar a su ahijada con las monjas y tampoco le apetecía quedarse en Nueva Orleans a recibir las reclamaciones de la fiera en que Marie podía tornarse. A Manuel, que en los últimos días no dejó de hojear su Zavala y su Trollope en pos de noticias sobre los lugares por los que posiblemente iba a recorrer, la idea le gustó mucho: qué mejor que peregrinar con un entendido en el país, así

como en los caminos y transportes más apropiados y seguros. Tuvo razón: si se pone a pensar en todos los cambios hechos para apurar el recorrido y al mismo tiempo no atraer la atención, debe aceptar que él solo no habría podido.

La siguiente sorpresa la recibió al anochecer, después de la comida, cuando él y don Serafín recorrían la cubierta, deseosos de digerir la espléndida comida que el capitán ofreció en su camarote al patrón y los amigos del patrón. Allí, cerca de la popa, en uno de los sillones de mimbre colocados con la vista al mar, Manuel pudo descubrir una cabeza pelirroja inclinada sobre un hombro, adormecida, unas manos pecosas y exánimes sobre los brazos del asiento y sintió que el corazón se le detenía y el aire se le iba, ¡el espía!, ¿cómo era posible? De súbito dejó de caminar; el extrañado español alzó las cejas y viéndolo a los ojos le explicó:

Es George Wallace, el mismísimo George Wallace, tendré que ver la manera de deshacerme de él.

Y en ese momento deslizó los pulgares abajo del cinturón para tocar la faltriquera, bastarían unas cuantas gotas para aturdirlo por varias horas mientras lo dejaban atrás.

Don Serafín lo contempló estupefacto en tanto se tiraba de las cejas y, como si su amigo hubiera enloquecido, lo empujó contra la pared, y dijo:

Joder, que no, que no seáis baturro, que si es Wallace hay que hacer amistad con él, ganar su confianza para que desembuche.

Manuel estaba tan enfadado que apenas podía dominarse, deseó poder ahorcar al pelirrojo después de exigirle a golpes que confesara sus intenciones, pero las palabras de su ángel guardián lo persuadieron y poco a poco se convenció de sus razones. Entre los dos, e incluso con ayuda de Nicole, lo obligarían a soltar la verdad. ¡Era posible!

En ese momento se acercaron a Wallace. El ruido de pasos y cuchicheos lo despertó; al ver a Manuel brincó del asiento e intentó alejarse, pero lo atajaron y don Serafín lo invitó a acompañarlos. Acomodados en los sillones de los lados, primero rígidos, luego más sueltos, lo saludaron con afabilidad; el asombrado pelirrojo permaneció allí y después de responder primero con monosílabos, acabó por contarles que al llegar a Nueva Orleans se había encontrado con una carta de sus jefes, ordenándole presentarse de inmediato en Nueva York, a fin de atender varios asuntos de la empresa. Manuel se mordió la lengua para no preguntarle por qué entonces lo seguía, quién le ordenó hacerlo, cómo era posible que navegase en La Belle, le

resultaba muy extraño que fuera al mismo sitio que él. Quiso acusarlo de embustero, de falsedad, pero calló a tiempo, el acertijo quedaría resuelto, poco a poco, entre los tres.

Manuel considera que Washington es una ciudad muy distinta de Nueva Orleans. Para empezar, Nueva Orleans tiene un largo pasado y un tamaño pequeño, en tanto que Washington es joven, reinan las grandes distancias, casi todo está por construir.

La casa de la calle F en la que se han albergado es cómoda y barata; bien se ve la ventaja de viajar con alguien como don Serafín, quien ya conoce y sabe dónde alojarse. La familia que los recibió los aguardaba con la comida dispuesta, aun cuando era de noche. Después de cenar, todos se retiraron a dormir: Nicole con la hija de los dueños, ellos tres en el cuarto de huéspedes. Nada turbó su reposo, fruto de la fatiga causada por el arduo recorrido, salvo la inesperada afirmación del yanqui en el medio de la noche: "¡Lo haré, lo haré!".

La avenida Pennsylvania es amplia y a esa hora aún hay poca gente. El cielo luce despejado; a lo lejos, en lo alto, se revela el Capitolio, solitario en la cima de la colina, *obra magnífica* —Manuel recuerda a don Lorenzo Zavala— *que no desdice a la pompa de este nombre venerable.* Admite que está en el corazón de la república americana, república ejemplar que no obstante abusa de sus vecinos. Atraviesan ahora la zona de las legaciones extranjeras, y a su pregunta de cuál es la de México, el paraguas apunta hacia una calle perpendicular, a una casa abandonada, con el jardín cubierto de maleza y basura. Ninguna bandera ondea, a diferencia de los edificios de alrededor, donde flotan los pabellones de otras naciones, es más que obvia la ruptura entre los dos países. El corazón se le oprime conforme se acercan y por un momento vencido por la pena recarga el rostro contra la verja. Basta con los rumores que transmite la prensa para percatarse de que la batalla de Buena Vista fue un desastre, México dejará de existir, los americanos arrasarán con todo. ¿Dónde estás, Santa Bárbara, dónde estás?

Él nada puede hacer; regresa a la avenida con don Serafín y Nicole, quien juguetona lo abraza por detrás, por la cintura, haciéndole sentir la presión de sus senos en la espalda. La bella joven suele comportarse de manera inapropiada, no es la primera vez que lo asombra y su padrino calla, finge no ver, ni siquiera la reprende, ni Juliana ni ninguna de sus compatriotas osarían hacer tal cosa en público. Se suelta suavemente, adelanta unos pasos, trata de apartarse con discreción. ¿Y Mr. Wallace? ¿Dónde se ha metido? Voltean para todos lados, lo llaman, le gritan, deciden esperarlo un rato, no, es demasiado, que los alcance cuando pueda. De repente lo ven surgir de entre los cardos y las ortigas del jardín mexicano, agitando la mano como si dijera adiós a alguien. Corre hasta alcanzarlos, casi sin aire,

rojo como su encendido cabello y las pecas resaltándole sobre la piel. Sin que nadie le diga nada comenta que encontró una puerta entreabierta y al pretender cerrarla, topó con un vigilante que dormía la borrachera, despertó con el ruido y le contó que la casa se hallaba vacía desde que el embajador Almonte volvió a su país. Manuel piensa que Mr. Wallace tardó demasiado como para haber sido una plática tan baladí, mas calla, soba la faltriquera en un gesto que se le ha hecho habitual. Quisiera saber qué buscaba el pelirrojo, quisiera saber para quién era el mensaje que tal vez pudo dejar, quisiera saber qué dejó dicho. De seguro el vigilante lo hará llegar a su destinatario, cualquiera que sea, alguien importante, desde hace tiempo intuye que Mr. Wallace sirve a los aliados americanos de Santa Anna.

Continúa el andar. El aire es fresco, pero no frío, aunque en esas latitudes abril puede dar gélidas sorpresas. Un poco más adelante, Manuel advierte un gran edificio rodeado de jardines: La Casa Blanca. Desearía seguirse de largo, no respirar el mismo aire que respira el Sr. Polk, ahí dentro vive el peor enemigo de México, pero Nicole y su padrino se aproximan lo más que pueden, hasta donde lo permiten los vigilantes, él los sigue, el pelirrojo no se le despega, ¿lo pensará capaz de hacer algo en contra de su presidente? ¡Vaya que tendría motivos! México está siendo destrozado por las tropas y los barcos enemigos, cualquier desquite sería pequeño. ¡Cuántos muertos y heridos ha habido! ¡Cuántas pérdidas de bienes! ¡Y lo que aún falta!

Es claro que don Serafín nota su malestar pues incita a los otros a reanudar la marcha, “Venga, venga, qué todavía hay que hacer”. Ya hay más gente, sobre todo varones, todos trajeados con elegancia, parecen dirigirse a las distintas administraciones públicas que distingue en el camino, deben ser congresistas o funcionarios o jueces; la élite política del país. Manuel está impresionado. Los edificios son grandiosos; abren sus puertas a quienes llegan a trabajar. No están pegados entre sí, como en México o Nueva Orleans, sino separados por terrenos amplios en los que el césped y los arbustos dan ocasión de reposar la mirada. La urbe fue construida para el futuro.

Manuel devora con los ojos todo lo que ve, es tan diferente de lo que conoce, incluso de lo que observó durante las últimas semanas. El recorrido por el Reino del Algodón, no siempre a la velocidad prodigiosa de los ferrocarriles, sino a veces en diligencia o a caballo, fue a través de sembradíos donde pequeños grupos de hombres y mujeres de raza negra y también algunos blancos se afanaban sobre la tierra. También pasaron por regiones revestidas de bosques, bosques tan cerrados que no permitían mirar más allá del camino. Encontraron hatos de vacas y ovejas, aunque no muchas, sin duda los pobladores las crían para su propio consumo. ¡Cuán rico es Estados Unidos! ¡Qué importantes son la agricultura y el trabajo! Cuánto le falta a su país

para alcanzar tal bienestar. Sin embargo, al reparar en el mal trato a los esclavos y sentir como si el látigo cayese sobre su propia espalda, nunca dejó de cavilar en que era mejor vivir en el atraso que sufrir así el dominio de otros.

Allí está el edificio del Departamento de Estado, allí deben planearse las arbitrariedades contra México. Manuel apura a sus compañeros, también quiere dejarlo atrás, pero no puede, ahora deben esperar de nuevo a Wallace, quien sin avisarles, se ha metido en las oficinas. Querría seguirlo, no se atreve, es más bien Nicole quien lo hace muy quitada de la pena, y al regreso les cuenta que el yanqui está hablando con un empleado, lo único que pudo escuchar desde lejos fue "general Santa Anna".

Manuel dejó de dudar de la buena voluntad del pelirrojo hacia ellos, se las ha mostrado, aunque le queda claro que alguien lo presiona para que envíe informes. Lo bueno es que Wallace sabe poco de él, tan poco que equivale a nada. Pero si sigue así no tendrá más remedio que atarantarlo dos o tres días antes de salir para Nueva York, de suerte que cuando reaccione ellos estén en la metrópoli, perdidos, y le sea imposible localizarlos.

Qué bueno que atendió a los consejos de don Serafín. No tenía caso pelearse con el pelirrojo desde el inicio, sino seguirle la corriente. Así pudo viajar sin llevarse sustos o enojarse más de la cuenta, a diferencia de como le sucedió en Nueva Orleans. Es más, lo pudo vigilar y, a pesar de sus reservas, algunos de sus actos y sobre todo sus debilidades lo dejaron ver que si bien es un espía de Quinzuñas o de alguien cercano al general-presidente, se debe a que lo tienen amenazado y por eso él obedece; de alguna manera Santa Anna supo que el sobrino de don Ignacio Ortiz viajaría a Estados Unidos y temió que su compadre y examigo lo enviara para fastidiarle los planes, su casi probable acuerdo con los americanos. No existe otra explicación para que lo persiga, ¡rayos! tampoco para que Santa Anna haya podido franquear el bloqueo enemigo del golfo y desembarcado sin obstáculos en Veracruz. Y si es verdad el rumor de que ordenó a las tropas retirarse de Buenavista cuando podían ganar, su traición queda confirmada. Una más. ¡Son tantas ya!

Es mejor no pensar. Pero hizo bien en ser prudente con el pelirrojo, así él puede dirigir la relación. Otro motivo para sentirse agradecido con su ángel guardián. "Más sabe el diablo por viejo que por diablo", diría doña Rosa.

Si no fuera… Si no fuera por Nicole, estaría más tranquilo. Porque la bella criolla, quien tan dulce y espiritual le pareció cuando la vio por vez primera en la ciudad de Nueva Orleans, resulta ser más bien una joven audaz y exaltada que cree haberse enamorado de él. No es que a Manuel no le parezca hermosa y no disfrute de su

compañía, el punto es que él ya tiene dueña y desea respetar el compromiso hecho en la infancia. Aunque siente el juramento de Año Nuevo como plomo ardiente sobre su espalda, ¡vamos!, como una daga hundida en la mitad del pecho, a lo largo de las últimas semanas ha acabado por concluir que el padrino es injusto con ellos, no puede pedirles el sacrificio de separarse. Hablará con su prima tan pronto llegue a Nueva York y le propondrá huir juntos. Juliana dirá que sí, está seguro. En tanto la guerra termina, y el tío Ignacio entra en razón y acepta el matrimonio, ¡tendrá que aceptarlo!, residirán en Canadá; cuentan con la plata que porta consigo y tan pronto se establezcan él podrá trabajar, ¡en lo que sea! Allá serán felices, a nadie le importará el color de su piel o de sus hijos. Ya puede imaginarse a ellos dos sentados alrededor de la mesa, con una chimenea de fondo, acompañados de varios chiquillos, que doña Rosa les ayudará a criar.

Ahora solo desearía que Nicole dejara de provocarlo y se contuviese, y él también la resistiera, no quiere cometer un error que le costaría muy caro, cuando está a punto de tocar el cielo, no puede tener un momento de debilidad que lo lleve al infierno. Pues no habría forma de explicarlo a su querido don Serafín y él tendría que cumplirle a la muchacha, aunque eso lo alejara para siempre del verdadero amor. Aunque el español tiene en parte la culpa: no vigila a su ahijada, acaso ni se le ocurre la idea, está acostumbrado a las americanas que andan sin dueña, hasta los alienta a ser amigos. Con todo…, si Manuel aplica su método, si es honrado consigo mismo deberá aceptar que Nicole le atrae, que la idea de asomarse al infierno no le disgusta del todo, sus pasiones se avivan cada vez que ella desliza la lengua sobre los labios carnosos y goza cuando la tiene a su lado. Luego, debe resolver la situación y dominarse y en el entretanto vivir con el alma en vilo, si hasta duerme mal.

¡Por fin! He aquí a Mr. Wallace; se disculpa, dice que fue a saludar a un amigo, pero le informaron que ya no está allí, recién lo comisionaron en otro lugar. Manuel discurre que es mentira, el hombre con quien hablaba ha de ser agente de su gobierno, tal vez sea su contacto con la Casa Blanca. No debe confrontarlo, no le conviene, por lo cual hace un aparte con don Serafín, este se deja persuadir para apresurar sus pendientes a fin de que en el menor plazo puedan salir hacia Nueva York, por lo pronto, seguirán con el mismo disimulo y planearán cómo marcharse sin que el pelirrojo lo note, han de meditarlo bien. Manuel no lo expresa en voz alta, pero en ese momento resuelve que la única salvación de Mr. Wallace sería que hablara claramente con ellos, les dijese lo que quiere y por qué lo persigue; de otra manera, la víspera de su partida, él mismo se encargará de poner varias gotas de toloache en el vaso de leche que aquel acostumbra a beber antes de acostarse, dizque porque así

duerme mejor, y ¡vaya!, esta vez sí que se llevará una sorpresa al despertar. Será tanta su confusión que va a demorar en descubrir que ellos trajinan ya en Nueva York. ¡Qué razón tuvo su madre al insistir en que cargara el brebaje! Sin duda Xangó, o Santa Bárbara, o quien sea, velan por él.

De nuevo reunidos, los cuatro retoman el camino. Nicole tiene buen cuidado de permanecer a su lado, lo pilla del brazo. Habiendo tomado una resolución, Manuel puede gozar plenamente del paseo por la ciudad; el día es luminoso y alegre y la visión llega lejos, contempla incluso la línea sinuosa del río Potomac. La casi ausencia de imágenes, sonidos y olores propios del comercio favorece el sosiego. En lugar de carretones con mercancías, como en Nueva Orleans, por la avenida circulan elegantes carruajes; en las calles y los parques andan caballeros y damas distinguidas.

Las casas del resto de Washington están desperdigadas, pero siempre dentro del plano reticular; para quien nada más ha visitado la ciudad de Nueva Orleans, y en las últimas semanas solo pasó por los pequeños poblados, haciendas y granjas del Sur, el orden, la armonía y la magnificencia que observa le resultan extraordinarios. Si algo aprendió en el viaje fue que el Reino del Algodón es próspero, pero no de manera apropiada, abundan los contrastes entre pobres y ricos, que un día les estallarán a los americanos en la cara. Es increíble que en el país de la libertad haya tal cantidad de esclavos. No solo los tienen los dueños de las grandes plantaciones, sino los mismos granjeros.

Manuel regresa a la pequeña granja de los Lawrence, a la que entraron cuando iban en camino de Montgomery a Griffin y el cochero les dio dos horas para refrescarse y estirar las piernas. Al asomarse a la casa para pedir un poco de agua, encontraron a la familia formada por Tom, Nancy y dos niños, quienes les invitaron a pasar y compartir con ellos el té que apenas servían. Entraron en un cuarto de madera de unos doce metros cuadrados, donde había dos camastros, una mesa y un par de sillas desvencijadas; al lado, un cobertizo de ramas asemejando un agujero oscuro, al que Manuel echó una mirada al salir, contenía un fogón y a dos negros que contemplaban el fuego ensimismados. Una esclava les ofreció un té apenas dulce, así como un plato de carne salada y unas galletas secas, sin crema o mantequilla, tampoco hubo bizcochos o pastel, como es costumbre en el país. Todos se veían pálidos por la falta de alimento. Eso sí, los Lawrence contaban con tres esclavos y disponían de bastante *whisky*, pues el dueño de la casa no dejó de beberlo mientras estuvieron allí y varias veces llenó el vaso de Mr. Wallace, el único que accedió a tomarlo. Seguidamente pasearon por el exterior; las tierras parecían agotadas. Como ya daban muy poco algodón, les dijo Tom, él se ocupaba de cazar para conseguir carne fresca; algo comían ellos de lo obtenido

pues el resto lo cambiaban por alcohol y tabaco o lo vendían a los vecinos.

Luego de concluir que la choza de su madre es un palacio junto a esa granja, Manuel sonríe al pensar que el alcohol le expuso una flaqueza de Mr. Wallace. Como bebió de más, tuvieron que ayudarle a abordar de nuevo la diligencia, donde apenas apoyó la espalda en el asiento trasero, se quedó dormido y comenzó a murmurar. Al rato, se enderezó de golpe, abrió los ojos y con la mirada fija al frente neceó que tenía que descender. Luego de otros absurdos, afirmó: “Deuda de honor, debo cumplir”. Cuando Nicole le preguntó con quién tenía esa deuda, gimió: “Debo obedecer, debo cumplir”. Luego se acomodó y volvió a adormecerse. Desde entonces, sus compañeros de viaje quedaron convencidos de que acataba órdenes, alguien en México o Estados Unidos le había pedido que vigilara a Manuel. Por Santa Bárbara, ¡a quién podía interesarle su persona!

Reconoce que Nicole le ha dado una buena ayuda con el pelirrojo. Por desgracia, la muchacha no se aleja de él, ahora le acaricia la muñeca con el índice, causándole una sensación muy agradable, desearía seguir así, un rato más, aunque ella no sea Juliana. Pero ¡ay!, no ha de permitírselo, ni debe disfrutarlo, tampoco dejar que sus deseos lo dominen, tiene que aguantarse. Se separa bruscamente en tanto a ella le salen los colores en el rostro y hace un puchero, como si fuera a sollozar, él siente una punzada de culpabilidad, no desea lastimarla, y no es que Nicole no sea hermosa y él no aprecie mucho sus señales de afecto, pero no quiere darle ilusiones, no puede, es un caballero. Lo descompone la actitud de don Serafín; si en algunas cosas el español discurre como Alfonso el Sabio, en otras vive en Babia, ¿lo hará a propósito

Pasan delante de la Oficina de Patentes y entran a curiosear. Manuel queda pasmado ante los cientos de invenciones, algunas de suma destreza y porvenir. El encargado de los registros les cuenta que en ese momento operan cerca de mil patentes. Es la causa de que el progreso sea tan grande, pero el español ahonda en la herida al afirmar:

Nada, con tal de ganar dinero, estos americanos se inventan todo.

Mientras siguen por la avenida Pennsylvania, Manuel mira a Nicole y recuerda cómo se percató de que la atraía. Fue casi de inmediato, en La Belle, cuando después de guardar el equipaje en las cabinas, se reunieron en cubierta y tomaron asiento para ver el paisaje surcado por barcos, con las grandes extensiones de sembradíos a lo lejos. Allí permanecieron hasta el anochecer, viendo cómo las luces de los vapores y las granjas y las plantaciones y los poblados parecían

estrellas que flotaban sobre las olas, muy apartadas las unas de las otras. La muchacha no dejó de mirarlo, primero con el rabillo del ojo, luego abiertamente, sonriéndole. El paisaje era tan tranquilizador que él no hizo mayor caso, además de que luego Mr. Wallace se quedó dormido y todos pudieron oírlo gritar: “Seguir instrucciones, lo haré”. Don Serafín lo señaló incluso con el paraguas y declaró:

Venga, el yanqui debe obedecer a alguien y eso le angustia.

Manuel asintió y en los días siguientes fue sabiendo más; poco a poco se percató de que Wallace tenía órdenes de vigilarlo, alguien importante en México desconfiaba de él. Se dice que el patrón del pelirrojo se llevará un gran chasco cuando descubra que su misión en Estados Unidos no es bélica ni política, sino amorosa. De hecho, ha de estar tranquilo, nada más quisiera que Nicole dejara de mirarlo de esa manera, desde que se embarcaron en La Belle no lo deja en paz; la ha descubierto varias veces con los grandes ojos azules clavados en su rostro, tan solo unos pocos segundos, los suficientes para turbarle; después los aparta, como queriendo hacerle pensar que lo imaginó todo. La primera tarde sucedió en algunas ocasiones; a la quinta, cuando se levantaron a arreglarse para la comida, él había decidido ignorarla a ver si ella renunciaba al juego y entendía que él no era libre, que ni con el pensamiento traicionaría a Juliana, ni siquiera lo haría por una mujer tan fascinante como ella. Sin embargo, la ahijada del español no ceja, cada día es más osada. Si Santa Bárbara no le da fortaleza, caerá en sus brazos, perderá el cielo. ¡Le urge llegar a Nueva York e internarla de una vez en el colegio!

Dos calles adelante, don Serafín les hace dar vuelta a la izquierda, indicando que allí está la Oficina General de Correos y necesita enviar un telegrama a Nueva Orleans. A Manuel le musita que mejor avise a Juliana de su próximo arribo, así la irá preparando. Tiene razón. Ha de hacerlo y también girarle dinero, es muy posible que le haga falta. ¡Ay!, en unos días más estará por fin a su lado.

Una vez dentro del establecimiento, don Serafín los guía hasta un rincón. Allí, detrás de un tablero, y frente a una máquina que produce los ruidos intermitentes de la clave Morse, un operador escucha atento y anota sobre el papel una raya, un punto, dos rayas, tres puntos, otra raya. Revisa las marcas cuando la máquina deja de sonar, se concentra para transcribirlas sobre otro papel que entrega a un empleado y este guarda en un sobre. Manuel vigila absorto, el milagro lo pasma, cuánto daría por ver el rostro de quien mandó el recado, y el de quien lo va a recibir, ¡qué progreso admirable! ¿Cuándo?, ¿cuándo habrá telégrafo en México, con todas las ventajas que éste acarrea?, ¿de qué otro modo saldrá el país del atraso y la

miseria y el caos que sufre desde la independencia? Se apoya contra el tablero y toma de la pila una forma para anotar sus palabras, ha pensado que será mejor remitir el dinero a Mr. Miller, su prima debe hallarse en la escuela y acaso no le permitan salir.

Envío libranza gastos Juliana. Hasta pronto. Manuel

Es suficiente. Mr. Miller intuirá de quién procede la suma; cuenta con que sea discreto y ocurra en llevársela a Juliana. El operador hace arrancar la máquina de nuevo: el sonido lo embelesa: machacón, reiterado, promisorio, imagina que habla a Juliana al oído y le susurra cuánto la quiere. El español suspende en ese momento el curso de sus ideas:

Joder no temáis, quién va a imaginarse que lo envía un mexicano desde la misma ciudad de Washington.

Ahora están a los pies de la colina del Capitolio y la calle empieza a ascender. El sol también; don Serafín y Mr. Wallace sudan copiosamente, Nicole se cubre con las alas del sombrero, Manuel va más tranquilo, tiene práctica, en Jalapa camina sin importarle si llueve o la niebla ha bajado en demasía. Aunque ha de reconocer que sí hace mucho calor. Es igual al que sintieron el día que estuvieron en Augusta, cuando un súbito cambio de horario los obligó a aguardar el arribo del ferrocarril que los trasladaría a Charleston. Durante toda una jornada y para no aburrirse en el mesón, salieron a recorrer el pueblo, un pueblo tan pequeño que pronto se encontraron en las afueras. La holganza los animó a tomar un sendero arbolado, aun cuando lo único que verían a los lados fuesen campos dispuestos para el cultivo y cuadrillas de negros, unos empujando el yugo, otros encorvados hacia la tierra sembrando semillas de algodón. Nada los habría distinguido de otros grupos de campesinos en el mundo, de no ser por el capataz que daba voces, arreando a los peones como si se tratara de animales, blandiendo el látigo a cada paso. Manuel sintió una opresión en el pecho y quiso intervenir en defensa de un viejo que perdió el ritmo del trabajo, cuando la amenaza del látigo se convirtió en varios azotes sobre su espalda, pero pudo dominarse y agradeció a Santa Bárbara no llevar consigo la pistola que le prestó el tío pues sin duda habría cometido una imprudencia. No quería ver más. Estaba a punto de emprender el camino de vuelta cuando de súbito el sendero cambió en calzada de piedra, al final de la cual, delante de un hermoso estanque, divisaron una mansión pintada de blanco, con una columnata al frente: era la casa principal de la plantación. Debían ser los dueños quienes reposaban sentados en la terraza y departían con

varios jóvenes y niños. Al verlos, los llamaron y una vez que estuvieron cerca se presentaron. Mr. y Mrs. Ashby los invitaron a acompañarlos, a protegerse del sol, ellos rara vez recibían visitantes, que descansaran y conversasen un rato.

Una vez que los cuatro tomaron asiento y aliviaban la sed con la limonada fría que les sirvieron, la plática se desvió hacia la guerra con México. Mr. Ashby les contó que sus dos hijos mayores eran voluntarios y uno de ellos le relató en su última carta que algo extraño sucedió en la batalla de Buenavista, pues los mexicanos estuvieron a punto de ganarla, pero cuando esto iba a suceder el general al frente ordenó el retiro de sus tropas y convirtió la que pudo haber sido una victoria en una gran derrota. Agregó que, según las noticias recibidas, los doce mil hombres reunidos por el general Scott se hallaban frente al puerto de Veracruz, prontamente desembarcarían y lo iban a tomar. Orgulloso, exclamó que Estados Unidos no tardaba en apoderarse ¡de los palacios de Moctezuma!

Manuel estaba a punto de maldecir, no podía contenerse más, quiso gritar que ese general era Santa Anna, un traidor que de seguro vendió la batalla y por eso merecía ser fusilado. Wallace lo salvó al informar a todos que el susodicho se llamaba don Antonio López de Santa Anna, varias veces presidente de México:

Buen militar —agregó—*, grande poder.*

Manuel se quedó atónito. La interrupción, junto con el codo de don Serafín en sus costillas, el brazo cariñoso de Nicole sobre sus hombros y la confirmación de que el pelirrojo conocía al general-presidente lo distrajeron y salvaron de hablar más de la cuenta.

Justo en ese instante, unos gemidos desviaron el curso de sus ideas. Una mujer con un trapo de algodón rojo con lunares blancos sobre la cabeza apareció por el quicio de la puerta gritando asustada que a Kitty le dolía mucho el vientre, su niña se revolcaba en el suelo: "Se muere*, ma'm*". Incomodada por la interrupción, la enfurecida patrona se puso de pie diciendo: "*Damned niggers!,* solo causan problemas", y entró en la casa.

Mrs. Ashby volvió a la terraza un rato después con el rostro lívido y relató con voz trémula que, mientras sacudía los muebles, la tonta de Kitty encontró la trampa para ratones colocada detrás de la vitrina del comedor y se comió el queso allí puesto. Lo grave era que el queso tenía arsénico, la *nanny* había querido asegurar el resultado. ¡Tuvo que mandar por el médico! Para horror de Manuel, Mr. Ashby se puso de pie, furioso a su vez, y pegó una bofetada a su esposa en tanto vociferaba que más le valía que el médico llegara a tiempo, podían perder los buenos dólares que valdría Kitty cuando hubiera crecido y si no lograba salvarse, nadie más que Mrs. Ashby tendría la

culpa y por tanto iba a pagar las consecuencias. Luego tomó asiento de nuevo y dijo a sus huéspedes, sin mostrar la menor vergüenza por su estallido, que si había algo que no pudiese entender era que el Norte exigiera la libertad para los esclavos, si resultaba evidente que estos no pensaban y eran incapaces de vivir sin un guardián.

Mrs. Ashby también tomó asiento, avergonzada, mirándose las manos, sin atreverse a alzar los ojos hacia sus huéspedes, en medio del silencio general. Manuel no sabía si fingir que nada pasaba y hablar del clima o hasta de la guerra o mejor despedirse y partir. Sus compañeros de viaje parecían tan incómodos como él. Nicole no. ¡Ella no!, pues con gran presencia de ánimo e incorporándose de súbito, entró en la casa y para sorpresa de sus anfitriones volvió casi de inmediato cargando en los brazos a una delgada chiquilla de cuatro o cinco años y, delante de todos, se arrellanó en una mecedora con ella en el regazo. Kitty no paraba de llorar y de retorcerse de dolor; la ahijada de don Serafín la hizo beber el tazón lleno de agua y mostaza que aparentemente debió de pedir con anterioridad a la atribulada madre y la obligó a terminárselo. El vomitivo produjo su efecto en el acto, entre los aspavientos de repulsión de todos los Ashby, quienes no mostraban la menor compasión ni por la madre ni por la hija.

Luego, Nicole volvió a ingresar en la casa con sus amigos detrás, acostó a la niña sobre un diván, la cubrió con una frazada que le dio la *nanny* y de rodillas a su lado la consoló, como una madre afligida. Manuel sintió un sofoco. Vio a la joven vuelta ama de su casa, valiente, íntegra, femenina, y la admiró. Así sería su Juliana, estaba cierto que lo era ya. Kitty no dejó de gimotear hasta caer dormida. Entonces, don Serafín dispuso la marcha; tenían que caminar hasta Augusta y acostarse temprano para poder tomar el tren en la estación al amanecer.

Todos le siguieron. Dijeron adiós a sus anfitriones y bajaron la escalinata rumbo al prado mientras oían a la menor de la familia decir: "¡Qué asco!, la Miss limpió la fea boca de Kitty y ahora tiene las manos sucias". Wallace, quien hasta entonces había permanecido en silencio, hizo una mueca a la niña blanca y exclamó: "*Some day you'll cry!*".

Manuel continúa el fatigoso ascenso por la colina del Capitolio preguntándose si Kitty salió adelante, piensa que es posible, el médico con el que toparon a la vuelta fustigaba a los caballos para hacerlos correr y sin duda el remedio puesto por Nicole le facilitó las cosas. Aunque tal vez lo mejor habría sido que la niña muriese, así estaría ahora libre de toda servidumbre y humillación. Debió dejarse vencer por el impulso de por lo menos increpar a los Ashby.

Observa ya el conjunto arquitectónico del Capitolio. Qué edificio magnífico, digno de la capital imperial que Washington

llegará a ser, y más aún después de derrotar a México. Pero para qué lo piensa, si bien es difícil no hacerlo ya que en todos lados tropieza con motivos para recordarlo, allí los carteles que convocan a los voluntarios, allá algún patriota que de imprevisto enloquece y grita: "*To the Halls of Montezuma*".

Sus compañeros lo preceden. Nicole, la bella Nicole, va esta vez del brazo de su padrino, quien abre su paraguas para protegerla del tibio sol, y al lado de la pareja marcha Mr. Wallace. Manuel admite que ahora que lo conoce más puede decir que es un buen hombre, quizá un poco tonto, un mucho temeroso, y espía, eso sí, pero por necesidad.

Los cuatro caminan ahora junto a una arboleda recién plantada; los árboles todavía son pequeños, pero en varios años formarán un hermoso bosque que dará sombra y paz a quienes lo recorran, entre otros, los legisladores cuando salgan del edificio a recobrar fuerzas para el debate. Falta poco para que lleguen. Manuel experimenta una gran emoción. Después de todo, y pese a todos los "peros", Estados Unidos es la cuna de libertad para muchos y en el Capitolio se protege a la república y a la democracia. Quiere entrar, quiere ver, quiere oír a alguno de los valientes senadores o representantes que se manifestaron en contra de la guerra y a quienes no les importó expresar su censura al presidente Polk ante el resto del foro, ¡ante todo su país!

Demoran un momento en la entrada para recuperar el aliento después de la larga y trabajosa subida. Ingresan al edificio del Senado sin hallar trabas; suben a las tribunas señaladas para el público, donde hay bastante gente —ciudadanos, quizá reporteros, pues algunos llevan cuadernillos y lápices. A Manuel le queda claro que en Estados Unidos existe una gran conciencia política. ¡Cuánta falta a los mexicanos!

Si bien desde la tribuna no se escucha muy bien, presta mucha atención, y logra seguir a un par de oradores cuyas voces son elevadas y claras, uno es del Norte, otro del Sur. Hablan del futuro de los territorios recién invadidos y él siente un vuelco en el corazón: ¿cómo si la paz aún no se ha firmado ya planean si habrá o no esclavitud en lo que no les pertenece? ¡Qué desfachatez! La discusión es muy violenta y por falta de acuerdo se decide posponerla. ¡Qué lástima!, se pregunta en qué terminará. Le choca lo informal del evento, faltan muchos congresistas, y le irrita el contraste entre la belleza y la majestuosidad de la cámara y los senadores que ponen los pies sobre los escritorios, se levantan a cada momento, pasean por los pasillos, hablan entre sí y no atienden al orador en turno, fuman, ¡hasta escupen en los pasillos! Se indigna cuando al oír "triunfo de Buenavista", uno sube a una silla y grita: "*Long life to our army!*".

¡Imposible no sentirse ofendido!

Manuel piensa que los americanos pierden el dominio de sí mismos del que tanto se precian, justo en esos momentos de exageración, y entonces aparecen como lo que son: fanáticos, intransigentes, inseguros. Fue lo que mostró Mr. Wallace la tarde que pasaron en Aqua-Creek, cuando el ferrocarril se detuvo a cargar agua y carbón. Dado que en ese poblado de Carolina del Norte tampoco había algo por hacer, decidieron airearse por el pinar cercano y en un terreno despejado toparon con una pequeña reunión de leñadores, aserradores y extractores de resina. Eran un montón de seres andrajosos y miserables, absortos en las palabras de un hombre alto vestido de negro, de pie sobre un tocón, quien exigía a sus oyentes volver allí mismo a Dios, junto a la Naturaleza; en ese momento debían arrepentirse y de esa manera librarse del fuego eterno. Don Serafín le susurró que eso era un *revival,* algo así como la ocasión para "resucitar a una vida mejor" y le apostó a que asistían separatistas presbiterianos: "Venga, que estos acusan de corrupta a su antigua iglesia, de preferir el lujo y el boato a la austeridad, de que sus predicadores son tan racionalistas y aburridos que no saben llegar al corazón de los feligreses".

Manuel observó al predicador sacudir los brazos y hablar con viveza, sus temas eran reveladores, las palabras sencillas y conocidas. Los escuchas parecían conmovidos; apiñados a su alrededor para no perder palabra, el mensaje los atrapaba. Luego de oír las descripciones acerca de los últimos minutos de un pecador pertinaz, sobre la repulsiva descompostura que soporta el cuerpo cuando se lo comen los gusanos y en torno a las atroces y eternas angustias padecidas en el infierno, se arrodillaban afligidos, con los ojos inundados de lágrimas y los pechos llenos de gemidos. Mientras, ensordecían los "¡Arrepentíos! ¡Arrepentíos! ¡Aún es tiempo!". El ministro relucía por el sudor que derramaba, tenía los ojos en blanco y espuma sobre los labios, como si en ese momento presenciara la escena referida. Parado al lado del foso abierto junto al tocón; con la mano apuntando hacia él insistía en el fuego, las llamas, el azufre, el plomo fundido y las tenazas al rojo vivo con que los demonios sujetaban a los condenados.

Faltaba lo peor. Después de un silencio en el que los congregantes oraron con los ojos cerrados, alguien clamó: *"Hallelujah! Hallelujah!",* y los demás respondieron: "¡Amén! ¡Amén!". En seguida, el predicador preguntó a los feligreses si alguno sentía vergüenza de sus yerros. Y con un índice que parecía arder y debió quemar a los señalados, los invitó a bajar al foso, hincarse allí, confesar ante todos; solo así exhibirían contrición sincera y podrían encontrar la misericordia de Dios.

Los elegidos parecían dudar. Por fin, unas jóvenes se decidieron

y marcharon al frente, y de hinojos, con la cabeza gacha y las manos sobre el rostro, comenzaron a implorar perdón mientras reconocían a gritos sus pecados. Su ejemplo fue seguido por varios hombres mayores, quienes sonreían nerviosos, como si no lo pudieran evitar, para luego precipitarse dentro del agujero mostrar su desesperación con gritos y golpes contra la pared. Los últimos fueron unos niños de rostro pálido y respirar agitado, empujados por sus padres.

Manuel vio cómo el predicador avanzaba hacia cada uno, los oía con atención y luego les susurraba algo. A veces gritaba: "¡Señor, perdónalo! ¡Ayuda a tu siervo!". Por su parte, la multitud clamaba: "¡amén, gloria, amén!", cuando alguien salía. Y de repente, ¡Mr. Wallace! Manuel nunca olvidará cómo el pelirrojo entró en el foso y con desesperación declaró a voces haber pecado, rogó compasión, decía ser un Judas, haberse vendido por dinero, pero también por miedo, y se golpeaba una y otra vez en el pecho hasta que el ministro le puso las manos sobre los hombros y lo logró tranquilizar. Luego el pelirrojo retornó a su sitio, si bien antes de sentarse de nuevo, pidió perdón a cada uno de sus amigos de viaje, ya les explicaría después. En ese momento, el escándalo entre los feligreses parecía desmandarse y el predicador entendió que ya era bastante, el hecho fue que en ese momento entonó un himno de paz que todos corearon, calmándose la asamblea poco a poco.

Manuel se repite que los viajes enseñan y ¡vaya que él ha aprendido mucho! Menguó su gran admiración por Estados Unidos, por su forma de gobierno y por el civismo de sus ciudadanos. Los derechos que poseen sus habitantes y la gran prosperidad alcanzada son, a su juicio, dignas de admiración, es más, imitables, pero le desagradan las costumbres tan libres, la falta de roce social, el sentimiento de superioridad, la sucia y mil veces sucia política exterior, la opresión de los negros, el frenesí que a veces impregna la conducta de la gente. En México, la vida es mejor.

A la vez que desciende por las largas escaleras del Senado, piensa que pronto saldrán para Nueva York, le urge tomar decisiones para los meses siguientes, y si esa tarde o noche o al otro día Mr. Wallace no les da la explicación prometida, ni remedio, tendrá que recurrir al toloache. Ese asunto estará resuelto, aunque no así el de Nicole, ¿qué hará con ella, si ya dos veces le ha dicho que lo ama con pasión? Acaba de musitarle, en pleno debate, y con cuidado para que don Serafín no la oyera, que por favor la salvara de ir a la escuela, no quiere asistir, tampoco aprender nada, teme que las monjas y las educandas descubran que lleva sangre negra y la excluyan. Tampoco quiere quedarse sola en Nueva York, la mera idea la aterroriza, sabe que el padrino volverá a Nueva Orleans y no podrá visitarla más que de cuando en vez. Lo que más lo inquietó fue que declarara que hizo

mal con haber desobedecido a su madre, por lo menos en ese momento estaría a su lado y de sus amigas, aunque para eso tuviera que estar también al lado de un vejete rico.

Manuel no sabe qué hacer. Nicole insiste en ir a dónde él vaya, asegura que por más que le duela aceptará su compromiso con Juliana, que está dispuesta a comportarse como una hermana para los dos, pero que le permita quedarse a su lado. Sin embargo, la joven criolla no sabe dominarse, lo prueban sus constantes caricias y sus asiduos abrazos, no solamente lo ponen nervioso, sino que le agitan el corazón, lo derriten por dentro, lo obligan a desearla. Teme caer en la tentación y perder a Juliana.

Pero ¿qué va a hacer si su prima ha mudado de opinión? ¿Si no quiere ir a Canadá, casarse a escondidas, romper con su padre? ¿Y si cambió tanto? Virgen de los Remedios, Xangó, no lo vayas a permitir. Si ella no lo ama ya, ¿qué hará él? Manuel se atreve a planteárselo abiertamente, por primera vez, aunque ha de reconocer que el temor de haberla perdido lo asedia desde que el padrino envió a Juliana a estudiar a Nueva York. Sabe que no la puede obligar. Jamás lo haría. Si ella resuelve seguirlo deberá ser porque es su total y absoluta voluntad.

El sol lo deslumbra al salir a la calle. Cierra los ojos y al abrirlos descubre, a unos cuantos pasos, atado a la verja que separa el Capitolio de la vía pública, un toldo de rayas blancas y amarillas adornado con gallardetes multicolores y dos banderas de Estados Unidos cruzadas entre sí. Una multitud está parada alrededor, hace gran bulla, deben de presentarse músicos o mimos o animales raros, quizá sea una subasta. Siente curiosidad. Comprará un recuerdo para Juliana. Suelta el brazo de Nicole. Don Serafín trata de detenerlo, le dice que ya es tarde, no deben retrasarse más, pero él se hace el sordo y avanza resuelto. Los demás lo siguen.

Lo que encuentra le horroriza, lo obliga a preguntarse qué sucede en el país de la libertad donde son tantos quienes no solo no la disfrutan, sino para colmo, son tratados con infamia. La subasta de esclavos tiene poco de haber empezado. Vestidos con una ropa de algodón basto, hombres y mujeres de raza negra se recargan contra la reja a la que se hallan encadenados. Parecen conformes, sumisos, nada más unos pocos muestran reto en los ojos. Un vendedor los expone, los hace abrir la boca uno a uno a fin de exhibir sus dientes, les soba las piernas y los brazos para hacer ostensible su fuerza, vapulea los pechos de una mujer. Manuel encuentra parecida a su madre, quisiera protegerla, da unos pasos para hacerlo, pero justo en ese momento el mercader hace adelantarse a una jovencita de unos quince años, la llama Meg. Le ordena que gire sobre sí misma y contonee las caderas, pide por ella un precio base de 800 dólares, afirma que es barato pues

la muchacha se encuentra en su mejor momento, aún es virgen y no solo podrá dar placer a su amo, sino reproducirse muchas veces. Ríe soez mientras invita a pujar a los postores. Su risa retumba en la cabeza de Manuel, quien siente una rabia inmensa y está a punto de saltar sobre la valla cuando don Serafín le susurra que no, que se detenga y piense en Juliana. Si quiere ayudar a su prima, no ha de cometer una imprudencia o lo lamentará para siempre. Justo a tiempo, con mucho esfuerzo, Manuel logra someter su furia.

La joven esclava provoca las discusiones masculinas y el silencio de las mujeres allí presentes. Manuel quisiera matar al comerciante o por lo menos animarse a comprarla y darle su libertad, pero don Serafín debe ser adivino porque exclama: "¡Vamos, que eso no puede ser!", y lo vuelve a contener. Al final tiene que presenciar cómo la adquiere un caballero de sombrero de copa y guantes oscuros, recién llegado en un carruaje jalado por varios caballos, quien sube la puja a 2,000 dólares. Nadie puede superarla; el hombre paga, da un empujón a la joven para que suba a su lado en el asiento de atrás, no en el pescante junto al cochero. El carruaje se pone en marcha, toma el rumbo del Sur.

Jamás podrá Juliana entender lo que Manuel experimenta en momentos como ese, aunque haga su mejor esfuerzo y en ello ponga toda su voluntad, porque ella es blanca por los cuatro costados. Es cierto que a él lo aceptó a sabiendas del color de su madre. Él se ha preguntado siempre si lo hace porque tiene aspecto de blanco. ¿Cuál será la reacción de su prima si alguno de sus hijos sale a doña Rosa? ¿Lo podrá tolerar? Ella, quien ama tanto a su padre, ¿no sufrirá por el rechazo del abuelo hacia la criatura? O, en el peor de los casos, ¿reaccionará igual? Quién quita y el tío Ignacio tenga razón y ese cariño esté condenado para siempre. O, ¡Santa Bárbara doncella, que el cariño entre ambos ya no exista, Juliana ame a otro y él deba valerse de recursos más fuertes para llevar a cabo sus planes! "Na' más tantee bien las gotas", subrayó su madre. Aunque no, eso no lo va a hacer.

Nicole llega a su lado y lo mira. Ella sí que lo puede comprender, es como él. Siente como la joven criolla lo abraza, apoyando el rostro contra su pecho y llora. Entonces él la consuela, y accede también a que ella le consuele, ambos lo necesitan. Nicole recupera la calma, poco a poco, y de súbito, sin decir una sola palabra, le da un beso en la mejilla. Sin pensarlo, él toma su mano derecha, la vuelve hacia arriba y la roza con los labios, primero la palma, luego los dedos, uno a uno. Se separan de golpe con la respiración agitada. Manuel contempla el rostro ruborizado de Mr. Wallace y atrás la sonrisa sutil de don Serafín, quien hace girar la punta del paraguas sobre el suelo y paladea el momento, satisfecho,

¡parece el gato que se robó la leche!

· 6 ·

Un relato sin terminar

Marzo 22 (lunes)

Primo adorado:

Ahora sí cumplo y te escribo casi de inmediato, pues me sobra el tiempo y el frío reinante apenas me deja salir, solo lo hago para ir a misa o cuando estoy tan desesperada por el encierro y la soledad que prefiero taparme bien y escapar. Entonces me pongo el abrigo de piel de oso que me dio Mrs. Miller, no por desprendida, no vayas a creer, sino por encontrarse muy viejo y maltratado; tanto que cuando me lo pongo no dejo de pensar en que el oso cuya piel me cubre, de seguro vivió en la edad de las cavernas o, en el mejor de los casos, en que el abrigo perteneció a alguno de los viajeros del Mayflower, de quienes la dama pretende provenir. Cómo si fuera posible saber quiénes descienden de los primeros colonizadores de este país.

Con todo, he de ser honesta y admitir su deseo de atender a mi salud. Aunque tampoco vayas a creer que es por afecto, en realidad lo hace para no gastar en médico y remedios, e impedir así que mi deuda con ellos crezca aún más.

Desde que te dirigí mis primeras letras en este país, prometí, Manolo, no lo olvido, referir en mis cartas cómo suelo pasar las horas de cada uno de mis días; lo he ido dejando, lo sé, pues siempre ha habido algo más importante por contar o estoy muy ocupada o tengo pereza (¡lo acepto!). Pero ahora estoy resuelta, hoy, mañana y pasado mañana, el tiempo preciso lo dedicaré a cumplir mi oferta: voy a darme prisa en terminar mis tareas domésticas y luego, frente a la mesa de mi aposento, con la luz invernal que entra por la ventanita e ilumina tan bien (¡aunque dura tan poco!), junto a la estufa de carbón instalada por James antes de marcharse (pese a las protestas de su madre, quien se quejaba del "desperdicio"), me esforzaré por describir una de mis jornadas en casa de los Miller. Servirá para llenar mi tiempo, que solo cobra sentido cuando recibo noticias de mi amado o imagino a alguno de mis congresistas ponerse de pie y gritar en el Capitolio: "*BASTA*" (así, con letras mayúsculas). Tal vez lo sabes, es más, seguramente lo sabes, cómo no lo vas a saber si ya debes de estar en el frente, pero en los diarios de esta ciudad se dice que el general Scott no tardará en apoderarse de Veracruz. No quiero ni figurarme lo que eso va a constituir; estoy cierta de que mis jarochos pelearán con bravura y la matanza en ambos lados será pavorosa. Me consuela

tantito confiar en que, posiblemente, James no haya aún llegado y, tan pronto lo haga (¡me lo juró!), corra a Jalapa para ver la manera de ayudarlos; con suerte consigue que las balas no rocen a nuestra ciudad. De ese modo, sabrán ustedes cuán bondadoso es el hombre cuya compañía he aceptado a mi lado para el resto de mis días.

Aunque estoy pensando algo que no pensé antes, tal vez porque no me atreví a considerarlo. Y es que, a lo mejor, tú no estás en casa con papá, sino en el puerto, pronto para defenderlo, y puedes caer bajo la metralla disparada desde los barcos de Scott. ¡Por tu Santa Bárbara y mi Virgen de Guadalupe, ojalá me equivoque! ¡Me muero si les pasa algo! Que ocurra que la solicitud por tu madre y mi padre te retenga a su lado y conserves la calma si el enemigo pasa por ahí. Te ruego, les ruego aceptar la seguridad que mi James les ofrezca, no la rechacen por orgullo patrio, sin duda eso podría entenderse y él lo admitiría, pero mejor cooperen, así podrán ayudar a los demás. ¡Por Dios, va a hacer mucha falta!

Vuelvo a mi relato, si bien la preocupación por los sucesos en México no me abandona y sé que solo puedo hacer lo que hasta el presente he hecho. Es mejor distraerme, por lo cual, en adelante, siempre que mi relato parezca alejarse del tema principal, haré el gran esfuerzo de volver a él. Es además el único modo de cumplir mi promesa. Va entonces sin detenerme más. Me levanto temprano, aunque en esta época es difícil pues el sol aparece muy tarde (¡allá es primavera!) y últimamente estoy tan cansada que soy remolona para ponerme de pie. Pero no dilato demasiado en hacerlo, no vayas a pensar, tengo tareas que desempeñar, y prefiero terminarlas pronto y después encerrarme a leer, bordar, escribir como ahorita, o simplemente desaparecer de la escena doméstica.

Así, en cuanto me arreglo, marcho a la cocina en busca de Katie; allí desayuno leche con pan (¡extraño tanto mis huevitos con jitomate, los frijoles y los plátanos fritos!) y en seguida pregunto en qué puedo ayudar. Katie responde siempre que, en nada, pero entonces le arrebato la escoba, el plumero y los trapos y me pongo a limpiar la planta baja de la residencia. Ella se ocupa mientras tanto de la parte superior; al rato desciende y me informa dónde está Mrs. Miller, para que no me sorprenda. Sabe que dejo el aseo de la biblioteca para el final, con intención de que, luego de sacudir y sacar brillo a los muebles, pueda arrellanarme en un sillón y devorar el periódico que Mr. Miller trajo la víspera. Busco noticias sobre México y la guerra, aunque no siempre las encuentro; tal parece que a los malditos invasores (¡perdón!, sé que te disgusta que maldiga, pero lo son, todos lo son, salvo mi James y la *Sister*. ¡Está bien!, a lo mejor unos pocos más), la guerra les importa poco, pues dan preeminencia a asuntos que, para mí, en comparación, son insignificantes. ¡Si supieras

cuántas columnas han dedicado al retorno de Phineas T. Barnum y Tom Thumb de su gira triunfal por Europa! Son tantas que (lo admito), sueño ya con ir a su circo con Katie uno de estos domingos; quisiera ver al hombre que mide menos de una vara… Si es cierto lo que se dice, ¡ha de llegarme a la cintura! Se anuncia que en la función representa a Cupido y a Napoleón, y que el circo reúne a otros fenómenos humanos: que si una mujer con barba, que si el hombre-costal (sin piernas ni brazos), ¡que si una sirena de verdad! Pero ¡ay!, no tengo dinero.

El caso es que hoy sí topé en el periódico con una pequeña nota sobre México: se avisaba que el puerto de Veracruz está a punto de ser tomado. ¿Equivaldrá eso, Manuel mío, a abrir el camino para la capital? De ser así y caer ésta, nuestro país desaparecería del catálogo de las naciones. ¿Qué hace Quinzuñas entretanto? ¿Serán verdad los rumores de que vendió la guerra? Temo la extinción de nuestra patria; ¿qué será entonces de nosotros? Te juro que cada vez que mi cabeza se llena con estas ideas, el corazón me pulsa más de prisa y aparece el dolorcito de estómago que sufro cuando siento miedo. Trato de no pensar y pongo mi empeño en vivir cada jornada sin preocuparme por el porvenir, como un día común, y ese es el hilo que debe ensartar este relato y darle forma (tal cual me enseñó *Sister* Louise).

Una vez que termino de revisar el diario son casi las doce, la hora del *lunch*; aquí se come tan temprano que muchas veces no tengo hambre (nunca, desde que se fue James), y si me resigno a hacerlo es porque Katie me atosiga. No es, después de todo, más que un sándwich, invento inglés que aquí se puso de moda. Lo haces con dos lonchas de pan tostado a las que untas crema o mantequilla y se pone entre ambas un pedazo de carne o queso. Lo acompaño con un vaso de la leche que todas las mañanas, bien tempranito, traen de una granja cerca de la ciudad. Por fortuna, almuerzo en la cocina con mi querida irlandesa, pues Mrs. Miller prefiere hacerlo en el saloncito donde transcurren sus horas, con una taza de ese hórrido *tea* del que gusta tanto (y sin leche, pues le causa repulsión); Katie me ha contado que le agrega una buena dosis del *whisky* escocés que esconde tras el diván. Supongo que, por eso, mi futura a suegra prefiere hacerlo a solas y así, a veces, cuando le dices algo, farfulla al responder. ¡Por mí, que se lo recete todo! A lo mejor, así resultaría menos insufrible.

Qué hará la señora el día entero, sin salir de su saloncito sino hasta que oye abrirse la puerta principal y su marido entra en la casa. La verdad no lo sé bien, pues casi nunca la veo (y menos la busco), pero por las veces que he debido llevarle la taza de té o las cartas que Larry (el cochero) trae de la oficina de Correos, y por lo que se chismea en la cocina, se la pasa leyendo revistas femeninas y comiendo dulces. También teje y borda ropa muy bonita que envía a

su iglesia para que esta, a su vez, la envíe a los soldados en campaña: ¡Ya imagino a mi James llevando un pañuelo con encaje de bolillo! El resto del tiempo se lamenta y llora por el hijo; eso, reconozco, lo entiendo muy bien, es su madre, teme que una bala lo hiera, ha de repetirse una y otra vez que basta una sola para arrebatárselo por siempre. Yo también me lo digo, pero prefiero no preocuparme, sino ocuparme, solo de ese modo espanto los pensamientos feos. No quiero sufrir inútilmente como ella hace cuando acaricia las pantuflas que James calzó la última noche que durmió en la casa, o abraza la almohada donde cree que reposó la cabeza (fue en la mía, los dos muy juntitos), o acaricia mi libro de Reynal (que le presté para practicar el español y dejó en su mesilla de noche). También pasa y repasa las cartas que él le envió cuando estaba en West Point, y vuelve a lamentarse y llora más y más. ¡Si supiera de nuestros planes de boda, tal vez me prestaría atención! Pero es mejor que no lo sepa; temo sus celos o su rabia. De seguro le disgustará tener a una mexicana por nuera, acaso de saberlo me echaría a la calle con tal de alejar a su retoño de una mujer que ella ve como de raza inferior. Y yo no tendría a dónde ir. Por algo James me advirtió que callara.

Por la tarde, cuando el frío se vuelve insoportable, me guardo en mi habitación. Allí leo, escribo, coso; ahora hago y bordo servilletas para la casa que algún día tendré y también será tuya. Compré el lino a muy buen precio en el mercado que se pone cerca del muelle de la calle Sur. Los hilos se los robé a Mrs. Miller (tiene tantos que ni se ha dado cuenta de que le faltan algunas madejas). Poco a poco los he ido convirtiendo en flores de nuestra tierra, primito, tal como llegan a mi memoria, de colores muy vivos. En cada puntada dejo un recuerdo: el día en que conocí a James y el día que nos comprometimos, el roce de su brazo cuando me enseñó a patinar, su primer beso, la sonrisa traviesa que destellaba en su rostro desde el otro lado de la mesa mientras con el pie alzaba la orilla de mi vestido para acariciarme la pantorrilla. Perdón que te cuente estas cosas, Manolo mío, pero me hacen tan feliz que debo compartirlas con alguien y, de paso, dejar registro de ellas. Quiero, además, esperar alegre el porvenir; cuando me invaden los nubarrones grises, ruego de rodillas a la Virgen de Guadalupe para que los cuide, a él y a ustedes también.

A veces, cuando siento que podré tolerar el frío, salgo con mi disfraz de oso y camino por las calles y avenidas. Me gusta ir a algún sitio desde el cual pueda ver el mar; así siento que estoy más cerca de México, de nuestra casa, de mi James. Por lo general voy al muelle sur; allí me distraigo mirando los barcos que entran y salen continuamente, a los marineros, viajeros y cargadores, y observo las mercaderías que vienen y van. Allí oigo un sinfín de lenguas y, cada

vez que escucho el español, trato de dominar el tamborileo que ataca a mi corazón para seguir la voz, atrapar las palabras y luego repetírmelas lentamente, saboreándolas; no importa el acento, nuestro idioma es siempre cálido, reconfortante, hermoso. A veces, me atrevo a detener a quienes las dicen y converso un poco; nunca me he topado con un mexicano, ay, los vientos bélicos son ya tifones y tempestades e impiden que uno de los nuestros ponga pie en territorio enemigo. De hacerlo, tendría que ser muy valiente. Aquellos con quienes hablo, españoles, neogranadinos, chilenos, argentinos, coinciden en que la guerra es injusta y nos apoyan, y eso resulta un consuelo. Entonces pienso que me será harto difícil radicar aquí cuando contraiga matrimonio. Primito, persuade por favor a mi amado de establecernos en Jalapa, siquiera en el puerto de Veracruz.

Por supuesto, cuando recorro el muelle procuro no ser sorprendida por Mr. Miller. Su agencia está, ni más ni menos, en la calle Sur, lo cual prueba la importancia de Miller & Co., y yo, que he espiado el movimiento alrededor de la oficina, puedo decirte que allí sobran los negocios, las mercancías llegan de todos lados y no nada más de México, es falso que la guerra haya causado trastornos tan grandes a la empresa. Lo que sucede es que los Miller son avaros sin remedio, lo malo es que yo tenga que sufrir a causa de eso.

Me devuelvo al tema de los paseos que iban enhebrando mi relato. No puedo dejar de admirarme de que hoy, por fin, haya logrado seguir en esta carta la secuencia de "un día en la vida de Juliana Ortiz en Nueva York". Si te das cuenta, me he ido por las ramas, pero menos que en otras ocasiones, y siempre regreso al tronco. Eso, diría la *Sister*: *"It's fine!"*.

Hago varias cosas agradables (y gratuitas), como visitar el hermoso Central Park. Allí recorro las avenidas y, por horas enteras, contemplo el estanque y a los patos que nadan o pasean por las cercanías. Suelo sentarme en alguna banca para ver transitar a la gente, que siempre es interesante: ¡en esta ciudad residen individuos de tantas naciones y con tantos oficios! Que si un jornalero irlandés, un conductor de carruaje alemán, un barquero escocés, un vendedor originario de Gales y muchos, muchos marineros de cualquier parte, que están de paso. No faltan los empleados y la gente rica, pues el parque es para todos; en él se vive la democracia de la que presumen tanto los americanos. A cada uno le figuro alguna historia que luego intento recordar en casa, cuando apunto las que me vienen a la memoria, pues algunas se fugan y niegan a quedarse; mi plan es convertirlas en cuentos o estampas y algún día publicarlas, una por una, en revistas femeninas o, ¿por qué no?, también para hombres. Sé que hay autoras que participan en algunas de las que se imprimen en esta ciudad. Sueño también con reunir todo en un libro que titularé

“Gente de Nueva York” o algo así. Ya oí, no susurres, sé lo que dices, aunque estés lejos, sé que “los sueños, sueños son”. Pero lucharé, lo verás, y mis sueños se convertirán en hechos y tú acabarás por estar orgulloso de mí.

He de admitir que últimamente he escrito poco, sabes, no me he sentido muy bien; supongo que la marcha de James y el temor a su muerte me afligen tanto que no solo me duele el alma sino también el cuerpo, lo siento laso, apático, incluso tengo a veces una horrible sensación de asco. Pero basta de lamentaciones, si escribo el tiempo transcurrirá más rápido y me sentiré menos mal. Lo prometo: mañana mismo reanudaré mis historias.

A veces estoy tan abstraída en las presuntas vidas de los transeúntes que, de algún modo, consigo escapar de Nueva York y llego a Jalapa; cuando me despabilo, tú, papá y Toño llenan mi mente. ¿Qué será de mi hermano? Leí en una nota del periódico que la Ciudad de México se halla muy agitada; muchos se han pronunciado contra el gobierno por sus leyes en contra de la Iglesia y los estudiantes tomaron las armas para defenderla. Recuerdo que Toño se extravía a veces y me sobrecojo, lo entreveo disparando a los soldados y alborotando a la plebe. Rezo para que se guarde en su pensión, aunque no ignoro que es difícil que lo haga. Me digo que yo haría lo mismo: ¿cómo pueden atacar a la Iglesia? Eso está mal, muy mal, y a ratos me pregunto si la guerra no será un castigo divino. Ya, ya te escucho decir:

¡De ningún modo! ¡Dios no castiga de tal manera a sus hijos!

Está bien, tienes razón. En adelante, no más distracciones, lo prometo. No discutiré sobre el conflicto, ni me quejaré de la distancia, seguiré mi relato acerca de este país asombroso, aunque, debo confesarlo, también cruel. No solo por lo que hace en México, sino con muchos de sus propios habitantes, que son ciudadanos de segunda categoría; es más, algunos ni siquiera llegan a eso (como los negros). Te daré un ejemplo; procede de una experiencia que tuve el domingo posterior a la partida de James. A Katie le tocaba su salida mensual, por lo cual, con el ánimo de distraerme y dominar el desasosiego físico y espiritual que me viene agobiando, decidí salir de paseo con ella. Después de ir juntas a la misa de doce en St. Peter, mi idea era acompañarla a visitar a su familia, tenía un gran deseo de conocer a la madre viuda y a los hermanos de quienes tanto me habla; su padre murió al poco de llegar aquí de Dublín, cuando recién había conseguido trabajo de picapedrero en la construcción del canal de Erie. Quería convivir con una verdadera familia. Lo entiendes, ¿no es verdad?

Se lo propuse a Katie; fue emocionante ver el brillo de sus ojos, aunque luego, juntando las manos en ademán de oración, y alzando a la vez un pie y después el otro, me respondió que no, que mejor no, que su casa y su barrio no son lugar para una señorita tan fina como yo, y que si Mrs. Miller se daba cuenta montaría en cólera y ella perdería el empleo.

Esto me indignó, aunque a tiempo recordé el "Domínate, lograrás más" que tanto gustas de repetirme. Es cierto, acepto, pero acepta tú que no es posible que esa mujer decida sobre mis paseos y sobre quién me acompaña en ellos, cuando ni siquiera se ocupa de mí y (escúchalo bien) hasta la avergüenza ser vista conmigo, con "la india", como alguna vez la oí llamarme. Imaginarás, supongo, lo que siguió: pues sí, me puse necia y a fuerza de insistir la pobre muchacha solo pudo susurrar: "Por favor, por favor, que la señora no se dé cuenta". No quería que yo dijera nada, nadie nos viese… Al final, logré lo que deseaba; después de la misa nos dirigimos a la calle Anthony, donde habitan los McClellan, en un sector pobre cerca de Five Points, así llamado por concurrir allí cinco esquinas. Se trata de un barrio no pobre, sino miserable, donde pululan irlandeses y hasta negros, aquellos que no poseen nada, absolutamente nada. Según Katie, las pandillas se citan en ese punto y ha habido tales riñas que los vecinos viven asustados y la policía prefiere no entrar, por eso insistía en que yo no me acercara ahí, era lo mejor.

No te me pongas nervioso, Manuel Ortiz. De seguro piensas que no debí ir a ese lugar. No debí, pero sabes, al final resultó bueno para mí. Ver cómo viven otros. Tantos. Ver las condiciones sórdidas de los McClellan y experimentar el miedo y la inseguridad que padecen, me hizo percatar de que no he de quejarme más, soy favorecida, no sufro por hambre o por los malos olores que causan la falta de aire puro y las emanaciones de las cloacas abiertas, ni sufro por mis enfermos o viejos encerrados, tampoco me estremece la idea de perder el empleo o no tenerlo o quedar atrapada en las redes de los delincuentes.

Sin embargo, los McClellan son tan alegres y afectuosos. Así me explico el buen talante de Katie y lo cómoda que estoy con ella. La familia está formada por la tía Steph, como le dicen los vecinos; el hijo mayor es Hugh, quien (no lo vas a creer) se halla ahora en México pues se alistó como voluntario en la tropa del general Taylor, su pretensión fue asegurar para los suyos la paga que les remitiría el ejército y con esto, lo poco que gana Katie y la ropa que cose la madre a destajo para una fábrica podrían sobrevivir un rato. Pero de repente la paga de Hugh dejó de llegar y, cuando su madre quiso saber el motivo, el oficial que la atendió le respondió furioso que su hijo era un desertor, además de un renegado; se había pasado al ejército enemigo, junto con otros de "su raza", y con las armas y el equipo que

les proporcionó la Unión formaban ahora parte de un batallón llamado de San Patricio. ¿Sabes algo al respecto? Y como si su furia fuese insuficiente, el hombre la amenazó con colgar a Hugh tan pronto lo atraparan, advirtiéndole que ella tenía la obligación de denunciarlo a las autoridades tan pronto lo viera. ¿Puedes creerlo, primo querido? ¡Pedirle a una madre que entregue a su hijo! Ninguna patria puede pedir semejante cosa. ¡Y todavía le dicen renegado! La tía Steph apenas dominaba las lágrimas mientras me lo refería, la congoja que la oprime brotaba en cada una. Aconséjame tú que eres tan sensato, ¿qué digo o hago para aliviar su dolor?

Me gustaría saber por qué escapó Hugh. Katie no me dijo antes que su hermano se hallaba en México, avergonzada primero de que éste peleara contra mi país y, después, por acusársele de traición. Yo le dije, y de veritas lo pienso, que él pudo tener sus motivos para actuar así, ha de ser muy difícil combatir en la guerra y más en una tan injusta como esta, y que antes de condenarlo habrá primero que escucharlo. Añadí, y lo deseo, que, con suerte, Hugh permanecerá en México (más le vale, si quiere salvar el cuello) y, de ser así, yo les pediré a ti y a papá que lo busquen y le den la mano (ya sé, ya sé, México es muy grande como para poder hallarlo), pero intentarlo es lo menos que podemos hacer para retribuir a Katie sus bondades hacia mí. Luego fantaseé un poco y le dije que, cuando ella visitara a Hugh, podría ir a visitarme a Jalapa. Mucha pena, mucha vergüenza, un gran enojo, pero al oír lo último las comisuras de sus labios le tocaron las orejas.

La tía Steph es una mujer corpulenta, sonrosada y risueña pese a sus fatigas y sus penas. Y digo “pese” pues me cuesta pensar que alguien en su condición pueda tener tan buen ánimo. Habita un cuartucho oscuro, que forma parte de una casa en ruinas situada en la parte más vieja y sucia de Nueva York. Si la construcción no ha acabado de derrumbarse es porque hace muchos años debió de haber sido una construcción muy sólida. Ella y los cinco niños que siguen a su lado comparten dos colchones llenos de paja, rotos y sucios, tres sillas y una mesa de pino, a la que le falta una pata, pero enderezan varias tejas. Guisan sobre un brasero que también sirve para calentar el aposento (¡no sé qué harán en el verano, cuando esta ciudad hierve!); justo arriba, en una esquina de la pared, un agujero da salida al humo con ayuda de un tubo de fierro que atraviesa el techo, pero debe estar tapado pues la nube gris que flota en el interior no logra salir del todo y cubre a las personas y los objetos con una capa de hollín. La única ventana da a un pasillo interior; por tanto, la luz resulta muy escasa y aunque pretenden vencer a las sombras con algunos cabos de vela, solo consiguen resaltar la palidez de los rostros y la flacura de los cuerpos que allí habitan.

¿Continúo? No sé; la escena es sombría. Admira que suceda en un país tan rico, donde una y otra vez se proclama la igualdad para todos. Lo cierto es que los “ceros” sociales también existen aquí y que, de tener algún día ocasión de adelantar, ese adelanto les tomará, a ellos y sus descendientes, mucho, mucho tiempo. Sé que es fácil juzgar y en nuestro país son demasiados los que viven en condiciones similares o acaso peores. Pero por lo menos no tenemos esclavos.

Sí, he de continuar y explayarme en el tema, y lo lamento un poco por ti, pero recuerda que después estas letras me servirán. Madre e hijos visten harapos, tan mugrosos que parecen recién salidos de la basura. Las más cubiertas eran las hermanitas menores, quienes compartían una capa que alguna vez regalé a Katie al verla tiritar. Ahora entiendo la ansiedad de mi irlandesa cuando la nieve empezó a caer. Y yo que estaba subyugada por el espectáculo y me divertía tanto con James en el trineo que ni siquiera le pregunté si le pasaba algo. No hay duda de que los seres humanos somos egoístas cuando nos sentimos felices y olvidamos nuestros propios momentos de sufrimiento. Por eso, después de tan aleccionadora tarde de domingo, quise hacer algo y, tan pronto volví a la casa, saqué del armario una buena cantidad de prendas, varias de las cuales aún utilizo, pero aprovecharán más a los McClellan. Yo tengo al viejo oso para cubrirme.

Sigo con la historia de los McClellan pues intuyo que se ha enlazado con la mía, aunque todavía no veo cómo. Y es que allí, en su casa, un vahído me forzó a sentarme, sin aliviarme sino después de un buen rato y de que la tía Steph me obligase a tomar una tisana que me hizo echar fuera lo poco que llevaba dentro, no sé si por el sabor amargo de la bebida o más bien (ahora lo pienso) por la forma en que me observó. Sus ojos me pusieron nerviosa, aún no puedo interpretar lo que decían, tanto que en cuanto estuve un poquito mejor decidí que nada más deseaba alejarme de ese lugar. Dije adiós a todos, como en este momento te lo digo a ti, como no puedo decirlo a esos ojos escrutadores que me persiguen, que saben algo que ignoro y, que por más que lo intento, no puedo suponer de qué se trata. En fin, ¿te importaría ahora esperar unas horas a que reanude este relato? La verdad es que el vahído ha vuelto, me cuesta escribir, solo espero a que Katie suba con la tisana que fue a preparar con las hojitas que le dio su madre antes de que partiéramos asegurando que iba a necesitarlas. ¿Cómo lo supo? Basta, mejor no pienso; primito, tan pronto la beba, me acurrucaré bajo las cobijas e intentaré dormir. Descanso y olvido, olvido y descanso, eso es justamente lo que ahora necesito. Hasta mañana, querido.

Marzo 23

Manolo mío, algo me sucede y no sé qué es, pero me he pasado la mañana entera con ascos y en estado de gran ansiedad, de tristeza también, preocupada. ¿Qué me hizo daño? Por más que repaso lo que he comido, no logro adivinarlo. Las tareas cotidianas no logran aliviarme o siquiera distraerme y tengo miedo de que lo que me pasa sea tan solo un aviso, una advertencia, algo así como el augurio de algo muy malo. Dice Katie que pida a su St. Patrick que chamusque la mano de quien quiera hacerme daño a mí o a los míos, pero yo la regaño, le explico que los santos no hacen semejante cosa, ni siquiera St. Patrick y mejor le rezo a mi Lupita, ella me conoce desde que nací, ella me cuidará. Rezo una y otra vez.

Aunque entre rezo y rezo no dejo de preguntarme por qué estoy así. Me digo que nada, que lo más probable es que se deba a que he dormido mal. Pero continúan las dudas. ¿Será un presentimiento? ¿Tendrá algo mi James? No lo creo; lo más probable es que su barco no haya anclado todavía frente a Veracruz y, si mis oraciones son eficaces, cuando toque el puerto este ya habrá sido tomado. Sí, ruego porque caiga pronto y por desgracia será de tal modo, pero que caiga sin sangre y sin destrucción o, me conformo (soy egoísta), sin que mi amado esté allí.

O tal vez me siento mal porque papá y Toño y tú también corren peligro. Tampoco creo que sea por eso; desde que supe que Mr. Polk había declarado la guerra, mi temor por ustedes es tan cotidiano que lo reconozco sin dificultad, y lo que ahora siento es distinto. Me alarmó mucho haber leído en el periódico que el Sr. Atocha volvió de México y ha visitado la Casa Blanca y no paro de discurrir sobre la encomienda que llevó a ese hombre a nuestro país y de la que ha regresado a informar al presidente Polk, pero tiene algún tiempo que lo sé y no me había encontrado tan mal. La *Sister* me advirtió que debía ser paciente, los congresistas "buenos" tomarán su tiempo para reaccionar, lo importante es que sí lo van a hacer. Yo espero que, además, hagan algo para atajar de una vez la gran infamia. ¡Está bien! Admito que cuando recuerdo a Santa Anna pierdo el dominio de mí misma, siento asco, una gran cólera, aunque se trata de una cólera justa, ese hombre es un adúltero, aún más, es un monstruo, un sinvergüenza, un traidor.

Entonces, ¿por qué estoy así? Perdón primito por hacerte escuchar mi examen de conciencia, pienso que así me ayudo a verme por dentro y a descubrir qué tengo. ¿Es por Katie y su familia? De verdad las sombras que los rodean me provocan una gran pena, pero tratar de ayudarlos me permite vencerla. Sabes, he decidido que obsequiarles mi ropa es insuficiente y me arriesgaré a pedir ayuda a Mr. Miller; le sugeriré ocupar a uno de los hermanitos como mensajero, argumentaré que le servirá en el negocio y no tendrá que

pagarle mucho. ¡Eso me anima un poco! Se dice que uno no debe preocuparse sino ocuparse, ¿no es cierto?, pues bien, yo me ocuparé de los McClellan, más no puedo hacer. Aunque a ver si el caballero quiere…; con eso de que ha perdido dinero con la guerra y sus bolsillos sufren tanto… ¡Pero al menos lo intentaré!

Manolo, no me puedo quitar de la cabeza la mirada afligida de la tía Steph cuando me despidió, como si adivinase algo. ¿Qué? Katie me contó alguna vez que su madre fue una especie de curandera en su aldea, como lo fueron su abuela y su bisabuela; ella lo sería también si hubiera recibido el don de sanar (que no tiene y pienso que para ella es mejor). La tía Steph lo posee, sabe de dolencias y logra vislumbrar las que vendrán. La gente de Five Points la consulta, aplica sus remedios y le paga con huevos, vino, pan, dulces, hasta pollos y gallinas, jamás con dinero, si llegara a aceptarlo perdería el don. ¿Habrá visto algo en mí? ¿Tendré una enfermedad incurable, una que no se manifestó sino hasta mi desmayo? ¿Qué hago? ¿Voy a consultarla? Si es una bruja, ¿no será un pecado tratar con ella? ¡Me gustaría que pudieras aconsejarme! Tengo miedo, ¡tanto miedo!, estoy confundida, me siento muy cansada. Trataré de dormir otro rato, sí, de nuevo; me ayuda a olvidar. Así, cuando llegue Mr. Miller estaré más despabilada y podré convencerlo de lo que pretendo. Ahorita, ahorita prefiero no abatirme más.

Medianoche

Solo a ti, estoy ciertísima, se le pudo ocurrir algo así. Aunque todavía no puedo explicarme cómo fue el arreglo, cómo conseguiste que alguien se ocupara de expedir desde Washington un telegrama con tus iniciales (quizá a través de un soldado enemigo, cuya confianza has debido ganarte) así como para dar trámite a la libranza que ya ha cambiado Mr. Miller. Me dijo que no era mucho, pero alcanzaba para cubrir una parte de mi deuda y, como a su juicio, en las circunstancias actuales esa remisión de dinero hablaba de la voluntad de don Ignacio Ortiz para cumplir con sus compromisos tan pronto le sea posible, había apartado una parte para que yo la gastase en lo que deseara. Me dijo también que es innegable que papá y tú están preocupados por mí y harán lo necesario por ayudarme (y tal vez le envíen más fondos), insistió en cuánto cariño me tienen (yo lo sé mejor que él, pero fue lindo oírselo decir). Sus palabras me confortaron, a pesar de que sonaban falsas (¿o interesadas?). Gracias, Manolo, gracias a ti y a papá, repito que me cuesta trabajo imaginar qué tuvieron qué hacer para conseguir su propósito, pero algún día lo sabré. No olviden cuánto los quiero y reciban el grande y caluroso abrazo que les envío, pese al terrible frío que se siente aquí.

Mr. Miller lucía más contento que en otras ocasiones y por un instante, lo confieso, me molestó su actitud. ¿Cómo podía ser que unos dólares lo alegraran tanto? Resultaba ofensivo: ¡cómo si mi señor padre no fuera digno de confianza! Pero cuando tuve el ánimo de acercarme y le di un beso en la mejilla (jamás lo había hecho, ellos son muy poco afectuosos, si su señora me hubiera visto le habría parecido inaudito, aunque creo que a él le gustó), sentí la peste a *whisky* que despedía… Así me expliqué su contento y también que luego de besarlo me hiciera un mimo y ¡asómbrate! comenzase a llorar, contándome su temor, el terrible temor de que al hijo le suceda algo, la vida (gimió) se le acabaría entonces.

Algo le ocurría por dentro. Quise consolarlo, darle valor, al final solo pude balbucear que seguramente Dios protegería a James en la batalla y con suerte la paz llegaría pronto. Su respuesta me dejó estupefacta pues replicó violento que tal cosa no iba a suceder, mis compatriotas se negaban a negociar y no habría más remedio que apoderarse de la Ciudad de México. Esto me sacudió; retrocedí unos pasos mientras me contenía para no gritar que era difícil "negociar" si varios ejércitos enemigos ocupaban el territorio, pero preferí guardar silencio, ser prudente pues, como dice papá: "El vino, si es mucho, hace del hombre un pollino".

Sabes, Mr. Miller llega últimamente muy tarde. Katie, quien nos espiaba a través de la rendija de la puerta haciéndome sentir acompañada, me contó que empezó a hacerlo cuando James ingresó a la academia y dejó la casa y que continúa haciéndolo, a pesar de las recriminaciones de su esposa. Yo lo ignoraba pues, cuando él llega, estoy dormida. Tal parece que, si el hijo está de visita, el padre guarda la compostura, pero tan pronto se marcha… vuelve a las andadas. Mi irlandesa y los otros criados suponen (¡la Virgen de Guadalupe me proteja de sus suposiciones!) que tan pronto cierra Miller & Co. se encamina a un *bar room*, que es como llaman aquí a las cantinas, y allí pasa las horas, alejado del hogar y de su señora esposa (y en lo último le doy una parte de razón). Según Katie, un *bar room* es distinto de los *pubs* de su país, donde los parroquianos conversan entre ellos, se refieren historias y cuentan chismes, olvidan por un rato sus penas, pero en compañía, no a solas como en el *bar room*, donde todos beben cuanto quieren, abstraídos en sí mismos, y deben de salir con una amargura más grande de la que de por sí cargan.

Debo confesarte que saqué beneficio de la situación; y aunque ahora me siento un poquito culpable, el pollino se comportaba luego de forma tan mansita que me concedió todo lo que le pedí. Aunque ahora resta dejarle ver que no olvido sus promesas, como tampoco su franca embriaguez. Tendrá que recordarlo con tal de no discutir otra vez con Mrs. Miller, como sucedió al rato de separarnos; esta vez sí

pude escuchar la gritería, el escándalo hubo de llegar hasta la casa vecina, que no vayas tú a creer está pegada a la nuestra, como en Jalapa, no señor, así no es, se encuentra a muchas varas de distancia. ¿Te digo algo? En realidad, tanto Mr. como Mrs. Miller me apenan mucho; no son más que dos padres sufriendo por lo mismo (la ausencia de nuestro James), sin saber cómo apoyarse el uno al otro. Juro que jamás me sucederá tal cosa cuando me case y lo vuelvo a jurar.

En fin, primito, agua que no has de beber, déjala correr… Regreso a mi asunto e informo antes de acostarme (me hace falta dormir, pero acaso la alegría no me deje): mi futuro suegro contratará al hermanito de Katie, pero además ha autorizado que yo vaya al circo de Mr. Barnum con ella, no el domingo próximo (lo cual habría sido de por sí una gran merced), sino ¡mañana, mañana, mañana mismo! ¡Estoy tan contenta! Imagino que el empleo del niño McClellan aliviará un tantito la miseria de su familia y ¡me ilusiona tanto ir al circo! Por fin estaré en uno, y muy bueno. Veré al famoso Tom Thumb, a quien la mismísima reina Victoria recibió en Londres. ¡Conoceré a Feejee, la sirena! Aunque no vayas a pensar que se trata de una sirena viva, desde luego que no, son sus restos. Según el diario resultan horripilantes y más bien tendrían que arrojarlos al mar, pero no estoy de acuerdo ¡pertenecen a una sirena! Sabes que he deseado ver una desde pequeña. Sería capaz de besarla si me lo permitieran. Pero no lo haré, no me atrevo, no vaya a ser que reviva y quiera secuestrarme. Como ves, lo que tanto ansié en el barco, a la venida, no lo quiero más; hoy tengo a James, quien da sentido a mi existencia, y además están tú y Toño, y me he arreglado con papá.

De veritas estoy tan contenta, que mejor dejo de escribir y trato de conciliar el sueño. Hasta el malestar que me ha venido agobiando parece haber desaparecido. Manolo mío, buenas noches, mañana continuaré con esta carta mil veces extraviada; sé que perdí el hilo de la historia y tendré que revisar los pliegos anteriores para descubrir dónde sucedió tal cosa. Pero volveré a enhebrar la aguja (lo prometo), volveré a coser y bordar para ti y, más pronto de lo que imaginas, tendrás la visión completa de cómo es una jornada en Nueva York de Juliana Ortiz, la futura Mrs. Miller.

Marzo 23-24 (martes a miércoles)

Tal parece que el pollino tiene mejores sentimientos de los que suponía, o acaso (si pienso mal, y es más sencillo) que los dólares que llegaron tan misteriosamente lo hicieron discurrir que más le valía volver la hoja, pues si don Ignacio Ortiz llegaba a enterarse de cómo él y su señora esposa me han tratado en los últimos tiempos, a lo

mejor rompe la relación de negocios y él pierde la gran comisión que significan las mercancías que puede remitirle desde México y, quién quita, ni siquiera recupere lo que le adeuda. Esto último, por supuesto, jamás sucedería, pero ¿no cree el león que todos son de su condición?

En cualquier caso, por lo pronto elijo pensar bien y te cuento que si escribo hasta ahorita es porque Mr. Miller vino a recogerme después del *lunch* y me pidió que lo acompañara a visitar a los McClellan para decirle a la tía Steph que, a partir del lunes próximo, su hijo Tommy estaría contratado como mensajero de su oficina. Cuando le expliqué que yo ignoraba cómo llegar a ese barrio y la única que podía guiarnos era Katie, dispuso que mi irlandesa fuera con nosotros, a pesar de la tempestad de protestas que levantó su esposa, a quien él se limitó a ignorar.

De manera que así me vi sentada a su lado en el carruaje, rumbo a Five Points. Katie viajaba en el pescante junto a Larry, toda envarada, ¿tendría miedo de caerse? Aunque aprovecho para hacerte advertir cómo las diferencias sociales reinan también en la república modelo y dizque igualitaria. Excuso decirte que tan pronto llegamos nos persiguió una caterva de chiquillos harapientos y mugrosos pidiéndonos dinero a través de las ventanas y no dejaron de hacerlo sino hasta que paramos delante de la ruina que es el hogar de los McClellan. La tía Steph asomó entonces por la puerta; al vernos salió apurada y gritando palabras irrepetibles consiguiendo que los chicos huyeran velozmente. Yo quise soltar la carcajada, pero al ver cómo a Katie y al cochero los cubría el rubor, me dominé; era un momento importante y no quise echarlo a perder.

Mr. Miller descendió del carruaje tenso y con el ceño fruncido. Estimo que jamás había entrado en un barrio como ese y menos frente a semejante recepción; estaba atónito, además de asustado (como yo me sentí el domingo y todavía me siento hoy). Saludó a Mrs. McClellan con una inclinación de cabeza y quitándose el sombrero pasó al interior. Katie y yo permanecimos en el carruaje rezando, ella a Saint Patrick y yo a la Guadalupana.

Sin duda no tuvieron dificultades para ponerse de acuerdo pues unos treinta minutos después salieron sonrientes. Mr. Miller dijo adiós a la madre de Katie, acarició la cabeza de los niños y les dijo algo que no alcancé a escuchar, pero los hizo alegrarse. Luego subió al carruaje, se sentó y comentó que estaba trastornado, jamás imaginó que en Nueva York vivieran personas de condición tan miserable. Agregó en seguida que había pedido a Mrs. McClellan que enviara a trabajar a Tommy, pero también a Robbie. ¿Te fijas cuán poderosa es la alianza de St. Patrick y la Virgen de Guadalupe, Manolo? ¡Tendré que juntarlos más a menudo! Los pequeños serán mensajeros y ayudarán en lo que sea necesario, pero además alguien de la oficina se ocupará

de enseñarles a leer y escribir. Luego, con asombrosa timidez, Mr. Miller me preguntó si podría ir yo a comprar un par de mudas de ropa para cada niño, de modo que pudieran presentarse mejor vestidos en el negocio.

¿Te das cuenta, primito? ¡Ha contratado a los dos! Lo mejor es que, intranquilo por lo que observó, actuará de inmediato, olvidando algo que aquí se cree a pie juntillas: que se nace triunfador o perdedor y no hay nada que lo remedie. Quiere decir que los sentimientos del hombre en cuya casa resido, el socio al que papá me confió, son mejores de lo que pensaba. Y esto me obliga a hacerme una pregunta: ¿por qué procedió conmigo con tanta tacañería cuando se acabaron los fondos de que disponía para mis gastos? ¿Será por eso de que el muerto y el arrimado a los tres días apestan? ¿Influyó la bruja de su mujer? Una bruja, lo es, o al menos se comporta como tal. ¿O ella misma tendrá algo bueno, pero tan escondido, que no lo deja ver? Después de la sorpresa que me ha dado el marido tendría que considerarlo, y eso gustaría mucho a mí James, quien sufre por la forma de ser de su madre y si no lo dice es porque la quiere, pero lo adivino en su rostro cuando la mira con horror al oír algunos de los comentarios o mirar sus aspavientos.

Y aún tuve otra alegría. En vez de dirigirse hacia el muelle sur, el carruaje tomó por la Avenida Broadway, dio la vuelta en una esquina y allí frenó. Mr. Miller bajó a toda prisa, haciéndome señas de que lo esperara. Regresó al rato (un buen rato), agitando dos boletos en una mano y un programa en la otra y diciendo satisfecho: "¡Los conseguí!". ¡Nos había comprado boletos para el circo a Katie y a mí! Aunque como al parecer solo restaban para la función de la noche, prefirió postergar la diversión para mañana a las cinco de la tarde; así el espectáculo terminará hacia las siete y él vendrá a recogernos a la salida de Miller & Co. ¿Cómo ves? ¡El pollino —no, mejor digo "mi suegro"—, recapacitó! Vuelvo a preguntarme: ¿fue por el dinero que llegó o por las ganancias que le proporciona la relación con papá y de ningún modo quiere perder, o porque ante su dolor por la ausencia del hijo encontró en mí una oyente comprensiva? Mas ¿cómo no serlo, si sufro por lo mismo? Quién sabe, acaso sea mejor no saber el motivo, sino aceptar el cambio y seguir adelante.

Manolo, otra vez es tarde. Bueno, no tanto, pero si sigo escribiendo no me podré detener sino hasta que sea muy noche y hoy prefiero reposar largo y profundo pues mañana debo ir de compras y por la tarde al circo y quiero disfrutar el espectáculo con la mente lúcida y el cuerpo descansado. ¡Ojalá que no vuelva a sentirme mal! Pero no. He de ser optimista, todo está empezando a corregirse. ¡Mi salud también lo hará! Hasta mañana, pues. Mañana, sí, mañana me explayaré en los detalles de la función y espero (mejor no prometo

nada) terminar lo que me falta por contarte de mi día en Nueva York.

· 7 ·

REVELACIONES

El viaje desde Washington fue tan apresurado que Manuel apenas consigue rescatar algunos recuerdos. No hubo más remedio que escabullirse, huir. Era preciso que, cuando el pelirrojo despertase del sueño de toloache que le administró y quisiera alcanzarlos, ellos ya estuviesen en Nueva York, en algún sitio lo bastante oculto como para que no los pudiera encontrar. ¡Y ya lo están! Mr. Wallace supondrá que se alojan en un hotel. Jamás pensará que están, ni más ni menos que, en casa del cónsul de España. Este, antes de viajar a su país, recibió con gusto en su hogar a su buen amigo don Serafín con todo y acompañantes ofreciéndoles alojamiento por el tiempo que lo desearan. Descubrirlos entre el medio millón de habitantes de la metrópoli equivaldría a descubrir una aguja en un pajar.

Se siente seguro y contento. Pronto se reunirá con Juliana. Ella le va a guiar por esa urbe fascinante, así la sintió desde el mismo momento en que el barco se abrió paso hacia el muelle, *montado en las olas, raudo ante las verdes islas que surgían de su seno como centinelas guardianes de la urbe labrada por una luz de oro que hacía que todas sus casas y edificios se vieran dignos y nobles*. Ahora entiende y comparte esta descripción de Mrs. Trollope.

Manuel solo se explica lo enrevesado de la ruta seguida desde Washington por el deseo de don Serafín de complicarla y de esta forma aumentar la confusión de su perseguidor. El hecho es que ahora no le es posible reconstruir el itinerario de memoria; los nombres que le vienen a la mente son los de las ciudades más conocidas –Baltimore, Filadelfia—. Aunque su cuerpo sí recuerda el viaje, cómo olvidarse de los porrazos y las picaduras de chinche que sufrió en los carruajes y las posadas.

¡Por fin está en Nueva York! Pero lejos de sentirse tranquilo y a la expectativa de ver pronto a su prima, lo perturban los pasos que ha de seguir. Quisiera haberlos dado ya, quisiera no ser así, tan temeroso, y disfrutar más del momento que vive. Procura calmarse y, mientras aguarda a que don Serafín termine de escribir las cartas que llevará al correo y Nicole acabe de emperifollarse, intenta trazar el plan para los días siguientes. No puede. Esta vez se trata de la culpa que lo aguijonea por dormir al malandrín de Mr. Wallace. ¡Por Santa Bárbara, qué salga de su sueño sin problema! Se había convertido en una monserga —¡afirmación del amigo español!— y ya no podían esperar. Le hubiera gustado tener más tiempo, así, el pelirrojo habría entrado en mayor confianza y desembuchado quién le ordenó vigilarlo

y por qué.

Manuel siguió el consejo materno y echó tan solo un pellizco de polvos en la taza de té depositada sobre la mesita de noche, en tanto su compañero de cuarto se ponía el camisón en el vestidor. Recuerda con claridad los últimos momentos que estuvieron juntos: cómo él salió, oliendo a una fragancia fuerte y envuelto en una bata de seda china color grana muy elegante. Recuerda cómo se sentó luego en la orilla de la cama, tomó la taza y le convidó un poco, y cómo él, hondamente agitado, no pudo articular palabra y nada más negó con la cabeza. Mejor así: si hubiera dicho algo, el otro habría advertido sus nervios y recelado. Ante la negativa y sin sospechar nada, comenzó a dar sorbitos del té y aun le comentó que el té le gustaba así, tibio y un poco amargo.

Le espanta acordarse del efecto que tuvo el toloache, la premura con que el hombre se derrumbó. ¡No habían pasado diez minutos cuando yacía sobre las mantas! Con ganas de salir corriendo, tuvo que observarlo por un rato, quiso cerciorarse de que realmente durmiera, pero también de que respirase. Por fortuna pronto empezó a roncar pacífica y rítmicamente, si por eso se animó a acercarse para subirle las piernas a la cama, ponerle una almohada debajo de la cabeza y cubrirlo con la manta que sacó del armario.

Tuvo asimismo el cuidado de arrojar los restos del té en el florero, secó la taza, el plato y la cucharilla con cuidado y los depositó sobre la cómoda. Junto a ellos, sobre la misma bandeja, dejó la nota que preparó con anticipación. En esta se despedía del durmiente explicándole que recién le había llegado un telegrama de Nueva Orleans donde se le pedía volver a México, su tío lo necesitaba pues la situación iba de mal en peor, y que don Serafín había decidido hacer el viaje con él e internar mejor a Nicole en una escuela de Nueva Orleans. Después, tomó las valijas arregladas con discreción desde horas antes y salió del cuarto, no sin antes mirar al pelirrojo y sentir alivio al ver cómo los peces dorados de la bata china nadaban al compás de su respiración

¡Menos mal que tenía el apoyo de sus amigos! Ellos le aguardaban afuera de la casa, en un carruaje listo para dirigirse al muelle del Potomac. Los dueños los despidieron en la puerta, bien instruidos de que dejaran dormir a Mr. Wallace pues —les dijeron— solo así lograba reponerse cuando abusaba del *whisky*. Arrancaron, despidiéndose aparatosamente de quienes los veían alejarse, pero a la mitad del camino detuvieron al cochero ordenándole que cambiara el rumbo hacia la estación de tren. Era idea de don Serafín para confundir al pelirrojo quien, de seguro, iba a tratar de alcanzarlos tan pronto como reaccionara, en lo que, calculaba, no debía pasar de cuarenta y ocho horas.

Ahora, Manuel tendría que aplicarse a su método y admitir su miedo. Sí, teme haber hecho un daño mayor a Mr. Wallace, aunque también debe ponerse en contexto y reconocer que exagera; sobre todo mantenerse ocupado y no seguir lamentándose de haber hecho lo que jamás quiso, pero tuvo que hacer. Nicole se demora demasiado, y él no puede dejar de cavilar en que la oscura conducta del larguirucho y que no aprovechara las múltiples ocasiones que le dieron para decir la verdad lo habían obligado a proceder. También en que, una vez en Nueva York, no podía correr riesgos, de ningún modo exponerse y menos exponer a Juliana; si bien todavía no sabe qué pasos habrá de dar, sí le resulta muy claro que ambos tendrán que ser muy discretos o Mr. Wallace, en caso de descubrirlos, puede ponerlos en evidencia como enemigos de Estados Unidos.

Un ruido lo saca de su abstracción. Por fin, es Nicole. Vaya con el disfraz que se ha puesto, es como si deseara llamar la atención y por lo pronto lo logra. Le sorprende verla así, ya no es más la dama discreta que conoció en Nueva Orleans, tampoco la muchacha sencilla con quien ha viajado y aprendió a apreciar. ¡Menos aún la colegiala que aspira a ser admitida en una escuela de monjas! Esa ropa y esos afeites celan su ser natural y agradable, son los de alguien que desea ser rechazada, los de alguien que no desea ser parte de esa comunidad.

Le incómoda verla así. No, más bien le indigna. Querría castigarla mordiendo esos labios tan encarnados hasta hacerlos sangrar, apretar ese cuello que asoma impúdico hasta que pida perdón y vaya a lavarse y cubrirse, pero esos deseos son indignos de un caballero. Que Santa Bárbara le ayude a reprimirlos. Será mejor guardar silencio y no moverse, no vaya a ser que don Serafín advierta lo que le pasa. Pero quien no se reprime es justamente el ángel guardián, quien se ha puesto de pie vuelto un energúmeno, tiene el rostro encendido y manotea. Avanza a zancadas hacia su ahijada y le grita que ¡demontre!, ¡parece una puta!, él no va a permitirlo, y menos que nadie lo diga o lo piense, de inmediato ha de volverse a la alcoba y componerse como una señorita decente.

Marzo 24, tres de la tarde

Primito querido:

Aprovecho para escribir un rato pues el carruaje de Mr. Miller no vendrá por nosotras sino hasta las 4.30 P. M. y estoy tan nerviosa que, si no me ocupo en algo, voy a estallar como uno de los cohetes que echan en la fiesta de San Marcos. Ya, oigo que me dices que no exagere, un circo es solo un circo. Tienes razón. Me pregunto por qué la posibilidad de un rato de diversión me tiene tan agitada. Aunque no

es eso lo que me inquieta, no lo creo, más bien se trata de un presentimiento, como si muy dentro de mí algo o alguien me insinuara que viene un tiempo de adversidad (¡como si no viviéramos una guerra terrible!) y que yo en particular seré muy infeliz. Pero ¡ay!, no debo hablar así, ¡es como invitar al infortunio! Lo sé, esto último también es una tontería, ¡lo siento! Como ves, mi adorado Manolo, resulta mejor que prosiga mi relato, de esa manera no pienso tonterías y calmo mis nervios.

Pues bien, te informo que hoy por la mañana fui de compras. Antes de salir para su negocio, Mr. Miller me indicó que el carruaje vendría a recogerme en una hora, a fin de que yo pudiese ir a adquirir ropa que Alan y Artur (así, sin hache intermedia) McClelland llevarán al trabajo, pidiéndome que de preferencia consiguiera algo ya hecho (esto me sorprendió, ignoraba que eso fuera posible) porque quiere que el lunes acudan a Miller & Company vestidos con decencia. Tuve que apresurarme a acabar mis tareas domésticas, aunque tan pronto Katie supo de qué se trataba me dijo que ella se haría cargo. Me habría gustado llevarla conmigo (quién mejor para elegir lo que sus hermanos precisan), pero pedir el permiso correspondiente a su patrona habría sido provocar un escándalo igual o peor al que hizo cuando supo que "su sirvienta" iría conmigo al circo. Cuando pregunté a mi irlandesa dónde y qué debía adquirir, se rio de mi ignorancia. Admitió que sí, sí, se podía encontrar ropa ya hecha, y de todos los tamaños, pero que era muy cara. Mr. Miller no debía gastar tanto y tampoco preocuparse: Tommy y Jimmy McClelland no lo harían pasar vergüenza alguna, aunque los primeros días vistieran de prestado. Me señaló que el mejor lugar para hacer esas compras era el Merchants' Exchange en la calle Wall; agregó que bastarían unas yardas de franela y otras tantas de algodón para que su madre cortara un par de pantalones y otro par de camisas para cada niño, con ayuda de las vecinas, en especial de la tía Luciana (en el barrio todos son tíos y tías), quien trabaja a destajo para una fábrica de ropa, cuenta con una de esas nuevas máquinas para coser (algún día yo tendré una) y es una costurera muy diestra.

Volví después de tres horas. Como jamás había estado en el Merchants' Exchange, me entretuve un buen rato mirando la gran variedad de mercancías que se venden allí. Son tantos los negocios, tantos los artículos de todo tipo y nación. Adoré un pequeño cucú y no me resistí a comprarlo; lo colgaré de la pared de mi cuarto y cada doce horas un canarito saldrá para piar *douze heures*. Es suizo, naturalmente, se parece mucho al que papá obsequió a mamá cuando eran novios. ¿Sigue en el descanso de la escalera? Algún día pondré el mío en el cuarto de mis hijos, de mis hijos con James.

Lo único malo fue que me empecé a sentir fatigada más pronto

de lo que hubiera deseado, y eso me inquieta. ¡Parezco una vieja! Por eso me apuré a comprar los hilos y los botones que aún me faltaban y emprendí el regreso. Era tal mi cansancio que, si bien deseaba entregar yo misma las compras en Five Points, pedí a Larry (así llama James a Lawrence) dejarme antes en la casa, anhelaba acostarme y recuperar mi energía para la función del circo. ¿Te confieso algo más? También sentía miedo (y aún lo siento) de enfrentarme con Mrs. McClelland y ser mirada por ella de igual forma que cuando la conocí y es que me doy cuenta de que algo quiso decirme entonces, algo que no quiero oír y no sé por qué. En cuanto llegamos encargué a Larry que llevara las cosas a su destino, de inmediato, si Mrs. Miller lo descubría frente a la casa seguramente iba a ordenarle que hiciera alguna otra cosa y los McClellan perderían un tiempo valioso. Él pareció suponer lo mismo pues, tan pronto descendí del carruaje, lo perdí de vista.

Ahora oigo unas ruedas aproximarse. Veré si es él.

¡Sí es! El carruaje se ha detenido en el camino de la entrada. Eso significa entonces que las vecinas de Five Points han comenzado a cortar y coser a toda velocidad. ¡Cuánto me gustaría ayudarlas!

Pero no, entretanto estoy aquí, tendida sobre la cama, sintiéndome desfallecida y por si fuera poco con un algo de basca. El *lunch* me sentó muy mal. Los *pickles* del sándwich me hicieron estragos. Quizá si duermo un rato después me sienta mejor y por la tarde pueda gozar plenamente del espectáculo de Mr. Barnum y observar luego las rarezas que expone en su Museo Americano. Por lo pronto cerraré los ojos y pensaré en Jalapa, en la casa, en que papá sube por la escalera para dar cuerda al cucú y se queda mirándolo. Nos recuerda, sin duda, recuerda a sus hijos, a ti, a mamá. No, a mamá no, ella lo acompaña, está a su lado, estoy segura.

Cuatro de la tarde

Manuel trata de hacer como si nada sucediera, pero la hostilidad que puede palparse dentro del carruaje lo vuelve muy difícil. Nicole no oculta que está enfurecida y aun cuando de repente a él le sonríe amistosa y le dirige la palabra e ignora a don Serafín, lo rechaza, le pone mala cara cuando él trata de acercarse. De verdad su padrino se mira muy arrepentido por haber perdido de tal forma el dominio de sí mismo e intenta hacerse perdonar. Manuel no piensa intervenir, ¡qué va!, que se las arreglen solos; aunque no deja de sentir pena por su amigo, claramente luce desesperado. Tiene la certeza de que pronto verá a una fiera para los negocios transformarse en un cordero en manos de la ahijada, acabará aceptando todo lo que la joven le pida con tal de contentarla. De seguro ella impondrá su voluntad y la

Academia del Sagrado Corazón no la recibirá en sus aulas, aun cuando sea lo mejor para ella, aun cuando deje creer a las religiosas que sí asistirá y el bueno de don Serafín deba después disculparse por haber dado marcha atrás. Si quiere obtener su propósito ¡el ángel guardián tendrá que tirar las alas y convertirse en demonio!

En fin, que no es asunto suyo y a él más le vale pensar en Juliana, no en Nicole, y prepararse para el encuentro con su prima y después para la visita a los Miller. Tendrá que ser prudente, no vaya a ser que a estos les pueda más el sentimiento patriótico que los negocios y vayan a delatarlo. Aunque le cuesta trabajo pensarlo, le consta que Mr. Miller ha dado siempre prioridad a sus intereses económicos. Manuel no deja de estar pendiente de la joven criolla, ahora está muy callada, sin duda ahora planea lo que va a hacer y decir en seguida. Ojalá sea razonable, si se comporta indebidamente le dificultará pedir después a las religiosas que llamen a su prima, y el encuentro con el que lleva años soñando se realizará en un ambiente de tensión. Decide suplicárselo como un favor especial, pero es tarde, el carruaje ha parado, perdió la oportunidad.

La hermana tornera los hace pasar a la oficina de la superiora, quien les dice que recibió el mensaje de Mr. Fernández y le dará mucho gusto admitir su pupila como alumna en la Academia del Sagrado Corazón; estará muy contenta, no solo aprenderá mucho, sino tendrá amigas de su misma edad. Les ruega que aguarden, ha hecho llamar a *Sister* Louise, quien será la maestra de Nicole, así podrán conocerla y conversar sobre los detalles.

Manuel ve entrar en ese momento a una monja de edad mediana, aunque el cabello que deja ver el tocado es ya totalmente cano, pero el paso es vivaz y la mirada luminosa. Irradia autoridad, aunque sonríe con afecto a la futura alumna, de modo que con su presencia consigue lo que unos minutos antes parecía imposible: que Nicole afloje el ceño y responda con amabilidad. Tal parece que se ha impedido el drama que de seguro esta pensaba representar, pues responde a las preguntas con cortesía y calla su firme resolución de no encerrarse en una escuela donde “se le estropeará” la vida.

Y menos mal que guarda la compostura —como dice doña Rosa, la ropa sucia ha de lavarse en casa—, hay que reconocer que sabe comportarse pues vuelve a ser la dama dulce y suave que avistó en la catedral de Nueva Orleans. Sabe cómo. Por la cara de complacencia que muestra don Serafín, apostaría a que él mismo cree que a su ahijada le han gustado el lugar y las monjas, y aceptará quedarse por algún tiempo. Manuel recela, basta con prestar atención a la mirada de Nicole, a su manera de cruzar los brazos contra el pecho para percatarse de que en realidad están siendo testigos del excelente desempeño de una gran actriz quien, además, sabe bien

cómo jalar del mecate para imponer sus condiciones. Cuando el padrino ya no aguante más sus desprecios, a todo accederá el buen hombre con tal de que las cosas entre ambos vuelvan a ser como antes.

Manuel se dice que, debajo de la suavidad que por lo general muestra, Nicole posee un carácter recio y la única forma de conseguir su entrada a la academia sería a golpes. Él se los propinaría con gusto aun cuando después tuviera que hacerse perdonar a besos, pero ¡cómo se le ocurre siquiera pensarlo!, si a una mujer "no se la toca ni con el pétalo de una rosa". Además, ella es apenas un incidente, no el amor de su vida, menos cuando en unos minutos verá a su prima.

No debe intervenir a pesar de que lo hace sentir incómodo eso de ser testigo de cómo el crédulo de don Serafín se ocupa en arreglar el ingreso de su ahijada, y asegura a las monjas, que esta se presentará el lunes siguiente, proveída con la ropa y los libros que las educandas requieren, mientras Nicole se limita a asentir, como si estuviera de acuerdo. Pero él solo debe pensar en Juliana, ¡su Juliana! ¿Cómo se habrá sentido recién llegada a Nueva York y tan sola, lejos de la patria? ¿Quién le compraría o encargaría lo que pide la escuela? Tiene entendido que casi de inmediato dejó la casa de los Miller. Lo más probable es que fuese Mrs. Miller la encargada de adquirir lo necesario. De seguro que su marido no sabría ni dónde comenzar a hacerlo.

Manuel se sorprende ahora avanzando hacia la salida de la escuela con *Sister* Louise, se abstrajo demasiado y aún no le ha pedido que le permita ver a su prima. Debió hacerlo antes y acaso ya sea tarde, don Serafín y Nicole están tan metidos en lo suyo que no le tienden la mano. Ha de interrumpirla, pero la religiosa se ve tan contenta mostrándoles los extensos jardines que le apena interrumpirla, ahora ella apunta orgullosa hacia los botones rosados en las ramas de los árboles de cerezo y los brotes de colores asomando en las rosas y los tulipanes. No importa, ¡tiene que hacerlo!, de manera que se le acerca y camina a su lado, es el momento, la religiosa parece darse cuenta de que algo quiere decirle, por fin puede preguntarle por Miss Ortiz, la joven mexicana que estudia allí desde hace más de dos años, su familia dejó de recibir noticias de ella al inicio de la guerra y está muy preocupada. Justo entonces, entra a su rescate el ángel guardián, quien inventa que "Mr. Mateos" es sobrino suyo por el lado materno, nacido en Madrid, pero que por el lado paterno es sobrino del padre de Juliana Ortiz, quien conoció a su difunta prima cuando viajaba por España, de ahí su interés por la joven.

Por la expresión del rostro de la hermana, a Manuel le resulta claro que la religiosa no entendió nada, se teme que su inglés no haya

sido muy claro, pero por fortuna no indaga más pues ella responde con ímpetu: "*Oh, yes! The dear girl is such a brilliant student and so affectionate!*".

En ese momento, Manuel siente que su corazón grita, grita tan fuerte que teme que el estruendo no le permita oír lo que sigue, todos atienden expectantes a las palabras de la monja. Él nada más espera a que termine de hablar para rogarle que haga llamar a Juliana, por favor, que lo haga de inmediato. En definitiva, la verá. ¡Es tanto el tiempo transcurrido que apenas puede creer que el momento tan esperado se halle próximo!

Sister Louise no cesa de hablar, no le da ocasión de intervenir. Y las palabras que ahora escucha le apagan el corazón. Dice haber lamentado mucho que la *dear girl* tuviera que marcharse. Su tutor había llegado por ella y explicó que no podía hacerse cargo del pago de las colegiaturas mientras el padre de *July* no enviara el dinero y que la hospedaría en su casa en tanto no pudiera devolverla a México. La madre confesó que había sentido una gran tristeza. Manuel percibe el silencio a su alrededor en tanto que él se hunde en un marasmo. No comprende bien; el tío Ignacio le había advertido que Mr. Miller era un tacaño, de donde su inquietud para que él llevase la plata, pero jamás pudo imaginar que lo fuera tanto como para sacar a Juliana de la academia. ¡Vaya! ¡Si Miller & Co. se ha visto más que favorecido por la relación mercantil con Ortiz Hnos. y el comerciante conoce perfectamente no solo la solidez, sino la probidad de la casa mexicana, sabe que su liquidez es sobrada y que todo lo que hiciera por la joven se le devolvería con creces!

Trata de decir algo, no puede, está asustado, se pregunta cómo está su prima, ¿se hallará en prisión por ser mexicana? ¿habrá sido capaz de entregarla Mr. Miller? ¡Aunque eso sería mejor que imaginarla en las calles pidiendo limosna o…! No puede ser, es mejor que salga del marasmo que amenaza con engullirlo completamente. Las palabras se le han atorado en la garganta, los rostros y el jardín y sus acompañantes se le tornan borrosos. Nicole se acerca y lo sostiene mientras le pone un pañuelo perfumado debajo de la nariz, *Sister* Louise lo mira consternada, oye a don Serafín pedir un vaso de agua, no es necesario, ya se siente bien.

Tal parece que la religiosa se ha percatado de que fueron sus últimas palabras las que provocaron tal reacción. Lo mira extrañada mientras lo hace sentar en el pretil de una fuente cercana y le humedece la frente con el pañuelo de Nicole, agregando con apuro que no ha de preocuparse demasiado por Juliana pues la *dear girl* vive con los esposos Miller, ha venido a visitarla varias veces, tiene buen ánimo y ocupa su tiempo en leer y escribir, aunque eso sí le preocupan mucho los sucesos en México, los sigue con gran atención

pues teme por los suyos. Y remata: "*She's even trying to send letters…",* se detiene, pero continúa de inmediato: "…*to her family without having luck"*.

Manuel respira más tranquilo, su corazón se sosiega y logra ver con nitidez los rostros y el jardín. No sabe qué decir, se siente confundido, pero no quiere marcharse sin saber más. Nicole lo rodea con el brazo, lo alienta a preguntar, pero justo en ese momento, un don Serafín estupefacto exclama en español olvidando que la religiosa no lo habla: "Pues ¡qué cruz! ¿Quiénes coño se creen esos Miller que han sacado a la chica del convento?".

Para vergüenza de Manuel, Nicole pierde el dominio de sí misma y en un francés salpicado de creole responde con enojo, dando así paso al segundo acto del drama iniciado esa mañana, sin que él pueda salvar la situación.

—*Mais il est évident! Monsieur Miller est un avare… Et la pauvre fille, contrainte à vivre avec l'ennemi, enfermée, sans rien savoir de sa famille!*

—¿Ha dicho que la niña viene a visitarla? Vamos a ver, ¿viene sola? ¡Una joven no debe salir sola! Os lo prohíbo, Nicole: no saldréis más que con una de las hermanas.

—*Ova by ma Mamma's!*

—¡A callar mocosa! Tenéis que obedecer.

—*Mais, il faut que vous pensez mieux à la malheureuse Julienne. Lire et écrire et souffrir tout le temps pour son pays, mon Dieu, ça doit le faire du mal!*

Manuel desespera por meter baza y más porque la religiosa intenta despedirse, por fin se las arregla para articular un "¡Basta!" que calla a sus amigos y detiene a la religiosa, a quien le sonríe y dice que han de marcharse, no deben quitarle más tiempo, aunque si se lo permite él podrá volver y conversar a solas con ella, con tranquilidad.

Se ve que *Sister* Louise se siente aliviada y la oye responder que *"Yes"*, lo recibirá con gusto, si le parece, el domingo. Lo invita a la misa de las 11 a.m., tendrán después un rato para charlar. Aunque en realidad ya le contó lo que sabe, más bien espera que él le lleve noticias de su *very dear student*, quizá pueda ir con ella misma.

Don Serafín y Nicole no solo han enmudecido ante su firme intervención, sino que ruborizados hasta las orejas lucen muy avergonzados. De ahí que se limiten a inclinar la cabeza para despedirse, guarden silencio y nada más digan adiós al llegar a la celosía, después de que la hermana tornera quita el barrote de hierro que impide el acceso a los intrusos.

El carruaje los aguarda frente a la puerta. Lo abordan, el español ordena al conductor que los lleve a la calle Bloomington, los invita a comer en el Abbey Hotel, sabe que el propietario es un

excelente cocinero, está seguro de que les va a gustar. Después, para distraerse un poco podrán ir al circo de Barney, le han comentado que es muy bueno y tienen tiempo para asistir a la función vespertina. Dice a Manuel que ese día ya no encontrarán a Mr. Miller en su negocio, que entretanto la diversión lo ayudará a calmarse y a que el tiempo pase más rápido y que la mañana siguiente, a primera hora, lo acompañará a la calle South. Dibuja luego una sonrisa tímida hacia Nicole, es como si le tendiera una rama de olivo, ella la toma pues acepta condescendiente la invitación, tal parece que siente hambre y desea ir al circo, acaso por lo pronto haya desistido de la batalla, sabe que, a la larga, ganará la guerra.

Diez de la noche

Primo adorado, ¡fue tu risa la que me hizo saber que estabas allí, entre el público! No podía creerlo; el corazón me latió de tal modo que sentí que se me iba a romper y preferí detenerme y respirar hondo para apaciguarlo. Y cuando temerosa de haber sufrido un ofuscamiento me animé a mirar a quien osaba reír como tú (así lo pensé en ese momento) y descubrí que nada había imaginado, allí estabas, en el mismo salón donde Tom Thumb hacía su acto y también estaba yo, ¡sentí que desfallecía! Volví a mirar: ¡mi querido Manolo se hallaba ahí, a unos pies de distancia! Quise entonces colarme entre los asistentes, ¡pero no me atreví! Seguí caminando, maquinal, lentamente, mientras pensaba que lo mejor era que aguardase al final de la función para acercarme y abrazarte, te esperaría entre los "monstruos" (como ahora los llama Katie) del Museo Americano.

Lo cierto es que no tenía cabeza para verlos y lo que alcancé a observar de la sirena FeeJee fue suficiente para revolverme el estómago, y de solo evocarla siento lo mismo. Aunque no quedó en esto, ¿sabes?, pero no te diré lo que siguió de inmediato, sino dentro de unos párrafos, así te obligo a seguir leyendo. Resígnate, Manolo mío, he decidido registrar mi experiencia de hoy por la tarde detalle a detalle, quiero tener la memoria de todo (menos el relativo a la sirena) y de esa manera dar continuidad a la mezcolanza de cartas-diario que he venido dirigiéndote y que James iba a entregarte una parte personalmente. Pero también lo hago porque, como te he dicho en múltiples ocasiones (lo siento), escribir me da sosiego, me deja ver las cosas con mayor claridad, ¡además de que así corre más ligero el tiempo de espera y olvido mis miedos en lo que llega mañana y vienes a visitarme, ¡y ojalá a llevarme contigo!

Pues bien, los sucesos de esta tarde llenaron mi ánimo de alegría y a la vez (lo admito) de temor, de un doble temor, uno por mi salud y el otro por el motivo que te ha traído a Nueva York, justo en

este momento, cuando nuestro país necesita de cada uno de sus hombres y muy a pesar del riesgo que implica haber entrado en territorio enemigo. ¿Les pasó algo a papá o a Toño y has preferido decírmelo en persona? ¡Eso sí que no puede ser! Se los he encomendado tanto a mi Virgencita de Guadalupe que sé, y me lo repito una y otra vez, que ella no me va a fallar.

Para colmo, y pese a las esperanzas forjadas por mi descubrimiento de ayer, algo nubla mi felicidad, y es la razón por la que no pude salir a tu encuentro y ha llevado a Mr. Miller a ordenarme a guardar cama y enviar un recado al Dr. Johnson (el médico de la familia), para que me visite mañana. Por más que le insistí en que mi desmayo era producto de una indigestión (no dije "del estómago", pues aquí es de mala educación pronunciar tal palabra), Katie se atrevió a enterarlo de que, desde hacía tiempo, yo vengo estando mal. Como comprenderás, en ese momento quise matarla, recordé aquello de que "el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones", pero sé bien que lo hizo por cariño y no le reclamaré nada, amén de que a mí también han comenzado a preocuparme estos malestares. Más vale que de una vez por todas averigüe de qué se trata y tome las medicinas que tenga que tomar para curarme.

Aunque trataré de no adelantar vísperas, y en lo que me da sueño y llega mañana, he de ocuparme con este relato. Inicio con que Mr. Miller cumplió su palabra y el carruaje vino a recogernos a Katie y a mí a la hora indicada. Sobra decir que estábamos listas, ambas vestidas de domingo y con el entusiasmo que a cualquiera (digo yo) ha de causarle la promesa de una función de circo. Sin que la dueña de la casa siquiera asomara (así de crispada debía de estar), abordamos nuestra carroza de cristal y como dos Cenicientas con permiso para disfrutar del baile hasta las doce, nos dirigimos al Museo Americano. Reíamos como tontas, tal era nuestra emoción que semejábamos un par de bobas; desde el pescante, Larry tuvo que preguntarse si no habríamos perdido la razón y no sería mejor llevarnos al manicomio.

Exagero, lo sé, pero no desesperes. Larry es tan respetuoso que jamás pensaría mal de alguien que, si bien no es su patrona, tampoco pertenece a la servidumbre. Pero además es una buena persona; a Katie, por ejemplo, la trata con cortesía y una vez lo vi sofocarse y apretar los puños al oír a Mrs. Miller gruñir a mi irlandesa. Si bien ahora se me ocurre (¡no lo había considerado antes!) que, en una de esas, él pudiera tener otro interés. ¡Aunque tiene como veinticinco años! En fin, el hecho es que condujo la carroza con esmero, pero a gran velocidad, impulsó a los caballos cuál si tuvieran alas y, cuando me percaté, ya había tomado por la Avenida Broadway y se acercaba,

se acercaba, se acercaba cada vez más al circo. ¡Llegó! ¿Puedes imaginarte cuán grande era nuestra emoción?

Katie sacó entonces la cabeza por la ventana y al ver la manta donde Mr. Barnum anuncia el espectáculo y aparecen Tom Thumb, la mujer barbuda y los hombres mono se llevó las manos a las mejillas y gritó: "*My God!*" (y yo para mis adentros: "*¡Dios mío!*"). Luego abrió la puerta con brusquedad, pareció dispuesta a dar un salto mortal hasta la entrada, pero se lo impidió nuestro muy eficiente Larry, quien ya había descendido del pescante y puesto el escabel a sus pies. Más roja que una manzana, mi digna acompañante tuvo que darle la mano y descender con calma, como toda una princesa. Seguía yo, pero el animoso caballero se hallaba tan absorto en su dama que se olvidó de ayudarme. Cuando se dio cuenta, el color rojo también lo cubrió, lo cual reitera mi impresión de que algo sucede entre ambos de lo que no me había percatado.

¿Sabes? Me enteraré pronto. Y la verdad es que me gustaría mucho que entre ellos hubiera algo. Hoy mismo, cuando la señorita Misterios traiga la taza de té que ofreció traerme para que lo tome antes de dormirme, la interrogaré a fondo. Por lo pronto, sigo refiriéndote la ida al circo. Resuelto el descenso, ambas nos dirigimos a la entrada. Y de nuevo perdona la minucia con que describo lo que mañana mismo podría contarte en persona, pero no quiero olvidar nada (ya sé, repito y repito), además de que conozco muy bien que si intento platicártelo acabarás por desesperar con los detalles, insistirás en que vaya *al grano* (otra de tus expresiones favoritas).

Sigo pues con que a la entrada nos recibió un arlequín, como los que desfilan en Veracruz durante Carnaval, se inclinó ante nosotras con elegancia, nos pidió los boletos y nos guio, pavoneándose, hasta una sala ataviada con colgaduras rojas, donde nos indicó cuáles eran nuestros asientos y aguardó… aguardó con la mano extendida y sin la menor discreción, hasta que saqué un centavo del monedero, que sin duda le pareció muy poco, pues se retiró muy indignado. Lo lamento; aunque ahora tengo más dinero, lo quiero estirar, estirar… ¡no sea que el demonio vaya a pasar!

La verdad es que olvidé al susodicho tan pronto se marchó. Era tal mi excitación que lo único que pude hacer para calmarme fue respirar profundo y dar la mano a Katie, quien debía de sentirse como yo, pues volteó a mirarme con una sonrisa. ¡Si su patrona nos hubiera visto! Aunque las ínfulas existen en todos lados, ¿no crees, primito? Si somos honrados, tendremos que admitir que, de saber que la Srita. Ortiz, ¡la mismísima hija de don Ignacio!, fue al teatro en compañía de una criada de su edad, a quien trata como si fuera una amiga, "sin darse su lugar", algunas señoras jalapeñas me convertirían en el centro de su cotilleo sin jamás aceptar y menos entender mi generosidad.

Poco después de tomar asiento, se apagaron las lamparillas y nos quedamos totalmente a oscuras. Nuestras manos se apretaron ansiosas, pero se aflojaron en cuanto, justo sobre el tablado, la luz se enfocó sobre la pista, rodeando a siete personas (padre, madre e hijos), todas vestidas con traje negro y bordado con hilos de plata, largos cabellos blancos cayéndoles sobre la espalda y los ojos. ¡Virgen de Guadalupe, qué espanto! Los ojos rojizos y fruncidos, como de conejo, ¿no es cierto? La visión me pareció aterradora y aun cuando The Albino's Family mostró estar formada por talentosos saltimbanquis y malabaristas, según Katie "muy buenos", yo me negué a verlos. Cerré los ojos con fuerza, no solo porque me resultaron espantosos, sino porque recordé que en nuestra tierra dicen que topar con un albino es de mala suerte y, sea o no sea verdad, no quise arriesgarme. ¡Siete son demasiados!

Reconozco que luego me divertí más: el acróbata, el saltador, sobre todo el volantinero que me quitó el aliento; a cada momento temí que se cayera y, cuando su acto terminó, di gracias a Dios. ¡Y qué me dices del domador de fieras! Estoy segura de que tú no sentiste miedo (como nosotras) cuando puso una jaula frente a todos y dijo que, en cuanto alzara la manta, saldría Mr. Lion, el rey de la selva, recién atrapado en el África negra y además perteneciente a una especie señalada por su ferocidad. Tuve ganas de salir corriendo, pero intenté no moverme ni un ápice, ¡no fuera a suceder que la bestia nos saltara encima! Desde luego, cuando vi el león tan pequeño y asustado que asomó y salió arrastrándose fuera de su encierro obligado por el dueño, sentí gran alivio y me reí. Semejaba un gatito al que habría querido acariciar y ofrecer un poco de leche; lucía famélico, ¿estás de acuerdo?

Por fin llegó el momento que tanto esperé. Detrás de unos cómicos de cara pintarrajeada y pelucas coloridas, el famoso Tom Thumb avanzó gallardamente, disfrazado de emperador Napoleón, al parecer creyéndose el general en jefe de las fuerzas conjuntas de Francia y la Europa conquistada. Y en ese momento me asaltó el recuerdo de Quinzuñas, de cómo le daba por imitar a Bonaparte sin temor al ridículo. ¿Sabes? Me invadió una sensación de náusea; aunque me dije que el pequeñín que desfilaba delante de mí era solo un actor que deseaba divertir al público, el malestar continuó, me faltó el aire y tuve a la vez deseos de llorar de tristeza por la distancia y el tiempo que llevo separada de los míos, y porque, justo ahora, cuando corren un gran peligro, estoy muy lejos. ¡Jamás podré olvidar todo el daño que ese hombre me ha causado y me sigue causando!

Para mi infortunio, el espectáculo parecía alargarse, Tom Thumb iba y venía incansable en medio del estruendo de los tambores y las trompetas que tocaban con fuerza. Llegó un momento en que no

lo soporté más y decidí alejarme; mas, como Katie se veía feliz, le susurré que iba a adelantarme para recorrer con calma el Museo Americano, antes de que al término de la función el público se arremolinara para contemplar a los "monstruos". Ella, embebida en el espectáculo, asintió sin protestar (ahora lo lamenta pues dice que no debió dejarme sola).

Fue entonces, como dije al inicio, cuando vi a mi querido Manolo riéndose de Tom Thumb, cerca de una hermosa joven, que le susurraba algo al oído. ¿Quién es ella? ¡Pronto lo sabré! Entretanto me pregunto si el retraído de mi primito encontró a la mujer de su vida. ¡Dímelo! ¡Eso me haría muy feliz! Feliz por ti, pues así te quiero, como lucías ayer cuando te vi, pero además (lo admito) porque alivia mi culpa. De esto tendremos que hablar muy pronto.

Pero antes de pensar en todo esto, lo que quise fue gritar tu nombre, meterme en la fila de asientos (aunque obligara a los caballeros a ponerse de pie y pisara los pies de sus damas) y confundir en un solo abrazo todos los abrazos que no nos hemos dado desde hace más de dos años. Pero no tuve arrestos para interrumpir la función y despertar la ira del público. ¿Te sorprende que no lo haya hecho como tal vez lo habría hecho antes? Sabes, ya no soy la niña atontada que conociste, sino la mujer que se hizo prudente por la vía del sufrimiento y, ¿por qué no?, del amor. Si bien la verdad sea dicha, ahora me arrepiento de haber sujetado mi impulso; de no haberlo hecho, ahora estaríamos juntos.

Decidí pues aguardar al fin de la función para acercarme y, mientras salía de la sala, me acometió un montón de preguntas, que aún me acomete y ahora te hago: ¿qué haces en Nueva York?, ¿cuándo llegaste?, ¿has venido a buscarme?, ¿le sucedió algo a papá o a Toño?, ¿con quién estabas? Perturbada, entré en el Museo de Mr. Barnum sin prestar atención a los "monstruos". Muy abstraída, de súbito topé con un gran letrero, allí, a un lado, estaba FeeJee, la "hermosa" sirena que tantos deseos tenía de admirar. Avancé hacia ella lo suficiente como para descubrir que mi presunta princesa del mar no es más que una masa repugnante, un cuerpo momificado, el engendro de un mono y un pez. Me causó tal asco que retrocedí bruscamente mientras todo me daba vueltas. Lo único que recuerdo es que me las arreglé para correr hacia la calle, nada más.

Desperté en el carruaje al que (me contó Katie) un alarmado Mr. Miller, quien por suerte llegaba en ese momento, me llevó en brazos con ayuda de Larry, sin poder reaccionar sino hasta que ella me obligó a oler el vinagre de un frasco (¡tendrá que decirme luego cómo lo consiguió en ese lugar!). No sé qué me sucedió, pero juro que jamás volveré allí; tan solo de recordar a la susodicha FeeJee siento de nuevo una gran náusea. Lo malo es que ahora he recibido órdenes

estrictas de no levantarme hasta que llegue el médico, quien ya mandó a decir que vendrá hacia el mediodía. Tendré paciencia; a estas alturas, también yo quiero saber qué padezco. Así, cuando tú llegues me encontrarás, no curada, pero sí más tranquila.

Es tarde y tengo sueño. Katie toca a la puerta y confieso que me faltan fuerzas para interrogarla sobre Larry. Lo haré después, por lo pronto nada más voy a tomar el té y a dormirme, pensaré en James. Así mañana y tú, mi queridísimo Manuel, llegarán más pronto.

Marzo 25, 5.30 p. m.

Ya está oscuro y apenas son las cinco y media de la tarde. A Manuel le deprime que oscurezca tan temprano y con añoranza piensa que, en Jalapa, ya debe sentirse la primavera. Sin embargo, las noticias de la derrota en el norte y la retirada emprendida por las tropas del general Santa Anna han de amargar los días de todos. Peor aún la certeza de que, en cuanto se acaben de reunir las tropas y la flota de Estados Unidos entre a Veracruz, el puerto será asediado y seguramente no tardarán en tomarlo. ¡Los heridos y los muertos serán múltiples!

Manuel piensa que no debería haber comprado el *Herald* y menos todavía leerlo, aunque si él, estando al otro lado del mundo y muy lejos del frente, está sufriendo por los sucesos, a su tío le será más difícil soportarlos. Y es que, si Ulúa cae y los americanos deciden avanzar del puerto al interior, a saber qué desmanes podrán cometer en Jalapa que está en el paso. Para colmo, lo ha de abrumar el temor por Juliana y por él, ambos en medio del enemigo, y también por Toño, pues el diario dice que en la Ciudad de México ha habido enfrentamientos entre los batallones de la guardia nacional y su primo es tan aturdido que, de seguro, a la hora del combate se pondrá en primera línea. Don Ignacio Ortiz está tan solo. Lo malo es que el orgullo le impide aceptar la amistad de su madre, doña Rosa. De hacerlo, ahora se darían apoyo y consuelo el uno al otro. Espera que por lo menos cumpla con la palabra que le dio de ayudarla cuando él accedió a viajar a Estados Unidos.

De pronto será mejor olvidarse de lo que no está a su alcance corregir y planear la reunión que en un rato más tendrá con Mr. Miller. Sobre todo, el encuentro con Juliana. ¿Qué va a decir a su prima? ¡Con que ahora Nicole y don Serafín aparezcan a tiempo y en paz! Si bien desde la función de circo, las cosas lucen más apacibles entre ahijada y padrino, quienes al advertir su zozobra después de la cita de la mañana en Miller & Co., han actuado con prudencia, como respetando su estado de ánimo. Confía en que pronto asomen; no quisiera hacer esperar el carruaje que Mr. Miller ofreció enviar para

llevarlos a Gramercy Park.

—¡Mira que es un barrio elegante! —exclamó el español al salir de la agencia en la calle South—. ¿No dijo que sus negocios se han visto muy afectados por la guerra?

¡La guerra! Manuel no quiere pensar en ella, lo que ahora le interesa es pedir cuentas al socio de su tío, una muy buena explicación de por qué rayos Juliana no sigue en la escuela y exigirle —sin vuelta de hoja— que la regrese o se la entregue de inmediato. ¡A él no le basta con eso de que el comercio anda mal! Es mucho lo que Miller & Company ha ganado gracias a Ortiz Hnos.

Hay que reconocer que en la reunión que tuvieron, Mr. Miller, como buen hombre de negocios, supo evadir hábilmente su responsabilidad, desviando su atención a la inquietud por la salud de su prima e informándoles que el médico iría a revisarla después del *lunch*, si bien por lo menos les aclaró que parecía ser algo sencillo y que su esposa la cuidaba con esmero. La mala noticia le impidió presionarlo más, porque esa tarde irán a visitarlos; antes de cenar —ofreció— podrían tomar una copa y, si la joven estaba mejor, conversarían con ella.

¡Allí están! ¡Puntuales! Sin duda respetuosos, sus buenos amigos llegaron a tiempo y al parecer están contentos, ninguna tormenta se discierne en el horizonte. Su ángel guardián le palmea la espalda y Nicole le dedica una sonrisa coqueta, que lo sacude. ¿Qué va a hacer al respecto? La muchacha se encariña cada vez más con él y no se cuida de disimularlo. Durante la función de circo fueron varias las veces que se le acercó indiscreta proponiéndole al oído que la ayudara a no ir a la escuela, así podría quedarse con él; la pasarían muy bien juntos. Lo malo es que su padrino se da cuenta y se hace el disimulado. Y él también, lo reconoce: se siente cada vez más atraído hacia ella. ¡Por Dios, no debe dejarse tentar! Ni con el pensamiento puede fallar a su prima. La ventaja es que está por reunirse con ella y esto pondrá las cosas en su sitio esa misma noche. Nicole tendrá que aceptar los hechos y él dejará de desear lo que no puede desear.

Ahora es el carruaje de Mr. Miller el que demora en presentarse. Ya pasan de las seis quince y el carruaje no aparece. Aunque don Serafín diga que hay que ser pacientes pues pronto llegará, le extraña la impuntualidad si aquél les aseguró que estaría a la hora exacta y si algo distingue a los americanos es justamente su formalidad. ¿Y si se accidentó y no puede acudir? ¿O si Mr. Miller no lo envió para evadir el asunto? ¡Imposible pensarlo! Lo peor sería que Juliana hubiera decaído y esto obligara a los Miller a olvidarse de la cena. Manuel decide que, sea lo que sea, él tendrá que averiguarlo, de ningún modo pasará otra noche en vela. Aguardará otros quince

minutos, nada más; toma el *Herald* para distraerse, aunque es absurdo intentarlo. Quince minutos. Si el carruaje no llega, buscará uno de alquiler o tomará el ómnibus o caminará cuanto sea necesario. Que el español y Nicole decidan si lo acompañan o no. ¡Esa misma noche Manuel y Juliana Ortiz volverán a reunirse!

· 8 ·
ENCUENTRO

Mayo 4, 1847, diez de la noche.

¿Cómo ordenará su vida en adelante? Manuel se ha percatado dolorosamente de que su método parece haber dejado de servirle; ante el alud de graves decisiones que debe tomar, sosegarse, reflexionar y al final proceder no le alcanzan ya para dar dirección a su existencia y él, cuyo transcurrir —en comparación— ha sido siempre como un mar tranquilo, sin un gran oleaje, ahora no logra protegerse del temporal. Y es que por más que repasa sus inquietudes y se cuestiona sobre el rumbo a seguir, las ventajas y las desventajas de cada uno se le confunden. Es como si se hallara en un barco en medio del golfo, indefenso ante la fuerza de las olas y el viento.

Por lo pronto, lo único que va a hacer es tratar de dormir; de algo le debe servir el té de azahares que le preparó Nicole antes de darle las buenas noches. Su dulce Nicole, ¡cómo quisiera estar con ella!, pero don Serafín acaba de retirarse y si se da cuenta de que están juntos podría molestarse, ya se ha hecho bastante de la vista gorda y Manuel no quiere abusar. Debe dormirse pronto pues temprano por la mañana Katie los llevará a casa de su madre y es de esperarse que la jornada sea intensa. Menos mal que, si bien aún falta media semana para que sea domingo, Mr. Miller la autorizó a salir, dadas las circunstancias y que su esposa no necesita de una compañía tan constante.

¡Mrs. Miller! El cambio entre el espantajo que los echó de la casa y la dama vestida de negro y cubierta con un velo que los recibió en el funeral del hijo fue el de la noche al día. No solo la mujer lucía impecable, hasta elegante, sino también serena. Mr. Miller les explicó que después de la visita de su pastor se había mostrado más resignada, en particular porque este les hizo ver que James dio la vida por su país y la cristiandad y ambos tenían que sentirse muy orgullosos por eso.

Mientras da vueltas y más vueltas en la cama, sin que el té de azahares obre los prodigios que le prometió Nicole, Manuel lleva sus pensamientos la guerra que por lo visto México está perdiendo. Por más que los militares y los políticos juraron que llevarían a la patria al triunfo, es claro que mintieron, lo único que les preocupaba y les preocupa aún es defender sus intereses de partido, no el bien común. En cambio, ahí, en Estados Unidos, todos parecen estar de acuerdo.

Vaya, si hasta los clérigos apoyan la que a todas luces resulta una invasión injusta e incluso desde el púlpito la proveen de un manto de santidad.

Y es que tal parece que en Estados Unidos nadie se cuestiona sobre la justicia o la injusticia de la guerra; todos culpan a México del conflicto. También los Miller, con quienes no piensa discutir; no solo por respetar su dolor, sino porque, después de todo, Mr. Miller funge ante las autoridades como legítimo tutor de Juliana; aunque para los efectos el tío le haya suscrito a él un documento como legítimo tutor de su prima, dadas las circunstancias bélicas carece de valor legal y él no lo mencionará a manos que sea estrictamente necesario.

Lo bueno fue que las palabras del ministro sirvieron por lo menos para calmar a Mrs. Miller a tal punto, que Manuel se tranquilizó en cuanto la vio. Él había decidido asistir al servicio fúnebre al recibir la invitación orlada de negro, pero pensaba alejarse al menor signo de rechazo pues no tenía el menor deseo de verse envuelto en un escándalo, mucho menos revelar a los asistentes su origen mexicano. Siendo la familia anfitriona muy reconocida en la ciudad, podría haber alguien que decidiera actuar en su contra, después de todo, en ese momento él era un adversario de Estados Unidos.

De cualquier modo, prefirió no acercarse a la mujer, aun cuando sus amigos, que sí lo hicieron, le aseguraron que su médico debió de haberle dado algún narcótico pues estaba aletargada, apenas podía repetir maquinalmente a quién le daba el pésame: *“Thank you, God bless you!”, “Thank you, God bless you!”*. ¡Pobre mujer!, por más que hubiese tratado mal a Juliana, perder al hijo, siendo este el único, es sin duda una gran desgracia.

Manuel recuerda cómo, justo al final del servicio, Katie se le aproximó y pidió hablar a solas. Sorprendido pues no esperaba que la joven se acercara —más bien quería evitar que se escabullera otra vez —, la tomó del brazo y, tan discretamente como pudo, la empujó hacia un rincón. Allí, jamás lo olvidaría, al lado del gran reloj detenido en la hora en que —supuso Mr. Miller— James había muerto, la irlandesa le dijo lo que Nicole y Mr. Wallace sospechaban: ella sabía dónde estaba su prima. Aseguró en seguida que su madre había dado albergue a Miss July y, si no lo dijo antes, fue porque la Miss se lo prohibió, pero que esa mañana, cuando Mrs. McClellan llegó a preguntar por qué no había ido a verla el domingo anterior, también le dijo que la Miss no se lo prohibía más, que le rogaba que hablara con su primo y de su parte le pidiera que, tan pronto como pudiese, fuera a recogerla.

En ese momento Manuel había sentido que el cielo y el infierno se abrían a la vez y que no tenía la menor idea de a cuál deseaba ir.

No preguntó a la chica los motivos de su prima para no querer decirle dónde estaba ni cómo Juliana estaba al tanto de su estancia en Nueva York —aunque pudo concluir después que Katie misma se lo contó—, en ese instante, solo atinó a indagar la dirección de la madre. Katie respondió que Mrs. McClellan vivía en Five Points, pero que el señor no podría llegar solo y menos de inmediato pues ya estaba oscuro y resultaba peligroso, ella tendría que llevarlo y no podría ser sino hasta el siguiente domingo, gracias a que el patrón había prometido a su madre reponerle el descanso que perdió. A Nicole, quien al parecer felizmente posesiva se había acercado a oír la conversación, se le ocurrió entonces llamar a Mr. Miller y pedirle que permitiera a la muchacha salir a la mañana siguiente. Y de nuevo, bendita sea Nicole, pues él estaba atontado y no sabía qué hacer.

Todo se arregló con gran facilidad. Manuel ahora tendría que estar más que contento pues por fin va a reunirse con Juliana y, desde luego con la ayuda de don Serafín, podrá arreglar la pronta vuelta de ambos a México, pero no siente el menor entusiasmo y, tal vez por eso, no puede dormir. ¡El cielo y el infierno! Porque el hecho es que no deja de pensar en Nicole, Nicole dormida, Nicole despierta, Nicole posesiva y acaso suspicaz, Nicole respirando de manera pausada y con los labios entreabiertos, Nicole con los cabellos oscuros desordenados y sueltos sobre la almohada, Nicole, su Nicole, no quiere dejarla atrás, sino llevarla consigo, estar siempre a su lado, contemplándola. ¿El cielo o el infierno? ¡Qué difícil elegir cuando para él todo se ha trastocado en un instante, cuando la gloria equivale a las tinieblas y las tinieblas a la luz!

Mayo 5, 1847

Es la hora. Katie no ha de demorarse en salir, ayer aseguró que estaría lista desde muy temprano y ya son las nueve de la mañana en punto. Manuel se repite el plan a seguir que diseñó en la madrugada, mientras daba vueltas y vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño: dirigirse a ese barrio de porquería —así lo describió don Serafín—, recogerla y llevarla después a la residencia del cónsul de España, donde hay recámaras suficientes para albergarlos a todos. Su prima nunca debió refugiarse allí, donde ni él ni Mr. Wallace ni Mr. Miller ni la policía iban a encontrarla jamás —don Serafín le dijo que la misma policía no se atreve a entrar en ese arrabal—. Luego, luego pensará en qué es lo que hará más tarde, tiene que hablar primero con Juliana y averiguar si el culpable de su triste situación está dispuesto a casarse con ella. ¡Quiera Santa Bárbara que así sea! Es la única forma de asegurar el bien y la felicidad de todos.

Allí está, menos mal que la muchacha irlandesa es puntual;

tendrá que sentarse arriba, en el pescante junto al cochero, ya en el carruaje no cabe ni un alfiler. Pero Nicole le dice que no, que puede ir junto a ella, al fin y al cabo, ambas son delgadas. Mr. Wallace está de acuerdo, puede acomodarse entre ambos. Miro a Nicole y miro que sonríe, me recuerda de esa manera que entre los seres humanos no existen diferencias. Y aunque no era esa la razón por la que envié a Katie al pescante, sino la comodidad de todos y la certeza de que ahí se sentiría más cómoda, me emociona la sonrisa que me dirige y accedo. Nada puedo negarle. Al ángel guardián, quien al parecer sí entendió mis intenciones, se le ilumina la cara, es como si le alegrara pensar que el mexicano se comporta con la misma o más debilidad que él ante su ahijada.

Nicole trata de hacer hablar a la muchacha y lo consigue sin mayor esfuerzo. Tal parece que a ésta no le cuesta conversar, ahora entiendo el porqué de su buena relación con Juliana, ¡si ambas son igual de dicharacheras! Con su curioso acento —que muchas veces se me dificulta entender— nos informa que mi prima vive con su madre, que es muy buena, y con sus dos hermanitos, que su padre murió al poco de haber llegado la familia de Irlanda, y que su hermano mayor, Hughie, se alistó como voluntario de Nueva York para ir a México a la guerra. Muestra congoja cuando cuenta que, desdichadamente, hace meses que no reciben noticias de él, que el ejército se niega a entregarles la parte que les corresponde de su salario, pues les dijeron que era un traidor. La voz se le quiebra cuando cuenta que si lo hallan lo van a ahorcar, por eso todos los días pide a Saint Patrick que lo mantenga con vida. Desde entonces, lo único que les ha dado tranquilidad es lo que Miss July les explicó y es que México es un país tan grande que de seguro Hughie podrá esconderse en cualquier sitio. La sonrisa le regresa al rostro al verlo asentir.

Manuel se pregunta si el hermano de Katie no será uno de los irlandeses que se enrolaron en las tropas del general Taylor para ir a luchar al norte de la república y que desertaron cuando se dieron cuenta de lo injusto de la guerra en la que combatían. De ser así, desea ardientemente que la predicción de su prima se haga realidad y que, cuando todo termine, el muchacho pueda volver a circular con libertad. El gobierno de México tendrá entonces que hacer un reconocimiento a esos jóvenes.

Katie guarda silencio cuando el carruaje enfila en una calle estrecha, a la que flanquean edificios que en el pasado debieron ser suntuosos y ahora ocultan su belleza no solo por la edad sino por el abandono en que se hallan. Conforme avanzan por el barrio, las construcciones se ven más destruidas y la travesía se vuelve accidentada pues la vía está llena de hoyos y el carruaje levanta tanto polvo que, para protegerse, se ven obligados a cerrar las ventanillas.

Han llegado, les indica la muchacha, se encuentran en Five Points. Y mientras saluda sonriente a quienes al paso del carruaje salen curiosos a las puertas y se asoman por las ventanas, agrega que falta poco para entrar en la calle Anthony, donde habitan su madre y sus hermanos.

¡Por fin! El cochero jala las riendas de los caballos para detenerlos y desciende para auxiliar a sus pasajeros a salir del carruaje. Ayuda a Nicole quien, en cuanto pone los pies en el suelo, se ve cercada por una multitud de niños que corren a recibirlos. Katie, que baja después, les grita algo ininteligible y ellos se alejan. No sucede lo mismo con los jóvenes que desde las gradas del edificio silban a las mujeres y les dicen lo que a él, por los gestos y las risotadas, le parecen expresiones soeces. Aunque no se animan a acercarse, tal vez porque no están solas, sino que tres caballeros las acompañan y que, como si se hubieran puesto de acuerdo, las rodean.

Manuel camina con decisión hacia el edificio y, conforme Katie penetra en el oscuro interior y los guía por unas escaleras en ruinas, siente que el corazón le late apresurado y su estómago se encoge ante el hedor que las invade, mezcla de col hervida, agua estancada y basura. En tanto avanzan y pasan de un piso a otro, la joven irlandesa señala cuatro o cinco puertas y les dice quienes viven allí: la familia O'Connell; los McCarthy, cuyo hijo mayor, Ryan, trabaja en una lechería y reparte la leche en las casas de los ricos; la viuda de Kerrigan, su esposo murió en el mismo accidente que su padre; la familia Sloan, cuando era pequeña ella jugaba con Mary, la octava hija —¡son doce mujeres! —, pero ahora ya casi no la ve pues trabaja también como sirvienta. Manuel presta atención pues quiere saber con quiénes ha convivido Juliana durante estas semanas, pero acaba por confundirse, percatándose apenas de que todos los apellidos son irlandeses y deben de vivir amontonados, pues no es posible que tras cada puerta se hallen tantas personas.

Su recuerdo de la extensa e iluminada casa del tío en Jalapa, con sus grandes corredores y el patio lleno de plantas y flores que perfuman el ambiente, se ve interrumpido cuando, de súbito, al llegar al penúltimo piso, Katie se pone un dedo sobre los labios y musita que allí viven los hermanos Fleming, son parte de la banda de los Conejos Muertos y les gusta molestar a los vecinos. Lo bueno es que es temprano y ellos duermen pues por lo general se quedan hasta muy noche jugando y bebiendo, cuando no aprovechan la oscuridad para cometer alguna tropelía. Manuel se pregunta cómo puede ser que en un solo edificio haya reunidas tantas miserias humanas y le agobia que su prima esté ahí. Si algo tiene claro en ese momento es que tendrá que marcharse de inmediato, lo quiera o no.

Una mujer colorada y rolliza vestida de negro asoma por el barandal de la escalera que desemboca en el último piso. Les sonríe,

aunque su rostro se ve cansado, como si hubiera pasado una mala noche. Katie la abraza y la besa amorosamente, luego la presenta con orgullo diciendo que es su madre, Mrs. McClellan. Esta los invita a pasar; se disculpa por lo reducido del cuarto, aunque de inmediato explica gallarda que por lo pronto les basta, cuando su hijo Hugh regrese del frente tal vez podrán pagar algo mejor, sobre todo porque los dos pequeños ahora tienen trabajo. Jala las tres únicas sillas existentes, les pide que tomen asiento, ella verá si Miss July está despierta porque durmió muy inquieta y apenas pudo conciliar el sueño al amanecer.

Pero Katie ya se le ha adelantado. Manuel oye que invita a su prima a levantarse, le dice que es tarde, que se ha vuelto perezosa, que llegó una persona a quien le dará gran alegría a ver. No se escucha ninguna respuesta, solo una pausa silenciosa y, seguidamente, se oye a la chica irlandesa decir que, si Miss July se siente mal, ella puede ayudarla a vestirse, sus visitas la esperan, son varios señores y una muchacha muy guapa, le van a gustar. Pero nada se escucha. Mrs. McClellan le dice estar preocupada; el día anterior, le contó a Miss July que Katie no había ido el domingo a visitarla porque el hijo de los señores Miller había muerto en México y estaban de duelo. Al escuchar la noticia, Miss Muly se había puesto blanca como una sábana, dio un grito y estalló en un llanto desesperado. Las lágrimas se siguieron de manera ininterrumpida hasta poco antes de la madrugada, cuando, por Dios misericordioso, al fin pudo quedarse dormida. Luego, al despertar, se sentó en la cama con la espalda contra la almohada y la vista fija en la pared, sin pronunciar una palabra, sin tampoco aceptar el té y el pan que siempre desayuna.

Un conjunto de emociones sacude a Manuel. De entrada, le asusta ver lo poco que Juliana ha venido desayunando; teme que sea lo único que Mrs. McClellan pueda ofrecerle y por la bondad que la mujer refleja en la mirada que hasta se lo haya quitado de la boca para dárselo a su prima. Pero su condición anímica le causa más espanto. Es evidente que el hombre que sedujo la inocencia de su prima se llamaba James Miller, quien se merece su odio, lo aborrecerá para siempre.

En ese momento, el rostro preocupado de Katie aparece detrás de la cortina y pide a Manuel que entre, tal vez si él le habla Miss July reaccione y acepte ponerse de pie. Él pasa, se siente aturdido, lo que había imaginado como un encuentro lleno de alegría ha cambiado en uno de gran tristeza. Está resuelto. ¡Aunque tenga que llevarla en brazos, Juliana saldrá de allí ese mismo día! ¡De inmediato! Aún no sabe a dónde, pero sí que tiene que estar con ella, sacarla de ese lugar y ayudarla a salir adelante. ¡Enfrentará todas las dificultades conforme se vayan presentando!

Mayo 5, 1847, diez de la noche.

Tal parece que ese rincón del jardín se ha convertido en el refugio donde puede encontrarse consigo mismo, además de que desde allí puede contemplar la ventana de Nicole, si bien ya no es más "la habitación de Nicole" pues Juliana la comparte con ella. Y eso que lo frustra, a la vez, le da tranquilidad, pues Nicole sabrá atenderla muy bien, no se le ha separado desde que la conoció por la mañana. Aun cuando el médico que trajo Mr. Miller lo calmó al explicarle que su prima había sufrido una fuerte impresión nerviosa y por eso estaba así; si se cuida se recuperará pronto, lo importante ahora es que guarde reposo, coma muy bien y piense nada más en el hijo que está por venir. Manuel sigue sintiéndose ansioso. Juliana no es más la muchacha rozagante e impetuosa de la que se separó pocos años ha, se convirtió en un espectro, está pálida, delgada y, encima de todo, hasta perdió las ganas de hablar. Ella, una de las mujeres más parlanchinas que conoce, se niega a pronunciar palabra. Solo a veces, y de repente, parece animarse, pero inmediatamente los ojos se le llenan de lágrimas y se suelta a llorar. Entonces, cae en ese terrible desmadejamiento del que nadie puede levantarla, ni siquiera él, a quien ella misma mandó llamar. Tampoco quiere comer; la única que consigue que pase algunos bocados es Mrs. McClellan, la mujer insiste e insiste hasta que finalmente lo logra. ¡La irlandesa es de verdad una gran persona! Se nota que le ha tomado un gran cariño a Juliana y, gracias sean dadas a la Virgen de los Remedios que haya caído en su hogar, se niega a pensar en cómo pudo haber terminado esa escapatoria. ¡Menos mal que la mujer prometió volver al otro día!

Manuel se dice que su prima tiene que salir adelante, no le permitirá dejarse morir por culpa del bastardo que la encandiló. No debió faltarle al respeto. ¡Quién sabe qué tanto le prometió para conquistarla! ¿Por qué, si se trataba de un hombre de buena ley, perteneciente a una familia honorable, no informó a sus padres de sus intenciones? De esa manera ellos habrían sabido que el niño que viene en camino es ni más ni menos que su nieto y sin duda la habrían protegido. No que así, ella se vio obligada a huir. Jamás debió salir de esa casa donde, ¡por Santa Bárbara!, es de suponerse que ocurrió la seducción. Su prima tendría que haber estado encerrada en el colegio de religiosas, sin correr el menor de los riesgos, menos el de conocer a un don Juan de pacotilla a quien se le ha ocurrido morir y así librarse de hacer de ella una mujer honrada. Mr. Miller tiene que explicarle muchas cosas.

Le resulta imposible calmarse entre tantas dificultades y preguntas sin responder. Lo peor es que regresar a México en esas condiciones se ha vuelto casi imposible. Aunque don Serafín cumpla

su ofrecimiento de arreglarle el viaje en un barco de su propiedad y con bandera española, Juliana debe guardar reposo; no puede llevársela en esas condiciones y tampoco brindarle los cuidados que solo una mujer puede ofrecerle. Respira hondo: ya cruzará el puente cuando llegue a él, por lo pronto es mucho el camino que antes ha de recorrer.

Lo primero es que su prima se recupere un poco y ambos puedan conversar. ¡Es tanto lo que él tiene que entender! Ante todo, ha de confirmar lo que sospecha y con nadie ha querido compartir, no sea que esté equivocado. ¿Era James Miller el padre de su hijo? ¿Por qué Julia no pidió ayuda a los Miller cuando se enteró de su condición y les comentó que esperaba al hijo de su hijo? Si bien esta pregunta es ociosa; tan solo con recordar los groseros arrebatos de la madre puede entender las razones de su fuga. Sin embargo, Mr. Miller parece ser más afectuoso y se ha mostrado genuinamente preocupado por ella. La prueba es que tan pronto Katie volvió a su casa y le contó lo que pasaba con Juliana, se reunió de inmediato con ellos llevando a su médico.

En seguida, según lo que resulte, tendrá que decidir qué es lo que más les conviene. ¿Quedarse en ese país, en medio del enemigo, o volver a México con todos los riesgos que esto implica para la seguridad de ambos y la salud de Juliana? Y debe admitir que la idea de dejar atrás a Nicole no le causa la menor gracia. ¡Aunque podría pedirle que los acompañara para atender a Juliana! ¿Por qué no? Es evidente que un hombre no puede hacerlo, aunque sea su primo o justamente por serlo, al tío Ignacio, desde luego, no le parecería bien. Si la joven criolla aceptara ir con ellos, él podría convivir por más tiempo con ella. ¡Ah, qué delicia imaginar el viaje por mar! ¡Hasta podría disfrutar del mal tiempo! Intuye que don Serafín no pondrá ningún obstáculo, ¡quién quita y hasta se anima a acompañarlos! Una vez en Jalapa, podrá presentarla a su madre. No duda de que ambas simpatizarán.

Pero primero tendrán que desembarcar en Veracruz, alojarse allí unos días e inquirir entretanto si el viaje a Jalapa resulta seguro. ¿Les será posible cruzar el frente con facilidad?, ¿encontrarán obstáculos? Tal vez Jalapa esté ya en poder del invasor. Además, no sabe si Juliana podrá trasladarse en carruaje ni la condición de los caminos, que en nada se asemejan a muchos de los que acaba de conocer, menos cuando las lluvias están a punto de llegar, si es que no han comenzado ya. Por supuesto, el tío los estará aguardando. Desde el puerto él se encargará de enviarle aviso. Y allí, una vez en su casa, ¿qué va a decir su prima cuando don Ignacio Ortiz se entere de su estado? ¿Qué explicación va a dar a quien no supo comprender la relación tan libre que tuvieron su hermano y doña Rosa? Le gustaría

saber cómo va a reaccionar el orgulloso tío.

Manuel quisiera recurrir otra vez a su método, ¡le sirvió tantas veces! Pero en esas circunstancias no tiene caso, sus últimos intentos han sido un fracaso. ¡Cómo quisiera pedir consejo a su madre! Aunque casi la escucha exclamar:

M'ijo, ¡haz caso a tu corazón!

Eso es lo que hará, ahora al menos, porque Nicole se acerca, oye sus pasos, Juliana debe de haberse quedado dormida. De seguro desea conversar sobre los sucesos del día, pero él no quiere hacerlo. En ese momento, lo único que le interesa es estar a su lado en silencio y abrazarla.

Mayo 9, 1847, cuatro de la tarde.

Si al presente, después de haber leído todo el cuaderno, Manuel no encuentra la manera de hacer reaccionar a Juliana, ignora qué más podrá emprender. Los días han pasado y ella sigue igual; si bien dejó de llorar, no muestra deseos de hacer nada, tampoco habla y come muy poco. El Dr. Johnson ya les advirtió que tienen que obligarla, su desgana no solo pone en riesgo su salud sino también expone a su hijo. Pero no tiene la menor idea de cómo hacerlo, ¡ni modo que le tape las narices o le abra la boca a la fuerza como si fuera una niña!

Por eso la visita de Katie esa mañana le ha devuelto la esperanza. No solo porque confía en que la muchacha irlandesa la anime con su talante alegre y contagioso, sino porque gracias a que ella puso en sus manos el cuaderno con el borrador de las cartas que su prima le ha venido dirigiendo, sabe del vínculo tan fuerte que existe entre ellas. Katie le dijo que no creía traicionar la confianza de Miss July porque lo de adentro era para él y lo sabía porque un día le había preguntado qué era lo que tanto escribía y ella le respondió que cartas a su primo, pero que además tenía la corazonada de que si Mr. Manuel las leía podría entender mejor a Miss July, perdonarla y encontrar la mejor forma de ayudarla.

Tuvo toda la razón. Las cartas le han dicho mucho sobre su prima: le hablaron de cómo los Miller quisieron cobrarle con trabajo lo que presuntamente les debía el tío Ignacio y, de solo recordar semejante mentira, Manuel siente que se le revuelve el estómago. ¡En algún momento tendrá que aclararlo con el hombre de negocios! También le reiteraron algo que siempre admiró en ella y es que posee un carácter fuerte y valeroso, siempre dispuesto a sacar partido de una mala situación. Lo enterneció su cándido intento de ayudar a México escribiendo a los congresistas —está por verse si recibieron sus misivas y si las leyeron siquiera—, pero lo que más le impresionó fue

la manera de relatar su enamoramiento del tal James y lo que entonces experimentó: ¡el deslumbramiento del amor! ¡Lo mismo que él siente por Nicole! Y si bien sigue sin entender por qué su enamorado la dejó tan desprotegida, ahora puede perdonar a Juliana por haberse dejado seducir, por supuesto que sí, de condenarla estaría condenando su propia pasión. ¡Dios que es amor tiene que entender lo que se entrega por amor!

Manuel se da ánimos para entrar en la habitación de su prima con el cuaderno en la mano y decirle que ha leído todo y es el momento de que ambos tengan una conversación seria. Teme hacerlo, ignora cómo va a reaccionar a sus palabras, ¡ni siquiera sabe si va a reaccionar! Pero de algún modo tiene que probarle que no la juzga, que está dispuesto a ayudarla y no la dejará sola, pero que es importante que ella ponga de su parte y procure salir adelante, si no por ella, sí por su hijo y por todos los que la aman tanto. Si no lo consigue, le queda algo más por hacer: pedir la mediación de *Sister* Louise. Después de la lectura, le resulta más que evidente que la hermana ha sido una figura trascendental para Juliana, alguien a quien respeta y que sabrá hablarle claro y dejarse escuchar. De cualquier forma, espera que con lo que va a decirle sea suficiente, que baste para que ella se tranquilice y procure recuperarse y pronto, muy pronto, puedan zarpar hacia México. Eso sí, cuenta con que don Serafín permita a Nicole viajar con ellos. Tiene que percatarse de que no puede desampararlo, que por mil y una razones la compañía de la joven le resulta indispensable y ojalá acceda a su petición.

Mayo 9, 1847, cuatro y media de la tarde

Tan pronto como ve a Juliana, Manuel siente deseos de salir corriendo de la habitación y dejar todo en suspenso. Su prima sigue en la cama; recargada contra la almohada contempla el vacío y ni siquiera sonríe a su querida Katie, quien no deja de hablarle sin obtener alguna respuesta. Sin embargo, sabe que tiene que hacerlo, no debe perder más tiempo, es momento de que actúe con firmeza. Pide a la chica irlandesa que por favor los deje solos y la invita a tomar el té con Nicole, le dice que ya la espera en el salón principal.

Katie lo mira entre asustada por el tono y sorprendida por la invitación, pero él le aprieta el brazo con afecto y agrega que aproveche para descansar un poco, ya cuidó a Juliana por un buen rato. Ella lo mira agradecida y le dice que no, no puede pues su patrona le dijo que la espera temprano y lo mejor es que de una vez se despida de Miss July y emprenda el regreso. Tan pronto sale, Manuel se acerca a la cama, se sienta en la orilla y toma las manos de su prima, quien lo ve rápidamente, pero luego cambia la mirada hacia la

pared. Él le habla con firmeza, le pide que lo vea a los ojos y lo escuche, que debe decirle algo muy importante. Juliana obedece dando un suspiro profundo, pero él no hace caso y le dice que ha leído sus cartas, que Katie se las entregó y le rogó que las leyera pues sabía que estaban dirigidas a él y que pensaba que debía hacerlo, que así la entendería mejor.

Contempla entre tanto a su prima, le parece que su rostro se relaja y en sus pupilas opacas aparece una chispa de luz. Lo mejor es que las manos que se dejaban caer desfallecidas aprietan las suyas. ¡Vamos, si hasta en sus labios se insinúa una sonrisa! Esto lo anima a seguir hablando. Le dice que está al tanto de todo lo que le ha pasado gracias a sus letras, que le parecen muy hermosas, y le sorprende que la sonrisa se complete. Agrega que ahora está enterado de por qué tuvo que dejar la escuela; de su cariño por *Sister* Louise, a quien él ya conoció y le merece un gran respeto; de la soledad que sufrió en casa de los Miller y de su amistad por la encantadora Katie, a quien él quiere ya, y sobre todo de su amor por el hijo de la casa y que, si bien le preocupa ella, pues tristemente el joven Miller ya no está entre ellos, él está dispuesto a apoyarla a ultranza. Juliana tiene que saber que no está sola, que él no la juzga, que a su lado tiene al hermano que siempre la respaldó y hará todo lo que sea necesario para ayudarla. Juntos viajarán a México en cuanto sea posible, juntos convencerán al tío Ignacio de que ha de perdonarla.

En ese momento se desvanecen la sonrisa y el color que por unos segundos brillaron en el rostro pálido. En ese momento, en que la joven se incorpora para abrazarlo y llorar desesperada, Manuel repara en que su prima sufre terriblemente no solo por la muerte del hombre al que amó, sino que teme la posibilidad de retornar a México y tener que enfrentar a su padre. Y en ese momento, justo en ese momento, solo se le ocurre decirle que no volverán de inmediato, que antes contraerán matrimonio y esperarán al nacimiento del niño, confía en que de esa manera el disgusto del tío se aminore, al menos su hija no despertará las hablillas de todo Jalapa. Es cierto, al principio le indignará que haya tenido lugar el enlace que siempre temió —algo a lo que don Ignacio se oponía rotundamente, al menos eso le dijo antes de que él viajara a Estados Unidos—, pero acabará por aceptar la nueva situación, sin duda tener un nieto y que éste lleve su apellido lo reconciliará con ella. Manuel siente que acaba de condenarse a la eterna oscuridad y lo peor es que sus palabras no sirven para nada, Juliana se aleja con violencia, abre el cajón del buró, saca unas hojas sueltas y se las entrega, diciéndole: “Vete, pero antes toma, es lo último que te escribí, así sabrás todo. Es también lo último que escribiré”. Y después de pronunciar estas palabras con voz terminante, su prima se recuesta entre sollozos dándole la espalda y

cubriéndose la cara con el brazo, con lo cual a Manuel le queda muy claro que no quiere hablar más, que se niega a dar cara a los hechos y seguirá evadiendo la realidad. Se asusta. Permanece un rato más a su lado; quién quita y su prima se da la vuelta y se presta de nuevo al diálogo o, por lo menos, a escucharlo. Aprovecha entre tanto para leer las hojas que le ha entregado y que le explican por qué salió huyendo de casa de los Miller, su desesperación creciente conforme el dinero se le terminaba y se sentía amenazada, pero también le relatan que todo ese tiempo conservó el deseo de vivir y la alegría, así como la ilusión por la familia que iba a formar. ¿Cómo no entender la postración en que ahora se encuentra?

Juliana ha cesado de sollozar; pareciera dormir, pero Manuel se percata de que simula, se lo indica su respiración exageradamente regular y sonora, es como si quisiera forzarlo a abandonar la habitación.

Aguarda un poco para ver si su presencia la obliga a cambiar de opinión, pero es inútil. Después de un rato decide marcharse, le preocupa no haber ayudado en nada. Es claro que no le queda más que una carta por jugar: *Sister* Louise. Al día siguiente irá al convento, contará todo a la religiosa y le pedirá que visite a su pupila y la haga reaccionar. Si ella no lo logra, por la Virgen de los Remedios y la de Guadalupe ¡no sabe qué más podrá hacer!

Manuel baja la escalera. Espera que Nicole siga en el salón. Ella le dará la paz y la fuerza que necesita. Le dirá todo, por supuesto, todo menos la insensata promesa que hizo a Juliana y de la que ya está arrepentido. ¡De seguro a ella no le gustará nada y les echará a perder la noche! ¡De seguro se enoja y lo manda a paseo! Es mejor que calle y disfrute de las horas siguientes, tal vez sean las últimas que pueda gozar de la plena felicidad de estar con ella. Sí, es mejor hacer que nada pasa, que nada amenaza el porvenir que apenas pocos días atrás comenzaron a soñar juntos. Hará de cuenta que se ganó el cielo y no de que ha caído en el infierno.

Sábado 15 de mayo de 1847, doce del día

La Virgen de los Remedios o Guadalupe o Saint Patrick o hasta el mismo Xangó o todos juntos debieron de conjurarse para salvarlo del infierno donde él solito se metió. Mientras Manuel se prepara para despedir a Juliana, se pregunta si la decisión que esta tomó la va a hacer dichosa, como sin duda merece. Reconoce que su prima está actuando de manera inteligente y también generosa, ya que no piensa en sí misma, sino en el hijo que espera, en el padre que de saber la verdad se moriría de decepción, en el estúpido primo a quien no desea sacrificar. La admira por ello y se lo agradece pues de esa manera,

después de los terribles días que vivió desde que tuvo la mala ocurrencia de ofrecerle matrimonio, todo ha vuelto a discurrir con felicidad o al menos eso siente él.

Manuel escucha el parloteo de Nicole y Katie en la parte superior de la casa, tan solo interrumpido por las instrucciones que da la voz reposada de Mrs. McClellan, y es que las tres ayudan a Juliana a empacar un baúl con las pocas pertenencias que tenía en casa de los Miller, pero también con mil y un artículos que la primera quiso comprarle pues –afirmó– le harían mucha falta. De hecho, sus últimas adquisiciones: una gorrita muy adornada, una chambrita llena de listones y unos zapatitos tejidos en punto de crochet habían logrado arrancar a la futura madre una sonrisa, ¡la primera de larga duración que le veía desde que se reencontraron!

Esa sonrisa lo serenó porque le permitió darse cuenta de que Juliana se sentía más tranquila. Tanto, que de inmediato ella debió de ver en su rostro que se había arrepentido de su oferta de matrimonio; cómo ocultar que, al hacerla, no solo él se condenaba a la desgracia para siempre, sino también la condenaba a ella —a quien no podría hacer feliz— y a su amada Nicole. Si bien esta podría, y con todo el derecho, encontrar a alguien que le diera la dicha que merecía, tan solo de pensar ahora que ese alguien existiese experimenta escozor. Recuerda como si fueran una pesadilla las horas y los días que se sucedieron, desde el momento en que se reunió con Nicole, un rato muy corto pues ella, perspicaz, se dio cuenta enseguida de que algo malo había sucedido y lo cuestionó al respecto, y él no pudo más que confesar la verdad, sin darle razón más absurda que la de que el niño que iba a nacer precisaba tener un padre, que él no podía quitárselo y sentenciarlo así a la desventura. ¡Cómo si nacer bastardo fuera sinónimo de desventura, cómo si su madre no hubiera bastado para darle a él una infancia gozosa!

La joven le había dirigido entonces tal mirada de desprecio que lo congeló en su lugar. Manuel no se atrevió a pronunciar una palabra más ni tampoco a moverse. Cuando ella escapó escaleras arriba quiso seguirla y abrazarla con fuerza, pero no tuvo los arrestos necesarios para hacerlo, mucho menos para pedir su comprensión y su perdón, si ni siquiera él se comprendía a sí mismo ni se perdonaba. Tampoco quiso ofenderla con una esperanza vana.

Preferiría borrar esos espantosos momentos, aunque se ha prometido a sí mismo no olvidarlos y lo cumplirá. Por supuesto que lo cumplirá. En el futuro debe ser consciente de la barbaridad en que incurrió, solo así no volverá a precipitarse con algo de tal gravedad. Y ahora, mientras oye la voz cariñosa de Nicole dirigiéndose a Juliana y a esta responderle suave, familiarmente, como si fuera su hermana, piensa que las oraciones y los buenos deseos de todos sí sirvieron,

pues las cosas están tan bien como pueden estar. Ni siquiera las malas noticias de México —el *Herald* de la víspera refería el rápido avance de las tropas enemigas y que desde hacía dos semanas la bandera de Estados Unidos ondeaba en Jalapa— turban su recién recuperada felicidad. Manuel se promete también que, en tanto la vida le está dando otra oportunidad, de ninguna manera la va a desperdiciar, por eso tan pronto regrese de dejar a su prima en el convento hablará con Nicole, le pedirá perdón, confía en que ella se lo otorgue, al menos don Serafín y Mr. Wallace le han dado esperanzas de que así va a ser. Aguardará hasta que reine la paz para pedirle matrimonio; siente que la patria lo llama y él debe volver para contribuir al esfuerzo de guerra y no puede pedirle que lo acompañe en tan peligrosa aventura.

¿Quién le iba a decir meses atrás que en esos dos hombres encontraría a tan buenos amigos? Es cierto que desde el inicio simpatizó con don Serafín, pero en los últimos días su aprecio por él ha aumentado pues, sin tomar partido por su ahijada —como tendría que haber hecho— se convirtió en intercesor de quien la había ofendido, escuchándolos a ambos, proponiendo soluciones, persuadido —se lo repitió una y otra vez— de que nada lo haría más dichoso que verlos juntos para siempre. ¿Y qué decir de Mr. Wallace con quien tan mal se llevaba? El pelirrojo se espantó de verdad al enterarse de su propuesta de matrimonio a Juliana, no nada más por haberse él comprometido con el tío Ignacio a impedirlo, sino porque tenía tiempo de haberse percatado de que Manuel y Nicole congeniaban y como amigo debía oponerse a un proyecto que causaría la desgracia de todos los involucrados, incluido don Ignacio quien, al ver sufrir a su hija, también sufriría. Tal cual se lo dijo a él y también habló con Juliana, con quien —le contó a Manuel— se explayó sobre la oposición de su padre a una unión entre ambos.

Katie aparece con el rostro ansioso y le dice que Miss July está lista para partir y que va a llamar al carruaje. Él se ofrece a hacerlo, que no se moleste, pero la chica sale veloz, al parecer, sin escuchar sus palabras y eso le hace preguntarse si tanta disponibilidad no tendrá que ver, además de con la gentileza que le es propia, con que sea Larry, el nuevo conductor de don Serafín. En lo que aguarda a que Juliana baje, piensa que aprovechará el viaje al convento para hablar otra vez con ella de sus planes. No lo convence nada eso de que por lo pronto volverá a la escuela, al menos hasta poco antes de que llegue el parto, y que cuando éste tenga lugar hará lo que le propuso *Sister* Louise: ¡dar al niño en adopción! Luego ella tomará los votos y se consagrará a la enseñanza al lado de su querida maestra, quien le ha prometido que buscará al pequeño una buena familia católica donde pueda crecer bien y feliz.

· 9 ·

¿NUEVO COMIENZO?

Domingo 16 de mayo, 11 a.m.

Manolo querido:

Ayer me di cuenta de tu creciente impaciencia por la tirantez de tu rostro y tus manos apretadas mientras hablabas. También me lo confirmaron tu abrazo desesperado y los ojos húmedos que me mostraste cuando nos despedimos. Sé que te dije, y de verdad pretendía cumplir mi palabra, que no volvería a escribir y no ibas a recibir otra carta mía, nunca más. Pero después del interrogatorio al que me sometiste ayer en el carruaje y al que apenas pude responder, necesito comunicarte lo que pienso y qué mejor manera que por escrito… Sé que te dije, y de verdad pretendía cumplir mi palabra, que no volvería a escribir y tú no ibas a recibir otra carta mía, nunca más. Pero después del interrogatorio al que me sometiste ayer en el carruaje y al que apenas pude responder, necesito comunicarte lo que pienso y qué mejor manera de hacerlo, para mí, que por escrito. De hecho, desde ayer mismo quise dominar mis dudas y mis nervios, de hacerte entender y aceptar mis motivos, pero no pude: temí quebrantar la única y mejor decisión que en las circunstancias actuales ha podido tomar tu hermanita (después de los últimos sucesos, de ver que estabas dispuesto a inmolarte por mí, me considero más que una prima y sé que tú lo sientes igual).

Por eso, porque me comporté grosera, porque no respondí a tus preguntas cariñosas, porque reaccioné de manera hosca a tu gran prudencia, *mea culpa*. Pero hoy, luego de varias horas de reflexión y de haber rogado a Dios en misa para que me iluminara, he llegado a concluir que te adeudo una explicación y no solo eso, sino que también tengo que pedirte algunos favores y, ¡vamos!, hasta darte unos consejos. Pues sí, aunque no lo creas, si bien soy menor que tú, puedo hacerlo. ¡Supongo que las penas me han hecho crecer y, aunque no estés de acuerdo, más que a ti!

Te advierto, Manolo mío, este escrito avanzará en desorden y a trompicones, como acostumbro, pues pretendo decir lo que me vaya saliendo del corazón, persuadirte de que sé lo que estoy haciendo y hacerte ver que tú has de seguir con tu vida, que la mía no puede detener tu andar. Sé que el camino que he elegido tendrá dificultades, muchas, que me esperan momentos de duda y acaso de arrepentimiento, aun cuando espero que, como me asegura *Sister*

Louise, la oración me dé la fuerza que requeriré para superarlo.

Ante todo, quiero agradecerte una vez más la oferta de casarte conmigo y de dar tu nombre a mi niño, así como explicarte la verdadera razón por la que la he rechazado y que no es (como tal vez piensas) que a papá le indignaría nuestra unión (yo estaría dispuesta a enfrentarlo, si así lo quisiera), ni tampoco la falta del amor que se requiere para fundar una familia, sino el hecho de que jamás volveré a experimentar la pasión y la ternura que sentí por James. Sentiría además que al casarme con otro (así fuera por conveniencia y contigo) lo estaría traicionando y es que solo podría cambiar de opinión si encontrara un querer más grande, que estoy cierta de que para mí no existe sobre la tierra. De ahí que piense que lo único que puede darme ahora la paz sea, como dice la *Sister,* ponerme en las manos de Dios, confiadamente. Como el pájaro que en este momento anuncia la primavera junto a mi ventana, sin que le importe que a su alrededor aún reine el invierno y sin temor a que alguien como yo vaya a interrumpir su cantar.

Por supuesto que tengo otras razones para consagrarme a la vida religiosa, también válidas, aunque no ocupen el primer lugar. Desde luego, porque de ningún modo deseo lastimar a papá, quien jamás podrá comprender (como tú) cuánto amé a James y la causa por la cual me le di entera, sin los límites que don Ignacio Ortiz habría esperado de mí, y porque sé que, si no lo comprende, nunca me dará su perdón absoluto, como yo desearía que lo hiciera. Sin duda no dejaría de repetirse a sí mismo que me envió lejos para salvarme de la amenaza de don Antonio y evitarnos las hablillas que sin duda iban a suscitarse, y se indignaría al discurrir que no sirvió de nada, que de cualquier manera cometí un grave pecado, uno que la señorita decente que debía ser su hija no hubo de cometer. Me rehúso a ponerlo en ese predicamento y dejarme atrapar en él. ¡No lo soportaría! Tampoco quiero que vea menos a mi pequeño, como estoy cierta de que lo haría, pues a su juicio no sería más que un bastardo y así lo iba a tratar. ¿No te dio a ti el sitio de un segundón, pese a ser el único hijo de su único hermano? La larga plática que sostuve con Mr. Wallace me ayudó a entenderlo: qué el pelirrojo, como le llaman tú y Nicole, te diga las instrucciones tan precisas que le dio y la buena suma que le pagó dizque para "protegerme" de ti. ¡Si mi padre supiera a los extremos a los que has sido capaz de llegar para cuidar la "honra" familiar! Nunca acabaría de agradecértelo, como siempre haré yo. No te merece, no te merecemos.

Sé que voy de un lado a otro, pero no te preocupes que esta vez sí llegaré al final, como bien sabes que suelo llegar. No me detendré hasta lograrlo y no quedará en el tintero nada de lo que tenga que decirte. Recuerdo mis primeros escritos y me pregunto si he avanzado

algo. Tendré que aplicarme si quiero ser maestra y hago honor a las bellas palabras que me dijiste la tarde en que hablaste conmigo y te referiste a mis "hermosas letras". Sabes, es tan grande mi vanidad que eso me hizo salir por un momento del infierno en el que he vivido desde el día en que me enteré de la muerte de James. ¡Ay!, sé que ese fuego nunca se extinguirá; espero, sin embargo, acostumbrarme algún día.

La *Sister* acaba de asomarse. Está tan preocupada por mí que no deja de observarme, pero ahora, viéndome ocupada en escribir, nada más movió la cabeza de un lado a otro y se retiró sonriente. Ha de haberse sentido más tranquila. Insistió mucho en que debía enviarte unas letras. ¡La quiero tanto! Creo que ya sabes que para mí ha sido como una madre, la madre que no conocí y me hizo tanta falta. Es un consuelo contar con ella en medio de mi dolor, con sus palabras logra atenuarlo un poco. ¡Cuán sabio fuiste al pedirle que me fuera a visitar! Llegó cuándo me sentía más desesperanzada, cuando no veía ni una sola luz al final del oscuro túnel por el que me venía deslizando.

Pero continúo con el asunto principal. Otra de las razones por las que rechacé tu oferta de matrimonio es que no puedo aceptar el sacrificio que sería para ti, y menos después de haber visto cuánto amas a Nicole y cuánto te ama ella a ti y cómo ambos viven literalmente extraviados en los gestos y los pensamientos del otro. El amor que se profesan (¡es incuestionable!) se parece al mío con James, son de los que duran para siempre y más allá de siempre. Y, cuando los miro juntos, comunicándose con la mirada, siento a la vez envidia y alegría, envidia porque yo tuve ese amor y no lo tendré más, como querría tenerlo, lo perdí, alegría porque tú lo tienes y lo puedes gozar. ¿Cómo quitártelo, hermano querido? Por lo demás, resulta más que claro que nunca, que la promesa que nos hicimos antes de que yo viajase a este país no era más que un juego de niños pues, aunque habíamos dejado de serlo, nos comportábamos como si lo fuéramos. Tú lo sabes muy bien. ¡El amor es otra cosa!

Nicole es una gran mujer. Será la esposa que precisas, te comprenderá y dará la fuerza que requieres. Si bien has cambiado mucho —a decir verdad, te transformaste en un hombre fuerte y seguro de sí mismo—, quienes te queremos sabemos apreciar que a veces, solo a veces, procedes aún de manera vacilante, dudas para tomar decisiones, tratas de complacer a todos, y solo consigues disgustar a aquellos a los que más deseas dejar contentos. No puedes contradecirme, Manolo, reconoce tu falla pues es la mejor manera de que la superes. Nicole lo sabe, te entiende y lo perdona. Si no, ¿por qué cuándo se enteró de que me habías ofrecido matrimonio no me hizo la guerra y aunque triste y a veces distante nada más quiso ayudarme? Todavía más: ¿por qué, si no, está más que dispuesta a

olvidar tu majadería? Una persona así vale lo que pesa, por eso la he adoptado como hermana. ¡Ese gusto no solo no me lo puedes negar, más bien me lo debes conceder!

Espero que cuando recibas esta carta (*Sister* Louise me ofreció hacértela llegar tan pronto la termine) ya te le hayas acercado y conseguido su perdón. Espero también que ella se haga del rogar y sufras siquiera un poco, aunque mucho me temo que no lo hará; pese a que a veces juega a comportarse como una niña mimada (por lo menos con don Serafín, que la quiere tanto y se deja manejar), su espíritu es demasiado generoso y seguro y accederá de inmediato. ¡Cásate en cuánto puedas! ¡No lo demores más! Mira que la vida es breve y a la desgracia no hemos de darle la menor oportunidad.

Querido mío, tengo la certeza de que planeas volver a México en el menor plazo y de que te incorporarás a la lucha contra el invasor. Sé que allá las cosas están cada vez peor y no es tu hermana quien te dirá que no vayas y te apartes de la lucha. ¡No puedo! ¡Yo misma lo haría si pudiera! Estar tan lejos y entre personas que tanto odian a nuestro país (aun cuando algunas sean excelentes amigas como la *Sister* y concedo que acaso haya unos pocos más) no es precisamente permanecer en un lecho de rosas. Me quedo porque no tengo más remedio, pero entiendo bien que tú quieras exponer la vida en defensa de la patria, aquí no hay nada que hacer al respecto. Me pregunto incluso si mis cartas a los congresistas sirvieron de algo. La *Sister* asegura que sí, dice que algunos se han pronunciado con gran vigor contra el mentiroso de Mr. Polk y que lo que yo les escribí tiene que haber ayudado. Lo que sí quiero es implorarte que tengas cuidado, sabes cuán necesario eres para todos, piensa en tu madre, en papá y hasta en el atontado de mi hermano. Yo desde aquí te cubriré con mis rezos, día y noche, noche y día, ¡que la Virgen de Guadalupe te guarde para quienes te amamos tanto!

Pero, me he extraviado, ¡por Dios, no logro evitarlo! Y he de hacer el esfuerzo de no demorarme demasiado para aprovechar que hoy por la tarde vendrá un pariente de la *Sister* a visitarla y es a él a quien ella le pedirá que te entregue personalmente estas letras. Lo que deseaba decirte cuando me desvié del camino es que no postergues la boda con Nicole so pretexto de que viajas a un país en guerra y de que justo porque la amas no quieres comprometerla. ¡Vaya, hasta puedo escucharte! No hagas tal cosa, es más, justo por eso cásate de inmediato y partan juntos a México, así, subrayado. Ella es una mujer valiente y fuerte, no tiene por qué separarse de ti. En todo caso, no se trata de que tome un rifle ni de que se ponga detrás de un cañón, ese no es trabajo de una dama, sino de que esté más cerca de ti, en Jalapa, al lado de papá y de la tía Rosa, ayudándolos, consolándolos, como lo ha hecho conmigo. Piensa que de esa manera podrás verla con más

frecuencia.

Ya casi termino y apenas lo creo. En todo caso, no temas, pienso seguir escribiéndote, no cumpliré con mi amenaza de guardar el papel y la pluma para siempre, ni tampoco desapareceré de tu vida. Siendo como eres mi destinatario favorito, disponte a recibir un sinfín de cartas. Además, pienso seguir con mi viejo proyecto de urdir relatos, más ahora que deseo enseñar a hacerlo, tal como mi querida maestra me ha enseñado a mí (aunque todavía me falta mucho por aprender, lo admito). Supongo (y lo anhelo de todo corazón) que eso me alentará en las horas difíciles que sé que están por venir, cuando sienta nostalgia por mi país y por mi familia (si bien espero que papá y mi hermano, así como tú y Nicole vengan a visitarme a Nueva York con frecuencia). ¡Ay!, voy a refugiarme en escribir lo que sienta cuando entregue a mi pequeño (¡ahora me gustaría que fuese niña, así yo pondría como condición que estudiara en esta escuela y podría hacer con ella de *Sister*-madre) y cuando dude, cuando me duela, cuando quiera ver el Citlaltépetl o andar por las calles de Jalapa o se me antoje un dulce de pepita, cuando sienta el corazón tan quebrado que solo tenga deseos de llorar.

Pero seré valiente, tengo que serlo. Quedarme en Nueva York o viajar a México como soltera con un hijo resulta imposible. Carezco de la fortaleza que poseyó tu madre y no deseo para mi niño las penas que sufriste tú (¡nunca lograste ocultármelas!). Además, temo que si yo permaneciera en Nueva York y los Miller (¡en particular Mrs. Miller!) llegaran a sospechar que la criatura es de James, me la arrebatarían con facilidad. Aunque imagino que para ellos sería una gran alegría enterarse de que su único hijo dejó descendencia, no quiero que una mujer como ella intervenga en su vida. ¡Lo lamento por su esposo! Ya veré la manera de hacerles saber que di a luz aquí, resguardada por los muros del convento, pero que el niño murió al nacer (¡Dios me perdonará por ello!). Así evitaré cualquier problema en el porvenir. En cuanto allá, bien sabes que papá lo rechazaría, aunque sin duda la tía Rosa le brindaría todo el amor de una abuela. No, lo reitero y a la vez me lo repito infinitas veces, lo que hago es, hasta donde soy capaz de entenderlo y en la medida en que pueden calcularse todos los escollos, lo que debo hacer.

Poco me falta ya por decir, si bien antes de despedirme quiero encomendarte a los McClellan. Estoy segura de que, después de lo que llevas de conocerlos, sabes bien cuán buenas personas son y la gran ayuda que necesitan. Por favor, ve la manera de dárselas. Apoya a Katie y anímala a aceptar a Larry, que es tan buena persona, cuando le proponga matrimonio. Aunque no creo que vaya a necesitar de mucho aliento para hacerlo. Yo, por mi parte, tan pronto venga a visitarme, pienso persuadirla de que acceda. Me parece que lo que la puede

hacer dudar es el hecho de que su madre y hermanos requieren el dinero que ella aporta mes tras mes (se queda con una parte nimia de lo que gana) y aquí es dónde tú podrías entrar. ¿Por qué no pides a don Serafín, que te aprecia tanto y de quien prácticamente te convertirás en yerno, que consiga un buen empleo a Mrs. McClellan? Tal vez pueda recomendarla con alguna familia importante de la ciudad, una que les brinde alojamiento a ella y a los niños. Vivir dónde viven no solo es horrible, sino terriblemente peligroso, por más que la tía Steph sepa defenderse muy bien. Confío, además, en que los pequeños sigan trabajando en el negocio de Mr. Miller, donde les enseñan a leer, escribir y contar. A mi juicio, ahí van a progresar. Ahora bien, jamás aceptarán dinero de tu parte. Es más bien cosa de ofrecerles empleo, pues son orgullosos y lo que hicieron por mí fue por generosidad, sin esperar un pago. Mira que fue allí y no en la elegante casa de los Miller donde confirmé la máxima evangélica de que los pobres son de verdad los ricos de espíritu.

Hay algo más que podrías llevar a cabo tan pronto llegues a México. Si bien sé que será extremadamente difícil en las circunstancias por las que atraviesa el país. Tal vez podrás hacerte cargo después, cuando reine la paz que ha de llegar. Aunque sea después de la que mucho, pues me temo será una terrible y vergonzosa derrota (¿podré perdonar alguna vez, ya no lo que el general Santa Anna provocó en mi vida, sino lo que está causando a nuestros compatriotas?). Se trata de que indagues qué ha sucedido con el hermano de Katie y lo socorras, de algún modo lo socorras. Que hagas saber a su madre y hermanos qué ha pasado con él. Lo que sea, si vive o falleció y, de ser lo último, dónde se encuentran sus restos. Debe ser terrible no saber el lugar en el que yace un ser querido y, en ese sentido, yo soy afortunada. Y es que el día en que Mr. Miller me visitó me dijo que James había sido enterrado en tierra “enemiga”, pero sus compañeros sabían el lugar preciso donde se hallaba y que, sin importar lo que tuviera que pagar, él había solicitado en la Secretaría de Guerra el traslado del ataúd a la cripta de su familia en Nueva York. Para mí será muy difícil ir al funeral. *Sister* Louise me aconseja no hacerlo, pero iré: será la última vez que estaré cerca del hombre al que jamás voy a olvidar, por más que en la ceremonia no podré llorar con la libertad con que querré hacerlo y sepa que su espíritu estará siempre conmigo.

Como ves, no pierdo la costumbre de arreglar el mundo, esa costumbre de la que tanto te burlabas cuando éramos niños. Por favor, toma lo que pido como una expresión de mis deseos más caros, pero atiende a los que consideres que te es posible y debes atender. Eso sí, te advierto que desde ya rezo y rezaré cuánto pueda porque todos se cumplan y daré tal lata a la Virgen de Guadalupe y a la de los

Remedios y hasta a Saint Patrick (Katie me ha persuadido de que es más que eficaz), que se van a cansar de mí y con tal de hacerme callar me los cumplirán. Lo cierto es que me dará mucho gusto si así sucede.

Ya no queda nada por decir, hermano de mi corazón, pero solo por lo pronto. Da un beso de mi parte a Nicole, un abrazo a don Serafín y otro a Mr. Wallace, así como mis saludos más cariñosos a los McClellan. Recuerda que los domingos puedo recibir visitas y que cuento con verlos el próximo, por lo menos a ti y a Nicole (¡aunque no me disgustará nada que vengan todos los demás!). Tal vez ese día puedas decirme cuándo es el matrimonio. ¿Qué tal si se casan en la capilla del colegio y así puedo acompañarlos? Y ¿qué día emprenderán el viaje a México? No me ahorres tus visitas entretanto te marchas, así sabré que entiendes mi decisión y la respaldas. No soy feliz, Manolo mío, pero al menos cuento con la promesa de hallar la paz espiritual, y eso es muchísimo más de lo que tenía hace unos días.

Juliana

· 10 ·
Y DESPUÉS ***

Jalapa, 30 de junio de 1848

Primita querida:

Es ahora mi turno de escribirte y, aunque no lo creas, me preocupa mucho. Una

razón —en realidad, la menos trascendente— es que mis letras no están tan bien redactadas como las tuyas y me avergüenza que la maestra de literatura las juzgue con dureza y me envíe un regaño desde Nueva York. La otra razón, en cambio, sí es importante y deriva de mi miedo a que te moleste lo que hizo mi querida esposa, eso sí, con la mejor intención de ayudarte, y que también te indigne que yo haya aprobado su actuación y te diga lo que verdaderamente pienso.

Por la carta que Nicole te escribió poco después de que nuestra boda y que don Serafín se encargó de depositar en el correo de Nueva Orleans, al volver de México, habrás sabido de nuestro larguísimo recorrido de Nueva York, vía La Habana, a Veracruz, en un vapor que, en vez de avanzar, parecía retroceder, y en todo momento vigilados por el ángel guardián convertido en belicoso arcángel, listo para impedir cualquier acercamiento sospechoso entre Nicole y yo.

Nuestros pasaportes extranjeros —¿recuerdas el pasaporte español que tu padre me consiguió en vísperas de mi viaje a Estados Unidos?— nos permitieron desembarcar sin que los militares americanos presentaran ningún problema. Debo confesarte mi temor de que se percataran de que yo era mexicano y les llamara la atención que viajara desde su país, cuando aún seguíamos en guerra. Pero no fue así; dejé que fuera don Serafín el que hablara y pasamos fácilmente.

Nos dirigimos a Jalapa, donde el tío Ignacio nos recibió con los brazos abiertos a los tres, pero también con muchas preguntas sobre su hija adorada y un gran enojo contigo por permanecer en Nueva York para ser monja y conmigo por no haberte obligado a regresar. Luego de instalarnos en su casa dónde, querida Juliana, todo, todo me hacía recordarte, visité a mi madre. Se puso tan contenta al verme que, apenas me abrazó, llamó a todos los vecinos para decirles que su Manuel estaba allí ¡sano y salvo! Más alegría le dio, desde luego, cuando más tarde le conté sobre Nicole y nuestro próximo

matrimonio. Me rogó que se la llevara de inmediato, lo cual hice, por supuesto. Debo decirte que simpatizaron de inmediato. Nicole le dice mamá Rosa y mi madre, *m'hijita*.

Fue en realidad ella, primita, la razón de que me negara a casarme en Nueva York, como proponías. ¡Se sintió tan orgullosa de que todos sus amigos la vieran acompañándome al altar! Con la ayuda de todos, se ocupó de adornar la iglesia de San José y llenarla de flores. En la comida que siguió, ella fue quien más bailó, después de Nicole. Hizo una gran pareja con don Serafín.

Pero, tristemente, la realidad nos cayó pronto encima. La ciudad de México acababa de caer en manos del ejército enemigo —¡el 15 de septiembre, víspera del día de la independencia! —, el maldito, siempre maldito Quinzuñas, había huido y el gobierno que lo sustituyó estaba refugiado en Querétaro. No teníamos noticias de Toño; la última era que combatía con la guardia nacional y, naturalmente, pensábamos lo peor. El tío Ignacio me rogó que fuera a buscarlo y no pude negarme. Me sentía, además, muy mal —lo sabes bien— por no haber hecho nada en defensa de la patria y quise ver si aún podía hacerlo.

De modo que dejé a Nicole en casa del tío, con el encargo de que estuviera pendiente de él y de mi madre y me despedí de don Serafín, quien viajaría a Nueva Orleans a dar cuenta a mi ahora suegra de que su hija se había casado y podía olvidar los planes que tenía para ella. Luego, emprendí el viaje a la capital. Allí, me dolió ver que, después del levantamiento inicial contra el invasor, la bota militar del enemigo obligaba a la población a guardar el orden. ¡Por la virgen de los Remedios! No sabes cuánto me lastimó ver la bandera de las barras y las estrellas izada en Palacio Nacional.

Pero me aboqué a mi objetivo y, de inmediato, indagué qué había pasado con Toño. Pregunté a sus compañeros y amigos qué sabían de él y, por fin, lo localicé en el hospital de sangre de San Pablo, atendido por las buenas Hermanitas de la Caridad. Herido gravemente en la batalla de Churubusco, por fortuna fue atendido a tiempo y pudieron salvarle la pierna. Cojeará ligeramente toda la vida, pero, como le repito una y otra vez, está vivo. Me lo traje a Jalapa, donde lo puse en manos de su padre. Aquí estuvo varios meses, pero después de reponerse, regresó a la capital, decidido a concluir sus estudios de abogado y a ejercer como tal. De ningún modo piensa dedicarse a los negocios del tío, quien me ha rogado que yo lo ayude. Acepté, prima querida, sé que tú me pedirías que lo hiciera. Eso sí, instado por mi mujer y por mi madre, requerí a cambio un buen sueldo y libertad de acción. Me gustaría emprender algunas mejoras que observé cuando atravesaba Estados Unidos; creo que beneficiarán la tierra y ayudarán a los campesinos.

En cuanto a mí, pese a las protestas de Nicole y mi madre, emprendí el viaje a Querétaro. Aunque quería combatir, era difícil hacerlo en ese momento, los americanos dominaban gran parte del país. Con la intervención de un diputado por Veracruz —amigo de tu padre—, pude integrarme a las labores del gobierno y encontré que había mucho qué hacer. Desde ayudar a reunir a los senadores y diputados que debían llegar de todos los estados para formar el Congreso, hasta negociar con los comisionados de paz del enemigo. Hice de todo un poco, pero trabajé mucho porque no solo reinaba una gran desorganización, sino que, cuando los legisladores por fin se juntaron, se dividieron entre quienes querían seguir la guerra y aquellos que pensaban que ya no era posible, que había que salvar lo que se pudiera. Así terminé 1847, lejos mis seres queridos. Así empecé también 1848.

En breve, pues ya lo has de saber, el tratado de paz se firmó en la Villa de Guadalupe el 2 de febrero. México suscribió así la punzante pérdida de más de la mitad de su territorio: California, Nuevo México y Texas, pero retuvo Baja California y aseguró la soberanía en el istmo de Tehuantepec. Muchos acabamos por pensar que fue lo menos grave y ahora nos preguntamos qué haremos ahora; por fin no queda un solo soldado estadounidense en el territorio y nuestro gobierno está de vuelta en la capital. Las opiniones se multiplican; en tanto muchos señalan que debemos tratar de parecernos a nuestro vencedor, otros muchos afirman que eso es un error y hemos de recuperar nuestro pasado colonial y español. Yo no apoyo ni a los unos ni a los otros; creo que México tiene que seguir su propio camino, puede tomar prestados elementos de una y otra parte, pero hacerlos propios e inventar algo nuevo.

Antes de continuar, he de darte una triste noticia. Mientras estaba en Querétaro, investigué en la secretaría de Guerra sobre los irlandeses que habían luchado de nuestro lado. La realidad es que se sabía poco, pero se contaba con la lista de los integrantes del batallón conocido como de San Patricio, atrapados durante el combate en el que cayó el convento de Churubusco. Hechos prisioneros, los juzgó un tribunal de guerra americano y, considerándolos desertores, los condenó a muerte. Revisé la lista con cuidado. Lamento decirte que, entre quienes fueron ahorcados en Mixcoac, el 12 de septiembre, estaba el nombre de Hugh McClellan. Lo siento porque era un hombre joven, lleno de buena voluntad, que vino a México a luchar por nosotros y constituía el apoyo de su familia. Lo siento también porque tú tendrás que dar la mala noticia a los McClellan y por el dolor tan grande que ellos van a experimentar. Menos mal que ahora se encuentran en mejor situación. Sé, por la carta que enviaste a Nicole, que Katie y Larry se casaron, que su madre es ahora ama de llaves del

consulado español y los niños siguen trabajando con Mr. Miller y aprovecha sus ratos libres para estudiar. Eso no les quitará, por supuesto, la honda pena por la ausencia de Hugh.

Paso ahora a otra cosa. Por la misma carta, me enteré de que, en el mes de diciembre, diste a luz a una hermosa niña y la has llamado Julie, a la americana. ¡Suena bien! Me imagino que debes estar loca de felicidad. Yo solo espero que esa pequeña se parezca a ti, en belleza y bondad. ¿Piensas aún en quedarte en el convento y criarla allí? ¿Lo has ponderado bien? Sé que estabas resuelta a profesar como monja, con la ilusión de vivir bajo el amparo de *Sister* Louise, y de educar tú misma a la niña. Sé también que tu madre sustituta es una mujer extraordinaria y nadie en ese país podrá ayudarte más, pero sigo creyendo que la idea es absurda. Ante todo, porque tú no tienes que vivir encerrada para siempre, ni posees vocación religiosa —¡imposible que seas capaz de obedecer a lo que diga la madre superiora, si no estás de acuerdo con ella! —. Tampoco es sano que Julie crezca así. Me dirás que es tu única opción, que no hay manera de que vivan solas y resulta impensable que vengan a México pues el tío Ignacio sufriría mucho al saber que su nieta nació fuera del matrimonio y acaso la rechazaría. En eso, puede que tengas algo de razón.

Sin embargo, aquí las cosas pintan mejor. Has de saber que, mientras yo estaba en Querétaro, metido hasta el fondo en los asuntos de la guerra y la paz, Nicole se ganaba el corazón de tu padre. Poco a poco, en las frecuentes tardes de lluvia de Jalapa, cuando se quedaban solos y podían disfrutar juntos de una o más tazas de café de Coatepec —¿no te mueres de envidia? —, ambos conversaron largamente. Poco a poco, ella le contó nuestras aventuras en Estados Unidos, cómo nos conocimos y cómo nos enamoramos. Un día, tú saliste en la plática. Él le confesó adolorido que no podía entender que hubieras decidido convertirte en monja y vivir tan lejos de tu hogar y que pensaba que lo que más bien pretendías era castigarlo por haberte separado de México y los tuyos cuando tú deseabas quedarte.

Como repetía estas palabras una y otra vez y también reiteraba que, tan pronto la guerra terminara, abordaría el primer barco —así fuera de carga—, que se detuviera en Veracruz y zarpase rumbo a Nueva York, Nicole se preocupó. Según el tío, tan pronto desembarcara, se dirigiría de inmediato al convento, hablaría con cuanta monja fuera necesario para que se autorizara tu salida y a ti te obligaría a renunciar a tus planes, regresar a México y buscar marido. Temerosa de que cumpliera sus planes, tan pronto se anunció la firma del tratado de paz, decidió hablar claramente con él. Lo hizo, además, porque estaba harta —me lo ha confesado— de que tu padre no respetara tus decisiones y te tratase como un objeto al que podía

quitar y poner a su gusto.

De manera que otra tarde lluviosa de Jalapa, hace no mucho, pero antes de que yo regresara, junto a otra taza de café, tomó el toro por los cuernos y le dijo toda la verdad, bueno, no, casi toda. Sé, querida primita, que nos habías suplicado que guardáramos silencio y era nuestro propósito respetar tu voluntad. Pero Nicole, es Nicole y, resuelta, habló. Pues bien, has de saber que, aunque al principio me enojé con ella, ahora me alegro de que tu padre esté ya al tanto de lo que viviste y sufriste en Nueva York. Me entenderás mejor cuando sepas que lo que le dijo fue que, en realidad, te habías enamorado de James Miller y él de ti, pero que, ante la estúpida oposición de su madre, quien te veía como indigna de su hijo por ser mexicana, se habían casado en secreto. Que al poco James fue enviado a México y —como él sabía—murió en un enfrentamiento. Que cuando tú descubriste que estabas embarazada, pediste la ayuda de *Sister* Louise y ella te ofreció el refugio del convento, donde podrías trabajar y tener a tu hijo. Que así querías evitar que el tío se disgustara por tu matrimonio a escondidas y, sobre todo, impedir que Mrs. Miller sospechara que la criatura era de James y se valiera de cuanto recurso tenía a su alcance para quitártela.

La primera reacción del tío Ignacio fue de furia. Le molestó, como tú intuías, que su pequeña Juliana se hubiera casado sin su permiso y, sobre todo, sin su presencia. Pero, poco a poco se fue haciendo a la idea y la noticia de que lo habías hecho abuelo lo conmovió profundamente. A partir de ese momento, comenzó a trazar un plan de acción, más moderado, mismo que te comparto y que, me parece, tendrías que aceptar. Tu padre pretende convencerte de que regreses, primita, y se embarcará en el próximo vapor que salga de Veracruz para Nueva York, ya sea por Nueva Orleans o por La Habana. Espera reunirse allí con Mr. Wallace, quien ahora lleva allá la representación de su negocio y, con él como intérprete, dirigirse a la Academia del Sagrado Corazón y entrevistarse con *Sister* Louise. Le hará ver que no está enojado contigo y no cejará hasta hacerla ver que lo mejor para ti y su nieta es volver a México. Está seguro de que, entre ambos, tú tendrás que acceder. Dice que a Mr. Miller lo verá en su oficina, no en su casa, y eso si hay algo pendiente. Está furioso con el trato que su esposa te dio y, por consideración a la muerte de su hijo, prefiere no verla para no reclamarle. Como ves, está seguro de que triunfará. Yo así lo deseo y con todo mi corazón. ¿Cómo harás para enfrentar a ese dúo terrible, querida prima mía? Ve preparando un arsenal para defenderte.

El tío Ignacio tiene, además, una estrategia complementaria. Para persuadirte de que no te convertirás en una viuda ociosa —Nicole le dijo que de ningún modo te gustaría renunciar a escribir y

enseñar—, te ofrecerá abrir una escuela para niñas y señoritas en Jalapa. Como bien sabes, no la hay y nadie mejor que tú podría dirigirla. Allí podrías enseñar literatura y escribir tus cuentos; desde allí podrías enviarlos a cuantas revistas quisieras.

Acepta, querida Juliana. No tienes por qué enclaustrarte tan lejos de tu gente y de tu patria. Que tú pequeña hija se críe en México, cerca de su familia y del pequeño, que ahora te informo, nacerá en unos meses. Como ves, si vienes habrá de nuevo dos primos que crecerán juntos y se querrán tanto como tú y yo nos queremos.

Aquí te esperamos.

Ignacio